

UN MES DE PUBLICACIONES
EN AMERICA LATINA

Nº 14
Diciembre 1970
Argentina, \$ 2.50

los libros

LA ECONOMIA DEL PERONISMO Y LA POLITICA DE LOS SINDICATOS



**¿La arquitectura al
servicio de la revolución?**



**Beatriz Guido y el
simulacro de lo peligroso**



**La neutralidad de la
ciencia: una mistificación**

EDITORIAL GALERNA

novedades

Hobart Spalding. La clase trabajadora argentina (Documentos para su historia, 1890/1912).

Enrique Pichon-Riviere. Psicología de la vida cotidiana.

Paul Lafargue. El derecho a la pereza

Tony Cliff. Rosa Luxemburg (Introducción a su lectura).

James Scobie. Buenos Aires hacia 1900.

Otelo Borroni, Roberto Vacca. La vida de Eva Perón.

Tomo 1: Documentos para su historia.

Tomo 2: Testimonios para su historia.

Santiago Senén González. El sindicalismo después de Perón.

Enrique Pichon-Riviere. Del psicoanálisis a la psicología social. (Tomos I y II).

David Liberman. Lingüística, comunicación y terapia psicoanalítica. (Tomo I).

Rodolfo Bohoslavsky. Orientación vocacional.

Aída Aisenson Kogan. Introducción a la psicología.

José Rafael Paz. Psicopatología. Sus fundamentos dinámicos.

Noé Jitrik. Ensayos y estudios de literatura argentina.

Daniel Defoe. Cuentos de piratas, crímenes y fantasmas.

Francisco Urondo. Antología de la poesía cubana.

Marcelo Pichon-Riviere. Referencias.

Andy Goldstein, Diana Raznovich. Ché negra, tus ojos me persiguen. (Fotonovela completa).

Agarrate! ! ! (Testimonios de la música joven en Argentina) (Ilustrado).

Revista Argentina de Psicología, Nº 6.

REEDICIONES

Oswaldo Bayer. Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia. (Edición de bolsillo)

Jean B. Fages. Para comprender el estructuralismo.

Darcy Ribeiro. La Universidad necesaria.



AÑO 2 - Nº 14, Diciembre de 1970

Auspiciada por:
FONDO DE CULTURA ECONOMICA
EDITORIAL LOSADA S.A.
MONTE AVILA EDITORES C.A.
SIGLO XXI EDITORES S.A.
EDITORIAL UNIVERSITARIA DE CHILE
EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD
CENTRAL DE VENEZUELA

Director: Héctor Schmucler

Editor responsable:
Guillermo J. Schavelzon

Secretario de Redacción:
Santiago Funes

Secretaria:
Cristina López Meyer

Corrección: Haydée Valero

Diseño Gráfico:
Isabel Carballo

Corresponsales:

Chile: Enrique Lihn y Mabel Piccini; México: Eligio Calderón Rodríguez; Venezuela: Adriano González León y Vilma Vargas; Paraguay: Adolfo Ferreiro; Uruguay: Jorge Ruffinelli; Francia: Silvia Rudni.

LOS LIBROS es publicada por Editorial Galerna. Redacción y Publicidad: Tucumán 1427. Tel.: 45-9640, Buenos Aires.

Distribuidores:

ARGENTINA, quioscos, Buenos Aires, Machi & Cía. S.R.L.
Librerías: Tres Américas S.R.L.

Representante para la venta en el exterior: Ediciones Argentinas, Exportadora e Importadora S.R.L.; Bolivia: Los Amigos del Libro S.A.; Colombia: Ediciones Cruz del Sur; Chile: Editorial Universitaria S.A.; México: Antonio Navarrete (Librería Hamburgo); Paraguay: Selecciones S.A.C.; Perú: Distribuidora Garcilaso S.A.; Uruguay: América Latina Libros; Venezuela: Servicio de Distribución de la U.C.V.

Registro de la propiedad intelectual Nº 1.024.846. Hecho el depósito que marca la ley, IMPRESO EN LA ARGENTINA.

Los artículos firmados que aparecen en LOS LIBROS no reflejan necesariamente la opinión de la revista

COMPOSICION tipográfica en frío: Esferotipia.

Impreso en Editorial Lagos

Tarifa de suscripción

Argentina
12 números \$ 3.000

América
12 números U\$S 10
Vía aérea U\$S 15

Europa:
12 números U\$S 12
Vía aérea U\$S 18

Cheques y giros a la orden de EDITORIAL GALERNA S.R.L., Tucumán Nº 1427, Planta Baja, Buenos Aires, Argentina.

Sumario

LITERATURA ARGENTINA

Beatriz Guido
Escándalos y soledades
Beatriz Guido: el simulacro de lo peligroso, por Beatriz Sarlo Sabajanes pág. 4

ARQUITECTURA

Oriol Bohigas
Contra una arquitectura adjetivada
La arquitectura al servicio de la revolución?, por Tulio Fornari pág. 6

POLEMICA

La economía del peronismo y la política de los sindicatos, por Juan Carlos Torre pág. 8

LITERATURA CHILENA

Fernando Alegría
América, Amérikka, Amérikka (Manifiestos de Vietnam)
"América", de Fernando Alegría, por Augusto Roa Bastos pág. 11

LITERATURA INGLESA

Dickens, crónica de un centenario, por Virginia Erhart pág. 14

ENSAYOS

Noam Chomsky
La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos
Una mistificación de la burguesía: la neutralidad de la ciencia, por Eduardo Luis Menéndez pág. 18

FILOSOFIA

Maurice Merleau-Ponty
Lo visible y lo invisible
El horizonte de la fenomenología, por Ricardo Pochtar pág. 22

CRITICA

Satanás, sus pompas y sus obras, por Jaime Rest pág. 25

TEATRO

Balance del teatro de 1970. La crisis no alcanzada, por José Marial pág. 27

PSIQUIATRIA

Ricardo Grimson
"Apuntes sobre la locura"
Erving Goffman
Internados
Maud Mannoni
Le psychiatre, son "fou" et la psychanalyse
Acerca de las comunidades terapéuticas, por M. Chorne, I. Kaumann, B. Grego pág. 29

● Un artículo sobre el sindicalismo peronista publicado en el número 9 de *Los Libros*, dio lugar a diversas respuestas que la revista ofreció en sucesivas apariciones. El interés sobre el tema no es sorprendente: se trata de analizar uno de los períodos fundamentales de la historia contemporánea argentina y, sin duda, el que más sigue pesando para toda solución que se pretenda imaginar en relación al futuro del país. Con el trabajo de Juan Carlos Torrecerramos esta etapa de la discusión. No es que consideremos agotado el tema; creemos que la indagación posterior —que bien puede tener como escenario las páginas de *Los Libros*— deberá plantearse la historia y el porvenir del movimiento obrero al margen de la necesaria pasión que encierra todo intercambio personal de opiniones, por rico y revelador que éste pueda ser.

Si algo ha quedado claro en las cuatro notas aparecidas, es la imposibilidad de una apreciación "científica" del fenómeno al margen de postulaciones políticas precisas. De las propuestas que subyacen en el discurso de cada uno de los polemistas, surge el enfoque que se otorga al problema: tales propuestas podrían leerse según el énfasis puesto en uno u otro aspecto del tema tratado. La validez del interlocutor (cuestión planteada por Ismael Viñas) depende del objetivo que la discusión postule. Las "incomprensiones" de que se acusa a Miguel Gázzera, no son sino las afirmaciones de una posición que el dirigente sindical expuso claramente en su respuesta. En este número, Juan Carlos Torre, a su vez, explicita el espacio desde donde discute con ambos: el proyecto de una "revolución nacional" —cuyas particularidades habría que definir exhaustivamente— condiciona un enfoque obviamente distinto del que surge de un proyecto socialista que, por otra parte, puede incluir momentos de transición en los que no se excluye ninguna etapa que tienda a la liberación del imperialismo y el afianzamiento de la independencia nacional.

● La falacia de erigir una ciencia que intente prescindir de un marco ideológico, es contemplada críticamente por Eduardo Menéndez a partir de un libro de Noam Chomsky. El prestigioso lingüista norteamericano, uno de los intelectuales más destacados de su país, ha consagrado el grueso de sus esfuerzos (aun en desmedro de sus actividades científicas) a la lucha política, polarizada actualmente en la oposición a la guerra en Viet Nam. En momentos en que se pone en duda todos los mecanismos de la producción de conocimientos y las formas de transmisión del saber, la explicitación del tema adquiere fundamental importancia.

● La finalización de la temporada teatral en Buenos Aires —lugar donde se desarrolla gran parte de esa actividad en la Argentina— es buena ocasión para un balance que intenta, más que la simple enumeración de hechos, la valoración histórica de un proceso que en 1970 no hizo más que persistir: José Marial ofrece su versión de una crisis crónica que aún no culminó y que, por lo tanto, difiere eventuales soluciones.

¿La arquitectura al servicio de la revolución?

Oriol Bohigas
Contra una arquitectura adjetivada
Seix Barral, 170 págs.



La primera negación

Durante el período de entreguerras, los más atendidos teóricos del movimiento moderno consolidaron su crítica **apolítica** a la cultura burguesa de las instalaciones humanas. Sin cuestionar las causas estructurales, se aplicaron a denunciar sus efectos en los campos del urbanismo, la arquitectura y el diseño industrial. Hubo excepciones: la corriente fascista del futurismo y del racionalismo en Italia, el movimiento simbolista en la Unión Soviética, el grupo bauhausiano de Hannes Meyer en Alemania. Sin embargo, el fracaso ante el afianzamiento del academicismo en esos tres países implicó el robustecimiento de la crítica liberal que sólo atendía a limitadas perturbaciones corticales del sistema. Desde un principio —particularmente en Europa occidental— se diagnosticó el mal y tras perfilar una Nueva Arquitectura, se inició la ofensiva tendiente a superar la situación. La enfermedad consistía en la supervivencia de la Academia, el descontrol de la producción industrial, la ignorancia de la clase dirigente; la Nueva Arquitectura se sustentaba en un objetivo instrumentalista: el "funcionalismo", una estética: el "purismo" y una filosofía: el "racionalismo" (que de por sí determinaba límites para el objetivo y la estética). La lucha a seguir surgía de los datos anteriores: nueva enseñanza para contrarrestar la Academia y activa propaganda para ganar el poder en el campo del "diseño total", tratando de convencer al poder burgués de que la terapia propuesta eliminaría muchas deficiencias del cuerpo y del espíritu social.

La postguerra inaugura la época del triunfo y el fracaso del Primer Movimiento Moderno. El viejo academicismo es eliminado a escala mundial; los regímenes liberales primero, los otros más tarde, respaldan cada vez con menos reticencias a la nueva arquitectura; los usuarios, tras un período de oposición, la aceptan sin mayores tensiones. Pero una nueva generación de arquitectos comienza a advertir que la agitación

propagandístico-programática había ocultado demasiados simplismos ingenuos, demasiado falsos optimismos, porque tras unas nuevas apariencias arquitectónicas los grandes y agudos problemas cívicos y sociales del hábitat quedaban sin resolver.

La segunda negación

Para muchos, aquella comprobación significó la pérdida de la inocencia complaciente respecto al sistema socio-económico y al "progresismo" positivista en arquitectura. Complementariamente, la disolución del C.I.A.M.¹ sepultó el internacionalismo programático ingenuo, incapaz de asumir la adultez requerida por el período posterior a la etapa polémica introductora de la ya caduca "nueva arquitectura". Desde entonces, de alguna manera los congresos internacionales de la U.I.A.² han reemplazado al antiguo foro, constituyéndose en uno de los canales de difusión de los nuevos cuestionamientos, pero sin lograr superar todavía un declaracionismo excesivamente generalizador en materia de arquitectura, acompañado por una coherencia cada vez más acentuada en términos políticos: su crítica atraviesa a la sociedad capitalista en todos sus niveles y señala explícitamente las causas estructurales de las limitaciones arquitectónicas. Contemporáneamente, arquitectos independientes o agrupados, desarrollan un análisis revisionista del Movimiento Moderno y de su significación en el mundo actual, al que también dirigen su crítica diversamente radicalizada.

A partir del año 60 aproximadamente comienza a perfilarse el eje Milán-Barcelona, apoyado en una nueva y particular manera de concebir la arquitectura y el diseño industrial. En los campos de la teoría y la práctica profesional, uno de los principales protagonistas catalanes de ese movimiento que ha sido denominado de "arquitecturas marginadas", es Oriol Bohigas. En **Contra una arquitectura adjetivada** reúne doce breves escritos producidos entre los años 1961-69, la mayoría de

ellos pivotando alrededor de una misma preocupación: dado el fracaso de la nueva arquitectura oficial (y que ya se ha convertido en expresión del sistema), "¿Dónde radica una auténtica posición vanguardista en el campo del diseño? ¿Cuál es la actitud progresista revolucionaria y a qué objetivos deben apuntar el diseñador para colaborar en su terreno estricto a la revolución total? Incluso como un planteo previo: ¿existe un campo estricto del diseño?"

El núcleo ideológico y sus contradicciones

La "revolución total" es necesaria, pero el único camino posible es el político; el arquitecto sólo puede revolucionar la arquitectura: esta es la reiterada afirmación de Bohigas (coincidiendo con Gregotti a lo largo de ésta y sus restantes postulaciones fundamentales). De esta manera, todo intento de transformar la sociedad a través del diseño se revela como un falso "progresismo", un escapismo reaccionario en última instancia, que atentaría incluso contra la arquitectura además de ser políticamente ineficaz. En este sentido Bohigas reivindica enérgicamente la "sustantividad" de la arquitectura, perdida de vista por quienes la explican en función de motivaciones exteriores a su especificidad o pretenden justificarla por efectos igualmente extraarquitectónicos. En el plano de la crítica, tales serían los desviacionismos **adjetivistas**, propios de quienes "la consideran válida sólo en cuanto viene definida por la aplicación prioritaria de unos adjetivos —de carácter tecnológico, temático, metodológico, realista—, o la convierten en un puro hecho adjetivo —de carácter político, social, profesional— tratando de dar la explicación de su propio curso en un nivel diferente".

Entonces, ¿cuál es el campo propio de la arquitectura?: "el de las relaciones ideología-lenguaje (arquitectónico)", las que se resuelven en el plano de su **artisticidad**.

Pero a pesar de su visión inmanentista, a Bohigas le urge **funcionalizar** políticamente, de alguna manera, a la arquitectura. Entonces apela a dos posibilidades: una interpretativa, otra programática. Primero recurre a Gregotti: "si una de las finalidades del arte es liberarse de la represión, el arte es siempre revolu-

ción si es fiel a su misma naturaleza". Consecuentemente, una arquitectura verdaderamente artística sería inevitablemente revolucionaria. Más tarde propone una **arquitectura contestataria**: "La posición progresista vanguardista es la de estar molestando, contradiciendo, incomodando a usuarios y espectadores hasta donde ellos mismos puedan mínimamente entenderlo"; hay que "romper las expectativas, poner en crisis la mentalidad conservadora, para que el público haga un replanteo a fondo de su vida, se adecue a otra ideología y, a la larga, tome conciencia de su situación y se revuelva contra el dominio de la estructura social". De donde Bohigas acaba por transgredir la "sustantividad" pasando de un nivel del discurso a otro: el del cambio social promovido por la arquitectura. Además, aquellas dos maneras de entender el vanguardismo al ser confrontadas generan inocultables contradicciones: ¿cómo suponer que una arquitectura agresiva e irritante como la sugerida pueda simultáneamente liberar de la represión?; en caso de que quien se "libere" por la sublimación de sus represiones sea el arquitecto, en los términos "contestatarios" planteados ¿ello no configuraría simplemente el funcionamiento del mecanismo frustración-agresión?; ¿la "liberación" por sublimación no es un escapismo muy poco revolucionario? En fin, ¿una arquitectura irritante y defraudadora puede ser propuesta como valor universalizable? Esta última cuestión hace volver a Bohigas sobre sí mismo, toca su conciencia y lo empuja a otra contradicción: "Entonces parece obvio que ejercer sobre las masas necesitadas (...) estas rupturas de expectativas, tiene un punto de abuso social. Los arquitectos contestatarios debieran respetar a todo un proletariado que ya está resistiendo demasiadas presiones e injusticias..."

Así, en un mismo texto de sólo siete páginas y en donde postula la invalidez de las distinciones temáticas previas, termina estableciéndolas al incurrir nuevamente en **adjetivación**. Pero hay más todavía: sobre la eficacia de la arquitectura **agresiva** Bohigas es pesimista: "la mayor parte de actitudes anticomerciales, contestatarias, han acabado convirtiéndose en síntomas de integración. Las razones son obvias: por una parte el poder asimilador de la sociedad

1. Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna. Uno de los principales animadores del C.I.A.M. fue Le Corbusier.

2. Unión Internacional de Arquitectos.

de consumo y por otro (en tanto las obras sean de calidad se convierten en deseables) porque la integración de la calidad es un recurso lógico en una sociedad que aspira a la "super-vivencia". De ahí que la sociedad a la que se pretende poner en crisis, resemantizando el objeto provocador invierte su signo y lo asimila complacida.

En el último escrito del libro y en no más de tres páginas, se procura una más ajustada explicación semiológica de la sustantividad de la arquitectura. Bohigas establece una semejanza entre el lenguaje verbal y el de la arquitectura: "El lenguaje es un traspaso de los significados a los significantes mediante un código conocido... Igual ocurre con la arquitectura, interpretada como un fenómeno de comunicación"³. Luego puntualiza una presunta diferencia capital: "la persona que habla o escribe puede actuar a la vez sobre significados y significantes, mientras que el arquitecto actúa exclusivamente sobre significantes y no sobre significados, porque su formulación pertenece a otro tipo de actividad profesional y porque en el momento de la creación arquitectónica tiene sólo una limitadísima participación, la de poder optar entre los posibles datos —los significados— elaborados previamente". No discutiremos la primera parte de la proposición de la que sólo conservaremos su sentido, pero sí cuestionaremos la segunda.

Por lo pronto debemos indicar que en el lenguaje arquitectónico (lo mismo que en el verbal) existen dos clases de significados: los denotativos y los connotativos. Respecto a la connotación, sabemos que por no estar institucionalizada (caso contrario se convertiría en denotación) existen inevitables discrepancias de interpretación entre el emisor y los receptores y de éstos entre sí: sin

embargo y a pesar de estas diferencias, puede constatarse que en muchos casos se verifica un relativamente alto standard de coincidencias interpretativas coincidentes con la intencionalidad del emisor. Los arquitectos, al margen de sus conocimientos semiológicos, operan muchas veces conscientemente en este plano de significación (por ejemplo, escribiendo sobre una de sus obras, Gregotti dice que procuró crear una imagen de "fortaleza y perdurabilidad") y lo que resulta aquí más importante es que los contenidos connotativos rara vez le están prefijados al arquitecto. De esta manera, ya en parte queda desvirtuada la afirmación de Bohigas, pues resulta indudable que este nivel del campo semántico no le está vedado al diseñador.

Pasando a la dimensión denotativa, podemos reconocer con Eco en el signo arquitectónico, "la presencia de un significante cuyo signifi-



cado es la función que aquél vuelve posible". A nuestro juicio, sin embargo, la funcionalidad no satura este nivel del campo semántico, sino que lo comparte con otras clases de significados tales como la tecnología y la constitución material. En este sentido, la propuesta de una forma arquitectónica que exprese adecuadamente los métodos de elaboración y los materiales empleados, funciona como una señal debidamente correlacionada con dichos mensajes. A menudo, la selección y combinación de técnicas y materiales es una de las atribuciones del diseñador, y en tal sentido opera con unos contenidos arquitectónicos propios del campo de los significados. En cuanto a las funciones, el mismo Bohigas reconoce que "nunca los clientes (...) nos traen el programa (funcional) suficientemente concreto y elaborado", de donde deducimos, y la práctica profesional lo confirma, que el arquitecto siempre participa

en su concreción final, resultando responsable en buena medida de los contenidos funcionales de cada objeto proyectado. Por todo lo dicho negamos que la "sustantividad" lingüística de la arquitectura resida exclusivamente en el campo semántico.

En una nueva inconsecuencia Bohigas propone una salida vanguardista: "La apertura, por un lado, y la ruptura de código, por otro, es el paso revolucionario que puede promover la arquitectura". En este texto "apertura" equivaldría aproximadamente a polisemia ("abiertas posibilidades de contenido"), la que brindaría una necesaria flexibilidad de adaptación a futuros requerimientos hoy imprevisibles. Obviamente, tal tipo de contenido es una instauración arquitectónica proveniente del diseñador y no exigida ni impuesta en general por los actuales comitentes, con lo que el mismo autor desmiente su anterior asevera-

ción en el sentido de que el campo semántico es el que se define como el "territorio de la arquitectura". "Ruptura de código", a su vez, se refiere al rechazo de las actuales (y codificadas) relaciones de significación entre significantes y significados. En la historia del diseño, esta práctica ha sido justamente el fundamento de todas las revoluciones poéticas conocidas y no puede presentársela como un descubrimiento reciente (la novedad reside en la formulación verbal y no en el referente aludido). Por otra parte, si la creatividad se aplica exclusivamente a revolucionar la expresión arquitectónica, ello conduce a un juego formalista que el mismo Bohigas rechaza: "la arquitectura de un cierto interés en todo el mundo se mueve exclusivamente entre intentos individuales muy espectaculares, pero en los que está ausente una fundamental preocupación de servicio. A pesar de la indudable calidad de los

intentos e incluso de la validez de muchos resultados en la pura búsqueda formal, hay que reconocer que se trata muchas veces de una arquitectura orientada al puro monumento personal, casi a una glorificación publicitaria, más que a la investigación de nuevas posibilidades de servicio real y efectivo (preocupación por el servicio a la que antes criticara como **adjetivista**). "Existe —continúa Bohigas— una contradicción fundamental entre esta arquitectura vedatística y genaloide y la realidad que tiene que soportarla". Para resolver este conflicto conceptual que el mismo generó, Bohigas, en un acto de prestidigitación hace aparecer finalmente esa necesidad de operar también sobre los "significados" apelando a la "apertura (...) de contenidos", mientras que en la esfera del cambio formal lo justifica, éticamente, en tanto contradiga las expectativas existentes. A la cuestión: diseñar "en acuerdo o en desacuerdo con el gusto degenerado del público", responde: "Nunca tanto como ahora y aquí, hay que diseñar contra el gusto del público, para hacerlo, precisamente, en favor del público". Bien sabe, sin embargo, que "la diferencia entre la actitud investigadora y vanguardista de la arquitectura y de las otras artes está en que aquélla recae directamente sobre la piel de los usuarios, sin que éstos tengan demasiadas posibilidades de libre elección", lo que lo lleva a buscar una solución de compromiso: "casi estamos por afirmar —en actitud polémica evidentemente contradictoria— que donde el vanguardismo puede llevar más cómodamente adelante su efectividad subversiva es en las casas... para ricos". ¿Pero no es esto entrar en el juego de la burguesía snob, que ha aprendido a regocijarse ante los golpes al viento de sus artistas malditos? Del Barco dijo que Sade tiraba una rata muerta en la mesa de banquete de la burguesía. Lo que deben saber los cultores de la poética agresiva, es que hoy la burguesía no sólo no se escandaliza sino que es capaz de comérsela. Esto impone darse una nueva estrategia vanguardista. Por su parte, la práctica social concreta está abriendo sus caminos: la **demolición** y el trastocamiento de los significados edilicios a través de un **uso herético**. Recuerdo, en el plano de la ficción, dos exhibiciones de esta poética efectivamente contestataria: el estallido que cierra Zabrisky Point y la vida diaria en la iglesia-restaurante de Alicia. Probablemente esto deje provisoriamente de lado a los arquitectos, pero muchas veces el progreso arquitectónico se ha movido sin que ellos lo dirigieran.

Tulio Fornari

Beatriz Guido: el simulacro de lo peligroso

Beatriz Guido,
Escándalos y soledades,
Losada, 306 págs.



Espionaje y collage

"Los personajes de *Escándalos y soledades* son imaginarios. A veces se comunican entre sí con palabras, voces, sueños, relatos, pesadillas, indignadas imprecaciones y textos de" (aquí una lista de 122 nombres: desde Mosconi a Rogelio Frigerio y de Frondizi a Trotsky).

Roland Barthes define la escritura como un ethos, una *elección moral*, dentro de la comunicación social y en relación con ella. Beatriz Guido, en cambio, practica su escritura como la no elección, el collage, el mosaico que puede definirse como el opuesto semántico de estructura: "La estructura es pues en el fondo un simulacro del objeto, pero un simulacro dirigido, interesado, puesto que el objeto imitado hace aparecer algo que permanece invisible, o, si se prefiere así, ininteligible en el objeto natural". (R. Barthes, *Ensayos Críticos*, p. 257).

Más bien el resultado final de *Escándalos y soledades* es ocultar el objeto, hacerlo invisible, disminuir la posibilidad de comprensión. Lo *mentado* se oculta en el orden peculiar (en el sistema) de las palabras; el texto de la novela encubre y ensambla otros textos que se enrarecen mediante la pérdida de su historicidad, aquello que, en última instancia, los hizo significativos.

Mi literatura es un collage y un espionaje, descubre Beatriz Guido en *Escándalos*. Construirá el mito, la segunda cadena semiológica: toma una lengua objeto y textos objeto (los de los 122 agradecimientos finales): lo que ellos significaban se convierte, en su texto, en la forma mediante la cual ella quiere significar, y al significar por esos textos los contradice, los usa, concreta su mitología personal sobre la Argentina: si Guastavino de *Fin de fiesta* era el actor-héroe de la década infame; si la aristocracia vacuna más corrompida prestaba dos de sus integrantes para la lucha "democrática" contra el peronismo porque eso les divertía ("Todo esto la divierte. Se siente maquis, como en la resistencia francesa, o algo así", *El incendio y las vísperas*, p. 50); en *Escándalos* el ciclo del frondizismo armoniza petróleo y política ("Recuerda, Doro, recuerda. Nunca cargues nafta en tu coche que no sea YPF", p. 95), usando literalmente al Che

Guevara, a Masseti, a Lisandro de la Torre o a Perón.

Todo está presente, aquí no se escapa nadie porque la elección, el ethos de la escritura de Beatriz Guido reside en una ideología enumerativa. "Uriburu, Martín García, Justo, contratos de la CADE, Barceló, Castillo, Mussolini... —ahoga su llanto escondiendo su cara detrás de un árbol. Entonces ruega, invoca, incoherente, para salvarse: —Alberdi, Gramsci, Martí, Proudhon, Gorki, Emerson, Roosevelt... Benito Juárez" (*El incendio y las vísperas*, p. 45). Este recitado pertenece al fubista antiperonista Alcobendas, pero hoy es la justificación premonitrice de un nuevo collage: el mito de los 122 nombres de *Escándalos y soledades*. Nada me impide trasladar este texto y convertirlo en la unidad significativa de la novela.

"Aunque mi memoria todo lo registra, a veces creo que Roca vivió en Pinas como de la Torre y no sé si Aníbal Ponce o de la Torre muere en un accidente en México" (*Escándalos*, p. 75). Doro Astrada se confunde, Beatriz Guido (a veces) también. El mosaico de *Escándalos* se basa en una serie de operaciones que admiten llamarse escritura o apropiación. Y de la apropiación se pasa a la enajenación: los textos se enajenan de su significado y construyen con buena voluntad un mito, el de la historia tal como la entienden Beatriz Guido.

Así, en *Escándalos*, la historia es arrancada de la intencionalidad social y se convierte en la decantación de un espionaje: un producto (sub) de la actividad de escribir. Beatriz Guido-Doro Astrada escriben porque no entienden (como no entendía Adolfo Peña en *Fin de fiesta* y convertía a Guastavino en de la Torre). Entonces juntan, recopilan, coleccionan: "Sobre mi escritorio junté latas de alfileres, pisapapeles, seis docenas de brochadores, para pegar, adherir, coser; cuando ellos dormían, pegaba los papeles en una carpeta como si fueran prontuarios y no hubo rincón de la casa del cual las ratas y yo no participáramos, escarbáramos y visitáramos" (*Escándalos*, p. 296).

También escribir es espiar y entonces la escritura-elección (participación) se transforma en una escritura-visión (alejamiento). Beatriz Guido espía a Doro que espía a los personajes. "Me divierte sorprender las traiciones: yo lo sé todo, quizá sólo quiera escribir historias despreciables. Soy de los que se pasarían el día con el ojo en el agujero de la pared abierto al cuarto de al lado, así fuera una letrina. De la impotencia nacen los mejores testimonios"

(p. 135). Habla Doro Astrada, sin embargo, estructuralmente, es un signo del narrador convertido en mensaje para el lector, que es un mirón de tercer grado (juego aceptable dentro de las formas de decodificación del público burgués para quien *Escándalos* oscila entre la guiñada y el golpe bajo pero amistoso). Además sólo espía el que puede; Beatriz Guido puede escribir porque espía y puede espiar porque...

De cómo deshistorizar la historia

...es cómplice. Su complicidad es la mirada que fija, su escritura. *Escándalos* detiene la historia y, lo que es peor, la transforma en algo totalmente inverosímil como narración. La ideología enumerativa de Beatriz Guido se complace en las definiciones que establecen una complicidad necesaria entre lo definido y sus términos. Escribe desde una ideología que en *El incendio y las vísperas* caracteriza los 17 de octubre del peronismo como los días en que se come "foie-gras y galletitas inglesas".

En *Escándalos*, Doro Astrada los conoce a "todos" y frente a Valderrama-Guevara pone torpemente en marcha la maquina de la definición: "Siento interrumpirlo, cortando angustiosamente su pedido. —¿Recoleta o Chacarita? —Recoleta. No seguí insistiendo. Identificar un muerto, una tumba, es también delatarse, identificarse" (p. 241). Esta manía de la definición equivale a una necesidad de poseer y comprender la totalidad por la palabra, aunque mediante la posesión, la totalidad y la historia empiecen a ser incomprensibles.

Beatriz Guido se esfuerza por lograr una concreción evidente; hay que nombrar para dar realidad, peligrosamente por el barroquismo inmanejable del conjunto connotado, convocado, impuesto: Palacios, la Reforma, Lisandro de la Torre, Guevara, Ismael Viñas, los contratos petroleros, el asesino de Trotsky, Masseti, Emilio Jáuregui, la guerrilla, Perón, Di Giovanni. De nuevo el collage, en un esfuerzo evidente por ponerse al día con la "nueva literatura": simplifiquemos, piensa Beatriz Guido, todos los textos, todas las palabras son más.

Además, espiar, como Doro, significa a la vez no participar y evadir el juicio, creer que la escritura es neutra —un grado cero mal entendido. Espiar es también una forma de complicidad propia de una clase; equivale a mostrar con inocencia: ellos son así (nosotros, los que nos adscribimos, también). *Escándalos* fue escrita alrededor y por una fe-

nomenología de la mirada, una verdadera profesión de fe "realista". Se elige una primera persona de relato, Doro. El no suscribe los contratos frondicistas con el imperialismo, su función estructural es mirar y contar. Cuento lo que veo, y como estoy próximo al centro de la Historia (el poder político) cuento la historia.

Beatriz Guido siempre quiso contarnos la Historia, porque una historia parece serle insuficiente para mostrar lo que ve. Así su escritura se convierte en escritura didáctica: hay que enseñarle a la gente lo que ha pasado, cómo no existen los purros, cómo a la patria hay que salvarla de cualquier forma, cómo esta cualquier forma también es un fracaso. En ese plano, Beatriz Guido lo sabe todo, desde la última carta de de la Torre hasta la última carta de un guerrillero que pelea en Bolivia: su texto es omnisciente aunque anecdótico y no consigue darle la verosimilitud que caracteriza a las formulaciones míticas de la burguesía, prueba débil de una posible buena fe.

Decide mostrar el país y en esta demostración *Escándalos* es tan inadecuado como *El incendio y las vísperas*, pero más didáctico. En realidad el didactismo es circular en la novela: Rodolfo, el hermano de Doro, profesor de geopolítica, le enseña el código del liberalismo y con su locura la claudicación y el fracaso del desarrollismo; a su vez el texto de la novela, la voz de Doro, nos enseña a nosotros cómo se vive y se piensa cuando de liberal se pasa a entreguista. Todo con la mayor candidez, y a veces también "divertido": "Ramón se cruza de brazos, Rodolfo explica. ¿Por qué me dice: lucro-o-o, alargando las 'o'? ¿Qué tiene que ver con santuario [santuario del lucro], una palabra que huele a iglesia, a altar con puntillas, a hostia consagrada, con las clases de Rodolfo? Porque él habla. Martín no tiene tiempo. Sus vidas se mueven entre palabras como 'monopolios', 'trust' y a mí sólo me interesa pasarme las horas tirado en mi cuarto inventando el hastío, la pereza y, quizá, poder escribir alguna vez" (p. 99).

Y alguna vez Doro hubiera escrito una novela como *Escándalos y soledades*. Beatriz Guido se le adelantó: lo miró y lo convirtió en su cómplice en primera persona. Pero de pronto uno puede pensar: ¿y si todo esto no es sino un nuevo pretexto, si la historia —que ya ha sido fijada— no interesa verdaderamente, si la didáctica política es sólo un primer y evidente plano textual,

pero no el único, ni siquiera el principal? Una segunda lectura que partiera de estas preguntas, privilegiaría a Elisa y Galileo Abencerraf, a Ramón, a la relación adolescente con Zanabria, a los Valenzuela, a la casa y la Biblioteca de la calle México. Desde este punto de vista la Historia no sería sino una fracasada coartada de lo verosímil, para contar la historia. Sin embargo no son dos textos y sería ilícito separarlos: para Beatriz Guido la Historia es la historia y viceversa. Digamos que es algo así como una propuesta de "próceres en la cotidianidad" o "yo lo vi desde adentro", una óptica no necesariamente falsa, pero difícil y pocas veces lograda, de acercamiento. La tipología de sus novelas anteriores coincide con este proyecto de *Escándalos*.

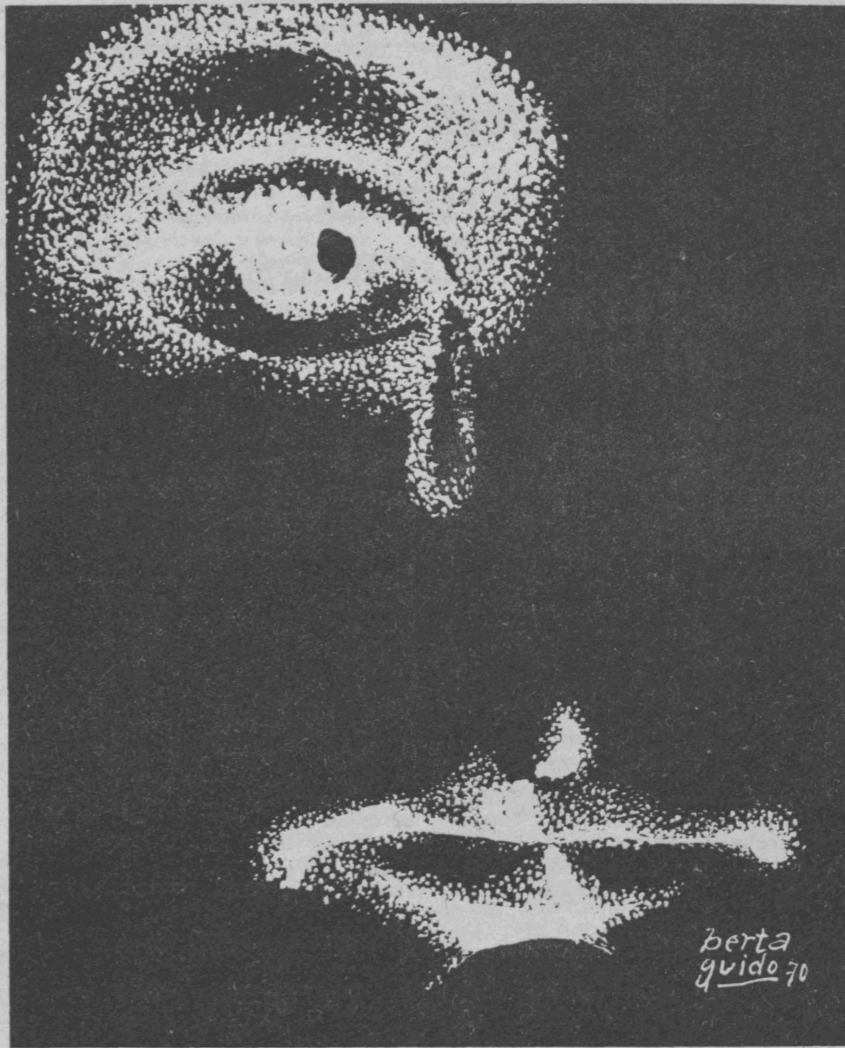
Tres textos, un texto

Felicitas (*Fin de fiesta*) es Antola Báez (*El incendio y las vísperas*) es los Valenzuela (*Escándalos*); Adolfo Peña Braceras (*Fin de fiesta*) es Doro Astrada (*Escándalos*); Elisa Abencerraf (*Escándalos*) es Mariana (*Fin de fiesta*); Guastavino (*Fin de fiesta*) supone la política conservadora; Pablo Alcobendas (*El incendio y las vísperas*) supone el fubismo antiperonista; Martín Astrada supone el desarrollismo. Todos ellos son absolutamente sincretizables, convertibles en uno que establece con respecto a cada uno de los demás idénticas relaciones de oposición o inclusión. Todos, desde un punto de vista estructural, pertenecen a la economía general de un solo texto, el de esas tres novelas de Beatriz Guido.

Definir entonces una tipología no es arbitrario puesto que existe una lógica interna a los relatos que los vincula según protocolos y pautas similares. El desmontaje de ese mecanismo no implica reducir el texto de Beatriz Guido sino ampliarlo: no hay tres novelas sino una, que empieza en 1930 y termina (por ahora) en 1969.

Ese texto se funda sobre un haz de funciones atribuibles a "personajes" individuales, concretadas en significaciones comunes que tenderían a agotar la semanticidad del conjunto. Ciertos datos nos acercan a una demostración provisoria.

En primer lugar, existen dos clases de personajes: los que actúan y los que miran, hablan, viven vicariamente: los héroes y los héroes aparentes. Del lado de los que actúan están Guastavino, Alcobendas (lumpen y pequeña burguesía) y Martín Astrada; el texto naturaliza sus respectivas relaciones con Adolfo Peña, José Luis Pradere y Doro Astrada. En el caso de Guastavino y Alcobendas es lógico, natural que sean ellos los que produzcan la acción, mientras que Adolfo y Pradere se la apropien contemplándola (mientras Beatriz Guido se la apropia escribiéndola). Tanto Pradere como Adolfo y Doro desean intervenir o intervienen en la historia que miran, pero enseguida renuncian a hacerlo porque están condicionados a no tomar las decisiones: las decisiones ya han sido tomadas por su clase. Qui-



zás Beatriz Guido pueda definirlos como aquéllos que pasan a segundo plano "por delicadeza".

Por otro lado, tanto Guastavino como Alcobendas y Martín Astrada están en relación metonímica, de la parte por el todo, con la realidad de la historia. Para Adolfo Peña, nieto de Barceló-Braceras no es su abuelo quien representa la política sino el guardaespaldas, que cumple con respecto a Adolfo todos los ritos de iniciación. A su vez, Alcobendas es la concretización del fubismo, es el fubismo militante frente al diletantismo político de Pradere; también Martín es el arquetipo del político para Doro, la "honestidad de la deshonestidad". Los tres, Adolfo, Pradere y Doro, creen espiar el país y sólo "vigilan" a un hombre, afortunadamente convertido en "representación de..." por Beatriz Guido.

El fracaso de las relaciones de estos personajes con la realidad es idéntico: terminan en la muerte-castración-fracaso. Sólo se salva el que mira, y salvar la mirada equivale a afirmar la escritura sobre el acto, coherencia aceptable en un universo burgués que no ofrece salida posible.

Del otro lado de los héroes (lo masculino) están las madres sustitutas, los sirvientes, seres mitificados, asexuados, desclasados y por lo tanto inofensivos, fieles y, en última instancia sabios. Estructuralmente su función es adjetiva: pertenecen al color local semifeudal del folklore

de la oligarquía. Son objetos poseídos o incondicionales, de la misma forma que las estatuas, los incunables, las estancias o las palabras muertas y repetidas de los próceres liberales.

Por último las mujeres —los objetos que deben ser conseguidos y poseídos. Su tipología responde a cada uno de los mitos burgueses más recalcitrantes. Tanto Mariana como Elisa Abencerraf cumplen un solo rol estructural: la espera —rol asumido, con algunos matices diferentes, también por Inés Pradere. Toda su posibilidad de acción se encierra en la fidelidad y su poder reside más que en la belleza, siempre perfecta, en la fantasía de la virginidad, significado central de sus relaciones con el hombre. Como es lógico, sólo llegan a ser felices y verdaderamente poseídas con la llegada del happy end, desenlace tramado sobre la frustración de los políticos para resolver la situación de los mirones.

Entre estos núcleos de actores se establecen redes de relaciones de significado común: en la acción está el riesgo del fracaso ya que los que actúan terminan muertos o mutilados, con lo que Beatriz Guido pareciera querer demostrar que la historia es peligrosa; en la acción también está presente el riesgo de la locura que destruye, en *Escándalos*, a Rodolfo y Galileo. En cambio la espera y la mirada pueden destemporalizar la historia, detenerla, y hacer que todos los que miraron o

esperaron se reencontraran definitivamente en el desenlace. Los que escriben, en este caso Beatriz Guido, también son beneficiados por esta ley y reciben, después del desenlace, el gran premio consuelo del consumo.

Para todo público

Escándalos y soledades es una novela para consumir. Sin embargo, Beatriz Guido la ha producido según algunos protocolos textuales ausentes de su literatura anterior, obedeciendo a un imaginario proyecto de vanguardia o a un prejuicio culturalista. Pero los cambios en la escritura que no se correspondan homológicamente a cambios en las elecciones generales del relato, padecen de impostación, de falsedad, en el mejor de los casos inconcientemente.

Aunque Pablo y José —dos símbolos más o menos transparentes— representen un acto de teatro del absurdo en un hotel neoyorkino, aunque se escriban textos de Virgilio Piñera y se intercalen fotos del escritorio de Trotsky, *Escándalos* integra un mismo texto, junto con *Fin de fiesta* y *El incendio y las vísperas*. Ese texto está regido por idéntica tipología, similar estructura de relato y, por sobre todas las diferencias, la misma ideología: el antiperonismo liberal y burgués, que no entiende bien a su hijo, el frondizismo, y que no puede liberarse de las tilinguías de clase por las que Arturo Jauretche incorporó definitivamente a Beatriz Guido al medio popular.

Lo que sí varía, en *Escándalos*, es la intención de verosimilitud del discurso. Beatriz Guido parece haber registrado que lo verosímil de un texto se define no en su relación con lo real sino en su relación con el lenguaje. Pretende subrayar la verosimilitud con la inserción de pequeños detalles, con nombres, con presencias (Palacios, Ismael Viñas, Perón, Guevara); a partir de allí se decide a largarse en una carrera hacia el absurdo.

De todas formas no hay peligro de alejar a sus lectores de la burguesía: el desenlace va a liquidar a los personajes inquietantes, los locos como Galileo o Rodolfo, para que todo el mundo se quede tranquilo sabiendo que Elisa y Doro van a ser felices en un mundo más o menos ordenado. Lo previsible define, en última instancia, a un texto que ni siquiera la locura o el fracaso han logrado desquiciar.

Ciertamente la novela se lee rápido y bien. Beatriz Guido sabe escribir lo que está permitido; tiene lo que tradicionalmente puede llamarse "oficio", la antítesis de lo subversivo.

En *Escándalos* está ausente el peligro y, pese a los collages, la novela entretiene. Como quien dice: "el artista se debe a su público ¿no?". Fue escrita en "Hotel Algonquín, Nueva York, enero de 1965 y Pinares de Maldonado, enero de 1970. Uruguay".

Beatriz Sarlo Sabajanes

Sobre la autocrítica de Gazzera

La economía del peronismo y la política de los sindicatos

La discusión abierta a partir del comentario que publiqué en el número 9 de *Los Libros** desborda, a mi criterio, el ámbito de esta revista; las cuestiones planteadas son al mismo tiempo demasiado amplias y demasiado específicas para tratarlas aquí. De todas maneras creo conveniente formular algunas observaciones. Quisiera ante todo desplazar de la discusión aquellos puntos en los que aparece envuelta la militancia política de Gazzera. Si me detuve en ellos fue porque contribuye a esclarecer las limitaciones del sindicalismo peronista, permite reconocerlas en acto a través de los desencuentros que caracterizaron las alternativas de las relaciones entre Gazzera y Vandor. Mientras los peronistas, al publicitarlo como "el teórico del vandorismo", lo enrolaron a menudo en ese sindicalismo ideológicamente indefinido que Gazzera condena, yo preferí optar por la versión que Gazzera da de sí mismo y marcar la distancia entre sus propuestas políticas y el pragmatismo negociador con el que Vandor condujo al movimiento obrero. Al hacerlo, lo que implicaba de hecho destacar el escaso eco de sus consejos políticos —sea en ocasión de la Operación Retorno como en la reorganización de la CGT de Azopardo en 1968— intentaba señalar aquello que, junto con Gazzera, pretendía mostrar: las limitaciones del sindicalismo peronista. Confieso ahora que en esta aventura literaria— que era a la vez una revalorización de la figura de Gazzera— no he tenido éxito alguno, por lo menos con Gazzera. Es verdad que mi incursión en su militancia política estaba precedida, en el comentario, por algunos desacuerdos con su análisis del período peronista; comprendo que estuviera prevenido y no esperara nada constructivo de alguien que estaba insatisfecho con su autocrítica. Me explico entonces porqué al abandonar la consideración de una cuestión política pero exterior —el sindi-

calismo peronista— e implicarlo a él personalmente conjuré sobre mí los fantasmas de su integridad amenazada. Porque en ese momento Gazzera se obstina empecinadamente en desconocer lo que se le dice, atrincherado en las tinieblas de una reacción defensiva.

Esto es lo que sucede precisamente cuando, cuestionando la caracterización que hago de su posición dentro del sindicalismo peronista, me reprocha confundir "ortodoxia con decencia". Bien, si hay algo que se reclama en el libro de Gazzera es "una política de principios", si hay algo que se repite es la exigencia de "un núcleo ideológico"; quien, como Gazzera, exige "un núcleo ideológico" y reclama "una política de principios", propone para el sindicalismo peronista una ortodoxia y no una moral. No hay que tener miedo a las palabras. Por otra parte, si hay una novedad ideológicamente significativa en Gazzera como peronista es su esfuerzo por representarse al sindicalismo peronista no como éste se piensa a sí mismo, es decir, como el terreno ideológicamente vacío donde se enfrentan "los buenos y los malos" sino como el ámbito de una lucha entre políticas opuestas. No la disminuya entonces recayendo en conceptos que, si bien tienen alguna resonancia emocional y por ello son gratificantes, no contribuyen a la tarea de la definición de "un núcleo ideológico": los juicios morales en política no tienen cabida. No es con campañas de saneamiento moral que habrá de terminarse con "el colaboracionismo, el integracionismo, el participacionismo" en el movimiento obrero: con ellas sólo se conseguiría con suerte dirigentes parecidos a algunos de aquéllos que militaron en la primera hora del peronismo, honestos sí pero sin independencia ideológica. Gazzera, Ud. lo sabe, porque allí adonde otros proponen "sindicatos con honra", Ud. reclama "sindicatos con autonomía política".

Es verdad que exigir una ortodoxia en un movimiento que prefiere al pragmatismo, proclamar una política de principios en un movimiento que sólo se guía por las relaciones de fuerza, tiene sus inconvenientes: es a estos inconvenientes, lea bien, es a "esta adversidad" a la que yo aludí cuando afirmé "frente a la adversidad, algunos prefirieron el discurso solitario y otros, Gazzera entre ellos, renunciaron a confesar su impotencia". Gazzera, no había necesidad de evocar su

prontuario en Coordinación Federal puesto que no era mi interés poner en duda su militancia. Simplemente trataba, debo repetirme, de señalar que, frente a un movimiento que "carece de principios políticos y de una conciencia ideológica", algunos de los que han reclamado la necesidad de "un núcleo ideológico" para el sindicalismo peronista optaron por el discurso solitario; pienso en Olmos, en Di Pasquale, que no adhirieron a los vaivenes del movimiento y siempre se los encontró enrolados en la llamada "línea dura". Esta opción, que implicaba en los hechos el reconocimiento de su impotencia para alterar la indefinición ideológica del sindicalismo peronista, aseguraba a quienes la elegían la satisfacción de una coherencia pero los inhabilitaba políticamente. Gazzera, en cambio, —así surge de su libro— escoge un camino distinto y en lugar de la buena conciencia se decide por la eficacia política: él mismo lo confiesa cuando, refiriéndose a las consecuencias del Congreso de Avellaneda, señala que, a pesar de que simpatizara con la iniciativa de Olmos —fundar las 62 De Pie— se puso del lado de Vandor porque "consideré que así estaba en condiciones de patrocinar una modificación de la situación". De modo que, haga un esfuerzo Gazzera y advertirá que en mi comentario no he hecho más que parafrasear sus argumentos.

Claro que la alternativa por la que se inclinó Gazzera tenía sus riesgos. En primer lugar, porque no le procuraba el halo de pureza ideológica que suele rodear al staff permanente de la línea dura: él, que se integró al vandorismo para modificarlo desde adentro, terminó siendo publicitado como su cerebro ideológico; él, que se presenta en su libro marcando su distancia con Vandor, terminó siendo confundido con su política. A reparar estos malentendidos viene su libro, ya que los capítulos referidos a las relaciones con Vandor deben ser leídos como una aclaración permanente más que como una autocrítica: Gazzera no pretende ser "un vandorista que se autocrítica" puesto que no hace suyas las principales gestiones políticas de Vandor sino que se preocupa por resaltar sus discrepancias. En segundo lugar, al desechar el confort de la complacencia ideológica y elegir el desafío de la práctica política, Gazzera enfrentaba la posibilidad del fracaso. Y bien, qué son sus relaciones con Vandor sino la narración de un constante desencuentro. Pri-

mer acto: "yo fui y le dije, él me consultó y conversamos"; segundo acto: "pero al final no hizo lo que convenimos, en definitiva cambió de parecer". Traté de representarme a Gazzera como el portavoz de una ortodoxia, como el que, frente a la óptica de corto plazo de Vandor, oponía las exigencias de una política de principios: léase para ello sus argumentos sobre la Operación Retorno y la participación en el golpe contra Illia en 1966. Y bien, Gazzera no se reconoce en esa pintura y estalla: "¿de ningún modo pretendí regar a Vandor con ortodoxia!" Bueno, Gazzera, no nos entendemos pero no importa, yo le creo y me basta saber que su posición en ambas ocasiones era correcta. Y porque considero que era correcta tuve y tengo que llamar —como Ud. también lo hace y, reconozcámoslo, los dos con mucha indulgencia— "errónea" a la posición de Vandor. Pero he aquí que Ud. protesta nuevamente acusándome de ver sólo "los errores" de Vandor y soslayar los eventuales méritos que le permitieron "signar una etapa del sindicalismo con su exuberante personalidad". En lugar de esta extemporánea puntualización, porqué no trata de entender un poco y darse cuenta de que si lo que importa es "definir un núcleo ideológico", "formular una política de principios" para el sindicalismo peronista, es preciso realizar sin dobleces una crítica de "los errores" de Vandor y no de las degradaciones de sus perseguidores, ya que fue él quien llevó a su expresión culminante "ese sindicalismo ideológicamente indefinido" que Ud. condena. Puesto que ha elegido un discurso político, proteja su coherencia interna y no la deje librada a las imposiciones de sus lealtades personales. Para hacer realmente una autocrítica del sindicalismo peronista hay que dejar de encandilarse, como ha ocurrido con no pocos intelectuales del peronismo, con la eficacia —muy distinta seguramente a la "ineptitud" de un Alonso— con la que Vandor negociaba las posiciones del movimiento obrero dentro de los límites fijados, es verdad, no por los gobiernos (porque solía arrasar con sus gabinetes) pero sí por el régimen de dominación existente. Es a esa eficacia que debe atribuirse "el nivel de caudillo" del movimiento obrero que Vandor alcanzó: ¿pero acaso "esa eficacia" puede ser recuperada cuando lo que se pretende es una política de autonomía obrera? Entendámonos, no es en Coria —tan grotescamente reaccionario— adonde está la

* Ver las notas de Miguel Gazzera en el Nº 11 y la de Ismael Viñas en el Nº 12. Con este artículo de J. C. Torre, la revista da por concluida la polémica. (N de la R.).

amenaza para un movimiento obrero que reclame para sí la constitución de un núcleo ideológico independiente, sino en la política "vanderista" —de ayer y de hoy— que busca sustituir la autonomía política obrera por las ventajas más inmediatas y menos peligrosas de una política de grupo de presión. Por eso, del mismo modo que el movimiento popular rechaza la política de los monopolios internacionales y renuncia a convertir el país en "una factoría próspera", es necesario rechazar también "las cadenas de oro" con las que un sindicalismo formado en la dialéctica de "golpear y negociar" quiere embretar las reivindicaciones de los trabajadores. Todo esto Ud. lo sabe y disculpe si me vuelvo redundante. El hecho es, sin embargo, que lo que se sabe deja de saberse cuando en lugar de la complejidad de las confesiones privadas hay que hacerse cargo de los compromisos de una discusión abierta.

Debo admitir, no obstante, que no es ésta la única fuente de los malentendidos que —por lo menos hasta aquí— existen en esta polémica. Yo he contribuido también a ellos convocando a la maldición de las palabras y excediéndome en las alusiones personales al señalar que "Gazzera termina enterándose por los diarios del fracaso de sus arengas políticas": sobre este último punto tengo que reconocer, en primer lugar, que lo hice porque me pareció una razón poco seria para hablar en política. No dudo que Gazzera se haya enterado por los diarios de 1) la realización del Congreso de Avellaneda, 2) la presentación de la candidatura "rebelde" de Seru García en Mendoza y 3) la normalización de la CGT de Azopardo en 1969, pero mencionarlo es preferir la anécdota al esclarecimiento de su situación en el sindicalismo peronista: es demostrativo que quien solía ser presentado como el teórico del vanderismo y se presenta a sí mismo integrándose a éste para modificarlo desde adentro estuviera tan al margen de los principales hechos políticos del vanderismo. Por ello es que, en segundo lugar, consideré útil resaltarlo, porque esa mención descuidada de un hecho intrascendente para su protagonista podía ser rescatada para confirmar "la indefinición ideológica" del sindicalismo peronista ya que ella nos devuelve en forma transparente "la soledad" de un militante con principios políticos en un movimiento que los ignora.

Tanta mirada curiosa e irreverente en las intimidades de un dirigente sindical —tanta temeridad según algunos amigos peronistas— no podía dejar de tener su merecido y heme así víctima de la imaginación psicoanalítica de Gazzera: mis comentarios —él pretende— están dictados por la impotencia característica de los intelectuales de izquierda. Y bien, allá él con su Freud de bolsillo. Yo, por mi parte, continuaré con este esfuerzo, por entender y explicarme que vengo haciendo hace ya varias páginas —tamaño oficio— porque creo, quizás cándidamente, que las tareas planteadas a la revolución nacional son demasiado urgentes para que nos entretengamos en las tinieblas reconstituyentes del apasionamiento.

Una discusión necesaria

Luego de esta larga y obligada —al menos para el entendimiento de "los prevenidos lectores"— introducción, quisiera referirme a problemas más sustantivos, aquellos vinculados a la valoración del peronismo en el poder, básicamente su política económica. En mi comentario y aludiendo a la ausencia de autonomía política del movimiento obrero durante el período peronista, señalé su incapacidad para ofrecer un plan alternativo a las

políticas de estabilización mediante las que el gobierno hizo frente a la crisis económica de 1952. Esta cuestión —que ha merecido una respuesta crítica por parte de Gazzera— puede ser dividida en dos partes: 1) la crisis propiamente dicha y sus determinantes y 2) las políticas aplicadas para resolverla.

La historia política, prestando más atención a las declaraciones de sus protagonistas que a los comportamientos de la economía, inclinada sobre aquellos momentos en los que el movimiento silencioso de las fuerzas económicas encuentra su racionalidad en un proyecto conciente, ha hecho coincidir la industrialización argentina con la llegada de Perón al gobierno. Cualquiera sea la fidelidad con la que esta versión refleje el mundo de la memoria colectiva, para la cual historia es una sucesión de rupturas, instantes definitivos en los que el pasado se desprende del presente, no bien se consultan las investigaciones económicas existentes se revela incorrecta: el crecimiento sostenido de la industria comenzó por lo menos diez años antes. Es verdad que este crecimiento fue el resultado de esfuerzos destinados a corregir los desequilibrios de una economía que todavía se asumía como economía agro-exportadora; con Perón, en cambio, la industria pasa a convertirse en el sector estratégico del desarrollo nacional. Sin embargo, a pesar de la oposición de los proyectos económicos de los que formaba parte, el crecimiento de la industria tanto en el período peronista como en el período peronista se llevó a cabo en los marcos de la misma política, la sustitución de importaciones. La crisis de 1952 fue más que la consecuencia inesperada de una contingencia meteorológica desfavorable —el fracaso de dos cosechas por la sequía— el producto necesario de las limitaciones de esta política de crecimiento industrial. Reconstruyamos los hechos.

La oligarquía y la industria

Como ya ha sido señalado, la crisis internacional de 1929 alteró las bases económicas de la división clásica del trabajo entre países industriales y países agrarios afectando de este modo el status privilegiado de la Argentina como exportadora de carnes y cereales. Las ilusiones en un progreso indefinido que, en los años 80, presidieron su incorporación como país agrario al mercado mundial, tropezaron con las medidas proteccionistas con las cuales los centros imperiales reaccionaron ante la crisis, perjudicando severamente el volumen y valor real de las exportaciones y poniendo fin a la era de los flujos masivos de capital. En medio de una coyuntura que desnudaba crudamente la vulnerabilidad de una economía orientada hacia afuera, los sectores oligárquicos —otra vez en la dirección del Estado luego del derrocamiento de Irigoyen— tendieron a recomponer un equilibrio tan drásticamente alterado operando en dos frentes simultáneamente. En el primero, aquél de sus intereses corporativos, buscaron salvar lo que fuera posible: tal es el sentido del Pacto Rocarunciman firmado en 1933 mediante el cual se intentó —al precio de marginar a una amplia capa de pequeños y medianos ganaderos, los "criadores", y de enajenar los resortes del comercio exterior— sortear las dificultades para la exportación de carnes argentinas creadas por el Tratado de Ottawa, en el cual se establecían fuertes barreras a las importaciones inglesas provenientes de países ajenos al Commonwealth. El grupo más poderoso de la oligarquía, "los invernaderos", ligado estrechamente —por ser el intermediario obligado— con los frigoríficos de exportación, se aseguró de este modo una cuo-

ta estable de carne enfiada en los mercados ingleses y, en consecuencia, estuvo en mejores condiciones para secundar, sin mayores resistencias, las modificaciones estructurales que imponía el fin del ciclo expansivo de la economía agro-exportadora. Estas se produjeron en el segundo frente de la política oligárquica, aquél en donde la defensa de sus intereses corporativos debía compatibilizarse con el funcionamiento de la economía en su conjunto a fin de revalidar su dominio en la sociedad. Ante los problemas de balanza de pagos generados por el descenso de las exportaciones las alternativas abiertas a la conducción oligárquica —una vez resuelta su integración sectorial al mercado mundial— eran sólo dos: buscar "un reajuste hacia abajo" tolerando la contracción de la economía a la espera de una coyuntura favorable para las exportaciones, o reactivar la oferta interna reduciendo parte de las importaciones, y sustituyéndolas por la producción manufacturera local. El dilema, planteado en términos de equilibrio económico, tuvo la virtud de desplazar a un segundo plano la polémica doctrinaria entre libre cambio y proteccionismo, agro versus industria, inclinando las decisiones por aquella alternativa que, al dinamizar la producción y no afectar las fuentes tradicionales del poder económico, mejor integraba los intereses corporativos de los sectores agrarios dominantes con las exigencias de la economía: la industrialización sustitutiva de importaciones. A partir de 1933 y bajo la tutela de uno de los representantes más lúcidos de la oligarquía, Federico Pinedo, comenzó el entierro sin ceremonias de la mitología ideológica de la Argentina agro-exportadora: coincidiendo con la novísima filosofía keynesiana, se afirmó la presencia del Estado en la economía a través de una serie de instituciones reguladoras y un plan de obras públicas y —lo que aquí más importa— mediante el control de cambios y la aplicación de gravámenes a las importaciones, se dieron estímulos a la manufactura pre-existente, la cual, utilizando primero su capacidad instalada y luego con el complemento de radicaciones de firmas extranjeras, fue cubriendo progresivamente la demanda de bienes de consumo. Concebida como un mecanismo de equilibrio económico, promovido por medidas que tenían otros fines principales, la industria que crece tendrá siempre un carácter limitado pero será suficiente, quizás por ello mismo, para provocar una convergencia entre los industriales, que sólo reclamaban protección y no desarrollo, y los sectores ganaderos más poderosos para los cuales era finalmente una respuesta funcional para el mantenimiento de su hegemonía económica. Quienes tomarán a su cargo la defensa de la ideología del pasado contra el realismo político de la oligarquía, quienes verán en la industria una entidad económica artificial que violaba la armonía de la naturaleza sancionada por la ley de los costos comparativos, serán los sectores ganaderos marginados, interpretados por el radicalismo, y la masa de los consumidores urbanos, representada por los campeones del librecambismo, los socialistas: ambos lograron frustrar "por avanzado" el Plan de Reactivación Económica con el cual Pinedo en 1940 procuraba prolongar —siempre en nombre de los intereses de la oligarquía y como apéndice complementario de la producción agro-exportadora— los estímulos que, desde 1933, garantizaban el crecimiento de la industria.

Los militares del 43 y la autarquía económica

Es importante retener esta fecha: 1940. La segunda guerra mundial vino a iluminar nuevamente la dependencia de la

economía argentina de las fluctuaciones del comercio exterior y puso de manifiesto al mismo tiempo la importancia del mercado interno como válvula de seguridad del crecimiento. La industria dio nuevos y más firmes pasos en la sustitución de importaciones, expandiéndose a un ritmo que superó al de los restantes sectores de la economía. Pero se trataba de una industria "liviana", productora de bienes de consumo inmediato, como lo querían los límites dentro de los cuales la oligarquía hizo posible su crecimiento; su suerte estaba, por lo tanto, ligada a "la rueda maestra de la economía", las exportaciones agropecuarias, a través de las cuales se financiaba la importación de los equipos e insumos necesarios para su funcionamiento. Tal era el estado de la cuestión en 1943 cuando, con la Revolución de Junio, reaparece el Ejército en la escena política. Aleccionados por las enseñanzas de la segunda guerra, que había mostrado la importancia logística de la industria para la defensa, los militares se alían entre los partidarios de la sustitución de importaciones pero poniendo un énfasis hasta entonces inédito sobre aquellos rubros que, como la siderurgia, señalaban el camino hacia una autosustentación del crecimiento industrial, liberándolo de la dependencia del comercio exterior. Este proyecto, en el que por primera vez la industria aparecía como el objetivo dominante, fue el punto de partida pero no el punto de llegada de la política económica aplicada a partir de 1946; la historia siguió un curso diferente al imaginado por el núcleo de oficiales admiradores de la pujanza industrial de la Alemania nazi, que participó en la Revolución de Junio. En efecto, la proporción más importante del crecimiento industrial que se verificó durante el gobierno peronista, se debió al dinamismo de las industrias manufactureras de bienes de consumo finales —alimentos, bebidas y textiles. Se ha podido afirmar, por lo tanto, que la política industrial de Perón no innovó sino que llevó a su culminación las tendencias que se habían iniciado en la primera parte de la década del treinta: en lugar de un cambio cualitativo en la composición merceológica de la industria se produjo un incremento de su magnitud, hasta agotar las posibilidades de sustituir importaciones en las ramas preexistentes. ¿Cómo interpretar "esta desviación" del proyecto originalmente alentado por los militares del 43?

Perón: entre la autarquía económica y el control social.

Una versión economista de la historia argentina —para la cual la política del Estado es siempre la transcripción inmediata de los intereses sociales en pugna en la sociedad civil— ha querido ver en la gestión económica de Perón la expresión de las reivindicaciones sectoriales de los industriales "livianos" desarrollados durante la guerra. De acuerdo con ella, podría afirmarse —porque esta versión lo autoriza aun cuando en general no haya avanzado más allá de este "descubrimiento", feliz de haber encontrado en el altar consagrado por los exégetas del peronismo a "la voluntad popular" la marca de la lucha de clases— que si Perón prestó un apoyo demasiado exclusivo a las industrias de bienes de consumo y descuidó los incentivos a la industria "pesada", esto se debió a que hizo suya la racionalidad privada de una burguesía que sólo reclamaba protección para sus mercados, garantías para sus ganancias oligopólicas y —también ella, como sus críticos de fines del 30, convertida a la filosofía del costo-beneficio— prefería acogerse a los subsidios e importar con tipos de cambio favorable sus equipos y bienes intermedios en lugar de fabricarlos

en el país. Que ésta haya sido la mentalidad dominante entre los industriales de la época, no se discute; lo que es menos aceptable —porque supondría suscribir sin más el reduccionismo metodológico que sostiene a este argumento y concebir al Estado apenas como un epifenómeno, materia inerte trabajada por los intereses corporativos derivados de la economía— es que baste por sí sola para dar cuenta de las vicisitudes de una política que fue elaborada con independencia de ella por miembros del ejército y tenía en los trabajadores su principal fuente de legitimación política.

En realidad, para explicar la frustración del proyecto industrialista que animó inicialmente a los militares no es preciso salir de los marcos ideológicos dentro de los que dieron sus primeros pasos políticamente autónomos en la historia argentina, trascendiendo sus funciones represivas específicas y constituyéndose en el eje del movimiento populista que llegó al gobierno en 1946. Volviendo a su portavoz privilegiado, existen testimonios de que, impresionado tanto como sus colegas por el papel estratégico jugado por la industria en la guerra, Perón lo estaba y más vivamente por las secuelas de la guerra misma: una miseria y un aflojamiento de las solidaridades sociales en los que entreveía, aconsejado por el drama —siempre recurrente en él— de la guerra civil española, el ambiente propicio para la agudización de los conflictos de clase, la antesala del comunismo. La Argentina que encuentra en 1943 no podía estar más cerca de un diagnóstico parecido: grandes contingentes de trabajadores recientemente incorporados a la vida urbana y al trabajo fabril, ganando salarios bajos, sometidos al arbitrio de los patrones sin el respaldo de una legislación del trabajo y la protección de asociaciones profesionales de defensa, postergados del mercado de consumo y la participación política, en fin, una marginalidad social que, contrastando en esto sí con la postguerra europea, se daba en el contexto de un intenso proceso de transformaciones económicas que volvía más visibles las desigualdades sociales y desarticulaba las fuentes tradicionales de la dominación oligárquica. Una escenografía semejante tenía que suscitar fundados temores en alguien que había sido formado —como lo recordaría repetidas veces— en una institución, el ejército, estructurada en el respeto a la disciplina y la cooperación mutua entre sus miembros. Fue así que, oponiendo a “un mundo levantado sobre el egoísmo y la competencia” el modelo de lo que dio en llamar “la comunidad organizada” —una utopía en la que las relaciones entre capital y trabajo estuvieran gobernadas por la solidaridad y no por el antagonismo— Perón se propuso, primero desde la Secretaría de Trabajo y luego desde la Presidencia, corregir las injusticias que oprimaban los trabajadores y que amenazaban la armonía del cuerpo social.

Que esta cruzada de reformas sociales no haya sido ajena a obvios propósitos de control social no disminuye un hecho decisivo: al realizarla entregó a los trabajadores una ciudadanía política que habría de redefinir, de allí en adelante, la dialéctica de las luchas sociales en la Argentina. Ver en el justicialismo peronista la astucia de un Gatopardo redivivo, la maniobra de una burguesía inteligente, es reducir la investigación histórica a una psicología de las intenciones, elegir por unidad de análisis lo que la gente piensa y se propone en lugar de sus prácticas concretas y sus resultados; ni los industriales acompañaron con el entusiasmo esperado las políticas de justicia social y llegado el momento —1955— se sumaron a las consignas antipopulistas de la restauración oligárquica, ni Perón pudo sus-

traerse a las consecuencias de la movilización popular que aquéllas hicieron posible. Su gobierno, erigido inicialmente en árbitro de una colaboración de clases, terminó poco a poco, y a pesar de sus reiterados llamados a la concordia, subordinando sus iniciativas al apoyo exclusivo del movimiento obrero. Desconocer estos hechos en beneficio de la emoción estética que despierta una historia exenta de contradicciones sociales es, ha sido, una de las razones teóricas del ostracismo político de la izquierda marxista.

El proyecto distribucionista

Entre la autarquía económica que prometía el programa industrialista y la sociedad integrada que habría de alcanzarse por la justicia social, Perón escogió pues aquella alternativa que mejor combinaba su sensibilidad por el orden con las urgencias de la hora y, paralelamente a la creación de una legislación del trabajo y al fortalecimiento de los sindicatos, lanzó una política de altos salarios. Es verdad —se diría más tarde— que se trataba de una elección provisoria o, mejor, de una inversión de la secuencia que veinte años después popularizara Onganía: primero, el tiempo social —la distribución del ingreso— y luego, el tiempo económico —la acumulación de capital. Que este camino tenía sus riesgos se supo en 1952. Entonces, el repunte de las exportaciones agropecuarias y las abundantes reservas del Banco Central parecían asegurar una tasa de crecimiento sostenido. En esta confianza el gobierno surgido en 1946 emprendió la vasta empresa de incorporar a los trabajadores entre los beneficiarios del auge económico, modificando los patrones regresivos de la distribución del ingreso. Al hacerlo dio lugar a una fuerte expansión de la demanda interna que, debido a la gravitación de los bienes de consumo inmediato en el presupuesto de las familias obreras, se orientó fundamentalmente hacia las industrias “livianas”. Por una vía diferente se arribaba así a una política industrial similar a la aplicada por los gobiernos conservadores.

Pero si con ello se respetaba, en los hechos, la lógica del mecanismo económico montado por Pinedo en 1933 —una industrialización complementaria para un país agropecuario—, las nuevas dimensiones del mercado imponían, en cambio, una revisión de los instrumentos con los que éste venía funcionando. Abasteciendo a una demanda comparativamente más reducida —compuesta por la vieja clase obrera de servicios y las clases medias urbanas— las industrias que operaron en la década del treinta encontraron en el aumento de los precios relativos de las importaciones —mediante el control de cambios y las tarifas aduaneras— estímulos suficientes para su crecimiento. Con el ingreso al consumo de la gran masa de los nuevos trabajadores a mediados del cuarenta, la oferta manufacturera debía incrementarse en una proporción muy superior a la que podía esperarse por el juego aislado de una política proteccionista. Era necesario canalizar hacia la industria la mayor parte de los recursos nacionales y como éstos provenían de las exportaciones, el objetivo fue alcanzado alterando artificialmente la relación de precios internos en favor de los productos industriales y en contra de los productos del agro. El financiamiento del crecimiento industrial recayó de este modo, y bajo el signo de la nueva correlación de fuerzas a nivel político, sobre las rentas de la oligarquía.

La política de altos salarios no sólo contribuyó a definir la fisonomía productiva de la industria, sino también, y por

razones análogas, aumentó el consumo interno de productos agropecuarios a través de la fijación de precios máximos y subsidios. De allí que el agro —como resultado del proyecto distribucionista— continuara siendo y con más fuerza que antes “la rueda maestra de la economía”: su producción garantizaba, con los saldos exportables, las divisas necesarias para el equipamiento de la industria “liviana” y con el resto el mejoramiento del standard de vida de los trabajadores. Detrás de la fachada de un país industrial la Argentina seguía viviendo de las carnes y los cereales; la llave del crecimiento orientado hacia el mercado interno era todavía el comercio exterior. Esta paradoja era tanto más notable si se recuerda que las reservas acumuladas durante la guerra sirvieron para pagar la nacionalización del sistema de transportes: al mismo tiempo que con ellas se pretendía restituírnos una independencia económica perdida, se estaba consolidando otra dependencia, la del subdesarrollo.

1952: las consecuencias del subdesarrollo

Siendo objeto de una política de precios desfavorable era de esperar que, con el tiempo, la capacidad productiva del agro disminuyera, debilitando los fundamentos del experimento económico peronista. Los hombres del gobierno sospecharon eso pero creyeron, con un optimismo escalofriante, que habría de estallar una tercera guerra mundial y gracias a ella la Argentina recuperaría su tradicional y ahora menoscabada condición de “granero del mundo” y daría a los productores agropecuarios nuevas oportunidades que los resarcieran de sus pérdidas actuales. Debajo del oropel de los planes quinquenales, la intuición de ese economista fuera de serie que fue Miguel Miranda, comandaba el rumbo de la economía. En lugar de una tercera guerra mundial los misterios de la geopolítica nos depararon una Guerra de Corea, magro botín para un país que debía dar un salto gigantesco a sus exportaciones. La continuidad y el ritmo de crecimiento de una industria que casi había agotado la sustitución de importaciones “livianas” generaba una fuerte demanda derivada de bienes más complejos —equipos de capital y productos intermedios— cuyos costos de importación aumentaban progresivamente en virtud de los términos de intercambio cada vez más perjudiciales para los productos agropecuarios. Lo que no vino por la guerra tampoco llegó por la paz, pues la esperada participación de las exportaciones argentinas en la reconstrucción europea a través del Plan Marshall no logró concretarse exitosamente debido a la política discriminatoria de EE.UU. La producción del agro comenzó a estancarse, las reservas se esfumaron, saqueadas por la compra de una infraestructura obsoleta, y Cereijo tuvo que viajar a Wall Street para solicitar un préstamo al Exim-Import Bank. Rematando esta serie de infortunios una sequía tan asoladora como las pestes medievales se abatía sobre el campo y junto a ella, en 1952, recibimos la visita del jinete apocalíptico de la economía argentina: el estrangulamiento interno.

Haciendo el balance de 1952 los peronistas han tendido a interpretar el descenso de la capacidad de importar aludiendo al fracaso de las cosechas y el dumping de EE.UU. en el mercado internacional de productos agrícolas. Esta explicación tan cierta como pueda ser en el inventario de los hechos inmediatos que rodearon la crisis, deja en pie la reconstrucción de las condiciones que fueron determinando la extrema vulnerabilidad de la

economía argentina. Para que la alianza de la meteorología y el imperialismo pudiera ser invocada como causa eficiente, fue preciso que previamente se creara un ambiente propicio a sus consecuencias. Este ambiente no fue otro que el que resultó del abandono del programa industrialista de los militares del 43 que entonces, como hoy, señala un verdadero camino para la independencia económica argentina.

Vista la decisión —si no querida por lo menos consentida— de afectar el futuro de las exportaciones aumentando el consumo interno de productos alimenticios y aplicando una política de precios desfavorables al agro, la única manera de lograr el mantenimiento a largo plazo de las altas tasas de inversión reclamadas por las industrias livianas sólo podía venir de un mayor impulso a las industrias “pesadas”, productoras de bienes de capital e insumos. La maquinaria y equipo, así como los insumos que abastecían a estas industrias, necesarias para sostener su crecimiento, sólo podían conseguirse de dos maneras: o produciéndolas internamente o fomentando exportaciones industriales que generaran divisas con que importarlas. Durante el gobierno de Perón no se hizo ni lo uno ni lo otro.

En el primer plan quinquenal (1946) no existió ninguna política concreta en materia de industrias de base. Fue para llenar ese vacío que el general Savio logró un año después la aprobación de su plan de fomento siderúrgico; vano esfuerzo pues San Nicolás siguió estando en los papeles los diez años de peronismo. No era fácil la aventura del acero, recuerda Jauretche, refiriéndose a las trabas puestas por EE.UU. a la exportación de tecnología: estableció un rígido sistema de prioridades hasta para la asignación de los rezagos de guerra. Cuánta será la verdad de esta excusa, cuando Brasil puso en funcionamiento Volta Redonda en 1946, y entretanto Zapla era apenas un taller de fundición.

Durante la Segunda Guerra Mundial, varias ramas industriales que venían desarrollándose vigorosamente desde la década del treinta lograron exportar montos significativos de su producción a países de América Latina y aun los EE.UU., como el caso realmente notable de la Fábrica (y no taller pues tenía una línea completa) de Tornos Santos Vega. El gobierno se desentendió de este esfuerzo y descuidó la aplicación de medidas apropiadas para sostenerlo, aun cuando, indudablemente, su suerte última estaba ligada a las políticas de importación de los demás países, EE.UU. el primero. La orientación fue, en cambio, el impulso a la industria para el mercado interno y por ello se protegió a ultranza a todas las ramas industriales surgidas durante la guerra, atendiendo sobre todo a su capacidad para generar empleo a una mano de obra en aumento creciente. El resultado fue una industria que trabajaba a altos costos, con una maquinaria paulatinamente depreciada, sin una tecnología propia y un management con más espíritu fenicio que mentalidad innovadora. De este modo tuvimos una manufactura, pero también cantidades “industriales” de ineficiencia que obstaculizaron y obstaculizarían luego la producción, con capitales nacionales, de bienes complejos.

Repitiendo: la continuidad del proceso de industrialización sustitutiva iniciado en la década del treinta dependía de la construcción de ciertos eslabones de la cadena productiva tendientes a la crea-

(Continúa en la página 31)

“América” de Fernando Alegría

En la doble vertiente de la obra de Fernando Alegría*, su condición de crítico, profesor e historiador de nuestra literatura, es quizás la que ha marginado, al menos desde el punto de vista de la crítica literaria al uso, el otro aspecto no menos valioso de su obra de ficción. Sorprende, en efecto, que no se haya hecho hasta hoy un estudio y una revaloración a fondo de su obra narrativa en el cuadro de lo que Emir Rodríguez Monegal mencionó como “tres o cuatro grupos o constelaciones de novelistas que producen obras de verdadero interés”. (*Zona Franca*, N° 48, 1967). Por su manera libre y suelta de narrar, por sus procedimientos de introversión y extroversión, de ambigüedad y transparencia, su literatura no es fácilmente clasificable, sin embargo. Una obra de rasgos originales, que ha crecido lenta y segura de sí misma a lo largo de más de dos décadas.

El propio F. A. fue uno de los primeros en caracterizar con acierto la transformación que, a partir de la década del 30, se opera en la novela hispanoamericana; esa nueva manera de sentir y de pensar —implícita en una nueva cosmovisión— que lleva a las posteriores generaciones de narradores a rebelarse “contra los excesos del nacionalismo esencialmente local y se esfuerzan por dar universalidad a su expresión literaria, abandonando la literatura simplemente descriptiva y anecdótica para preocuparse, en cambio, de analizar la vida interior de sus personajes dentro del marco de sus conflictos sociales...” (Prólogo de *Novelistas contemporáneos hispanoamericanos*, 1964).

Esta voluntad de autonomía creativa, en oposición a la mera crónica local, a la descripción tautológica de la realidad —a partir de la cual opera, transponiéndola— se manifiesta desde luego en los planos del lenguaje. No busca expresar ni denotar en ella lo real *visible* solamente, sino connotar toda la realidad captada en sus innumerables matices por la per-

cepción intrapsíquica del autor. En tal sentido, el lenguaje y el estilo de Alegría se identifican plenamente con su cosmovisión de novelista; sus formas de novelar, con los contenidos de su mundo interior. Si este mundo es barroco —y lo es— se construye *hacia* adentro. Excava, no superpone. La idea romántica de la proliferación de las formas es aquí

ahondamiento en la esencialidad de sus estructuras profundas.

Esta capacidad de transformación de la realidad —de ‘cualquiera realidad’— se manifiesta desde sus primeros trabajos narrativos: *El poeta que se volvió gusano*, *Caballo de Copas*, *Mañana los guerreros*, *Como un árbol rojo*, *Instrucciones para desnudar a la raza humana*, *La venganza*

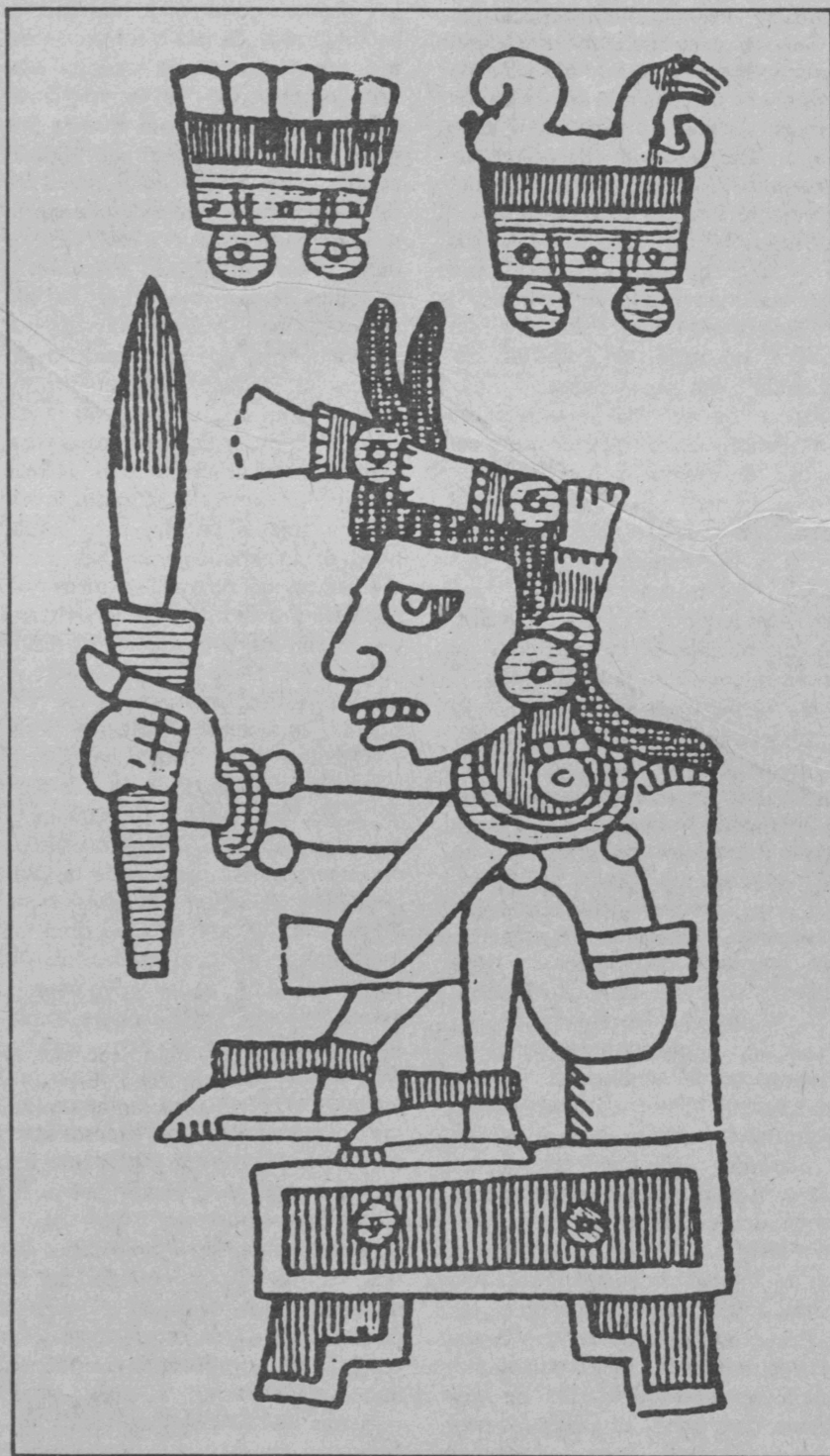
del general, *La maratón del Palomo* y ahora *Amerika* (con diversas fechas de redacción y publicación en distintos sitios, entre 1956 y 1969).

En estas obras se cumple, además, con características singulares, el proceso de asimilación y fusión de dos realidades culturales: la chilena e hispanoamericana con la estadounidense. No como un simple fenómeno de sincretismo literario, sino como una especie de “transculturación” de estos dos campos de fuerza. Nótese la función significativa de los títulos mencionados, el énfasis de estas señales de alerta, la inducción a la legibilidad en varios sentidos, que proponen y demandan en la portada misma de los textos.

A diferencia de nuestros novelistas que han adoptado el exilio, y que utilizan el “décalage” del distanciamiento como prisma revelador de sus enclaves de origen (Asturias, Carpentier, García Márquez, Vargas Llosa, Fuentes y otros), F. A. aprovecha la discordancia de esta dualidad “transculturada” como un impulso estructurante de su mundo de ficción. No es el único, desde luego. Pero sobre la base o a favor de este impulso es como se organizan los otros; entre ellos, la función operatoria y simbólica del lenguaje. Y es en este sentido como se manifiesta en la obra de F.A. el nuevo estilo, la nueva concepción de narrar, que él mismo reclamaba a los novelistas de hoy.

Si el contenido esencial de su mundo novelístico es también “la palabra en busca de sí misma”, la creación de un espacio lingüístico donde las significaciones adquiridas son reemplazadas por significaciones inéditas, no es menos cierto que él lo hace a través de la vida y del mundo, por mediación de la palabra impregnada en la inagotable riqueza de la aventura humana. Su lenguaje no se constituye en una forma cerrada, sino que deja encendidos sus contactos con la realidad, sin lo cual es imposible —al menos en la novela— el despegue transformador de la palabra en acto.

En *Amerika* estas cualidades, manifiestas o latentes en sus anteriores libros, son llevadas a sus extremas consecuencias. El resultado es un texto, una novela, en la que el autor ha logrado alegorizar los con-



* Texto del prólogo a la novela de Fernando Alegría, *Amerika*, que editará próximamente la Editorial Universitaria de Santiago de Chile.

SEGISMUNDO REICH S.A.

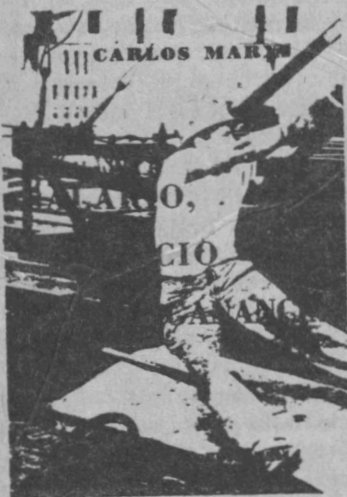
Papeles importados para ediciones



DIARIOS
OBRAS
ILUSTRACION
(MAQUINA Y
GENUINO)
CROMEKOTE

AV. BELGRANO 440/50
Teléfonos: 34-8941 / 9495
BUENOS AIRES

ORGANIZACION EDITORIAL



CARLOS MARX:
Salario Precio y Ganancia.

OCTAVE MIRVEAU:
Prostitución y Miseria

LEON TOLSTOY:
La esclavitud Moderna.

FEDERICO ENGELS:
Del Socialismo Utópico al
Socialismo Científico.

CARLOS MARX:
Crítica del Programa Gotha.

A. CARPENTIER Y OTROS:
Los Cubanos.

Corrientes 1994 - P. 2º Of. 5
T.E. 49 - 1300 Cap. Federal

flictos, las aberraciones, el "ruido y la furia" que dominan nuestra vida contemporánea a escala planetaria. Y lo ha hecho no como un mero alegato, según la ya vieja y superada fórmula de una literatura de denuncia, de "mensaje", sino manipulando esos *mitos degradados* de que hablaba Mircea Eliade, y que reflejan mejor que los mitos puros las contradicciones, la descomposición de nuestras sociedades bajo la moderna pirámide faraónica del capitalismo imperial.

El autor de *Amerika*, como profesor universitario, ha vivido gran parte de su vida en las "entrañas del monstruo" según la expresión de Martí. Conoce pues, desde adentro, su pavor patológico convertido en violencia represiva y su rebote contestatario en todos los campos.

En *Amerika* el discurso discontinuo de la narración se extiende a través de los fragmentos como una aventura de la intertextualidad. Excepto en el fragmento inicial —que pareciera insinuar una especie de prólogo—, este discurso está dado siempre desde el punto de vista de la primera persona y a través de sus formas verbales refractadas y opacas; en este caso, del *anti-héroe*. La secuencia lírica del profesor y del estudiante será cortada por la ráfaga de metralla del Cazador. De sus sombras huecas, grises, en esa "hora azul que durará sólo un momento", no queda más que "un solo ojo abierto, desolado, sin pestañas, observando". Pero esta cadencia introductoria de un movimiento fuera del tiempo, de un texto fuera del texto, será también la última, un acorde trunco, un elemento extrapolado de la tocata, por momentos y/o a la vez cómica y trágica, que refluirá repetitivamente sobre sí misma, acentuando con sus silencios, sus disonancias e inconexiones, el vaivén recursivo de la negatividad.

Ya no estamos ante el individuo problemático lanzado a la "búsqueda degradada de auténticos valores en un mundo que lo niega y destruye", como lo hacía el héroe de la novela psicológica tradicional. Ya no hay "argumento", "tema" ni "intriga". Los personajes reales son tan inexistentes como los ficticios. No hay perspectivas privilegiadas sino ausencia de ellas. Tampoco descripción de una realidad en oposición a otra. Cohabitan, simplemente, en una suerte de androginia textual. Los signos también. Un ejemplo topónimo *Patrero Avenue*. Ya no es Santiago ni Nueva York. Es un nuevo sitio, míticamente degradado, donde figuras de sombras "se instalan a vivir".

Las ambigüedades, las aparentes analogías de sentido, sus divergencias, sus contradicciones, los espasmos del erotismo, de la autocomplacencia, las frases y los tics de una sibilina comicidad, las lúgubres cargadas de humor negro, rehúsan o

no consiguen encarnarse en este espacio inexistente. En un primer momento, la ausencia de significados pareciera ser su significado. Sólo hay la fabulación de la inautenticidad llevada hasta lo mítico, filtrada a través de un imbricado sistema de referencias y remisiones histórico-sociales, que la refutan oblicuamente. La narración se convierte en un *happening* coagulado sobre la línea de lo que ya ha sucedido o no sucede todavía, no de lo que está sucediendo: el acto de la inminencia permanente, de una demorada presentitud; ese *presente mitológico* en que sobrenada, por ejemplo, el Molloy de Beckett.

El anti-héroe simula no asumir la conciencia culpable que lo ha asimilado y que lo corroe por dentro. Aplastado por la pirámide de la sordidez, pero imperturbable, neutro, desprovisto de toda pasión, lo sentimos —y en el caso de la escritura casi fílmica del texto— lo vemos inmerso en la negatividad total. Con la misma indiferencia narra esos hechos trascendentes o intrascendentes, que parecieran no tocarlo —más vale complacerlo— en su tragicidad, en su comicidad, como oyente primero de su balbuceo confesional, estancado en la pasividad mimética de quien mira y habla de una cierta manera para inducir a ser visto y oído en esa actitud. Las anécdotas y episodios se deshacen así, al ser narrados, en un pulular de sensaciones, de vislumbres, que se reabsorben en sí mismas (no del todo, como luego comprobaremos). Ondulan en la superficie como medusas, como filamentos de significaciones en el mar de un simbolismo más vasto. Metáforas y objetos, personajes de actualidad o imaginarios, nombres mundialmente conocidos y otros de pueblerina anonimidad, hechos terribles o nimios y grotescos, se hibridan a cada paso. "En casa pasaban cosas similares: se asesinó a un presidente; se amarró a tres jóvenes de un árbol y se les mató a cadenas; el Ku Klux Klan devolvió tres ojos y un poco de sesos a los familiares que reclamaban..." (*El palo ensebado*, una grotesca parodia de la Crucifixión). "Ninguno de mis hijos quiso trabajar como su padre: de sepulturero; o como su madre: de parir. (...) Mi mujer y yo eramos para ellos unos viejos payasos, caballos de circo muy cansados, especie de estafadores sin ánimo". (*La encomienda aérea*). Trozos de ópera cómica, de tragedia, de "faits divers" policiales. Momentos, espacios reversibles, que se pueden asir por cualquiera de sus puntas.

El narrador está encerrado en una habitación "camuflada" en la escritura. Algo detenido y en suspenso fermenta en esta ámbito léxico, mítico, teatral, enrareciendo su atmósfera cada vez más asfixiante, mientras las paredes se estrechan como una móvil combinación de

espejos en torno al hablante, desdoblado en otros personajes que no son también más que sombras huecas, grises; proyecciones de esa voz que inventa desmemorias, experiencias fallidas, empeñado en la monomanía del no-ser; que describe sin emoción las visiones de ese "ojo desolado, sin pestañas", caído entre los desperdicios. Es entonces cuando este espectador pasivo, este *voyeur* de la desintegración se "integra" a ella como una demostración por el absurdo de una moral del caos, de una ética de la aniquilación. ("La humanidad, iba a decir y me quedé callado...")

En este juego de desdoblamiento y disimulo, de mimetismo, radica a mi entender el mayor poder corrosivo de *Amerika*. Es sólo un aspecto de la estrategia crítica del autor. Ella no irradiaría la fuerza demolidora que tiene, si su texto no desplegara al mismo tiempo ese sistema de referencias y remisiones histórico-sociales antes mencionado. No importa que estos referentes dialécticamente contrastantes se infiltren poco a poco entre las grietas del encierro, primero, y luego en la subjetividad del narrador. Acabarán por romper la relación de voluptuosa negación establecida entre el narrador, lo que cuenta y la puesta en escena de los hechos tanto subjetivos como reales. Acabarán incluso por invertir su imagen en esa combinación de espejos que lo contornea. "Sé muy bien —dice al final— que debo mirar con atención por todas partes, recorrer y recordar los detalles, medir cada cosa y anotar lo que veo. Será necesario rendir cuentas. Pero sé también que hay algo más importante en este cuarto, y es preciso enfrentarlo, y allí estarás mirándome en el espejo con mi propio espanto, nuestra propia angustia y nuestros cuchillos en las manos".

Es entonces también cuando se ve que las imágenes de estos *mitos degradados* reflejan, realizan, la despiadada, la implacable disección de una civilización, de una cultura, que han engendrado "la verdadera criminalidad de nuestro tiempo —según las palabras de William Burroughs—, empeñada por estupidez o designio propio, en hacer volar el planeta o volverlo inhabitable".

Tal es la lección que parece desprenderse de este texto. También práctica a su modo una tarea de desfoliación en los dominios de la literatura imaginativa y de la realidad. De pronto, hasta el antihéroe rompe su enclaustramiento y se levanta con un cuchillo en la mano enfrentando al Cazador.

Augusto Roa Bastos

EDITORIAL LOSADA

DE AUTORES Y OBRAS

En el número anterior de *Los Libros* transcribimos algunos fragmentos de la conversación mantenida por cuatro escritores argentinos —Beatriz Guido, Eduardo Gudiño Kieffer, Syria Poletti y Ricardo Martín— en la sede de Editorial Losada, acerca de la función de la literatura en la sociedad contemporánea, enfatizando el papel que cumple en la actual coyuntura latinoamericana. De esa conversación hubiésemos hoy querido reproducir en particular los juicios de aquellos autores sobre sus propias obras, pero otros cuatro escritores —Enrique Molina, Susana Bombal, Bernardo Kordon y Ricardo Rey Beckford— sumaron poco después sus palabras a ese verdadero cónclave literario. En la imposibilidad entonces de transcribir tantas y tan diversas opiniones, hemos escogido ahora las de Kordon y Molina con respecto a sus próximos libros —que publicará la Editorial Losada—, en cuanto creemos que ellas reflejan, si bien a través de formas literarias casi antagónicas, una misma pasión por indagar nuestra realidad sin concesiones.

A punto de reventar y *Kid Ñandubay*, por Bernardo Kordon

“Este libro contiene dos novelas cortas. He pedido que se publique con el título de ambas, porque una y otra corresponden a mi continuo discurrir en dos vertientes: por un lado, el relato autobiográfico, como *Vagabundo en Tombuctú*; por otro, el escorzo de algunos tipos porteños, al estilo de *Alias Gardelito*. Con respecto a estos últimos debo aclarar que nunca me preocupé por estudiarlos —¡Dios me libre!— como material literario; ocurrió simplemente que se me impusieron, en un movimiento de afuera hacia adentro. Tal es el caso de un viejo amigo y ex-boxeador que me inspiró *Kid Ñandubay*: un retablo de la picaresca de la década del 30; rufianes, boxeadores y gente de circo que buscaban ese mítico mango del Buenos Aires de la Gran Crisis, época que no escogí por el hecho de constituir el inigualable caldo de Discepolín, sino por la sencilla razón de que constituye el Buenos Aires de mi adolescencia, vale decir



una ciudad que permanentemente procuro rescatar como ejercicio vital. Y lo mismo ocurre con la otra vertiente del libro. A punto de reventar es el relato de los primeros viajes, los que marcan para siempre: los vagabundeos en las gloriosas rabonas del Colegio Nacional Nicolás Avellaneda y los misteriosos efluvios del puente de la calle Guatemala; mis andanzas por el Brasil del Estado Novo de Vargas y las profundas borracheras en el Chile del terremoto de 1938 y del Frente Popular, sin olvidar el París que viví en 1949/50 con Carmelo Arden Quin lanzando sus manifiestos *Madí* desde una cueva de Ivry-sur-Seine.

Creo que la tarea fundamental del escritor es elegir y seguir eligiendo (para finalmente expresarse a sí mismo). De mil temas debe elegir uno (y éste ya está resuelto desde el vamos) y de mil palabras debe escoger también una (cuando la recarga con otras es para quedarse a mitad del camino). Sirva esto a modo de disculpa por mi obstinado trabajo a contrapelo de la retórica de moda; en consecuencia expreso mi comprensión de que primero silencien estas palabras, y después al libro de marras.”

Una sombra donde sueña Camila O’Gorman, por Enrique Molina

“Este libro nació de la fascinación que no podía dejar de ejercer sobre mí una figura de la grandeza moral de Camila O’Gorman, capaz de asumir hasta sus últimas consecuencias la capacidad de pasión y poesía de su ser, sin vacilar ni ante el sacrilegio ni la muerte; imagen exaltante entre la violencia de nuestra historia, y que se proyecta como un ardiente desafío a las fuerzas de opresión de la Familia, la Religión y el Poder, en un momento en que las mismas ejercían la más intensa censura. Rosas, en un

acto a todas luces injustificable aun para sus más fervientes admiradores —tal vez el único acto injustificable de su actuación pública—, ordena fusilar a Camila y a su amante, Uladislao Gutiérrez, cura párroco del Socorro, por “el inaudito escándalo” de haber huido juntos. La sociedad que tolera la prostitución, la explotación, y practica, en uno y otro bando, el crimen y la violencia, no puede tolerar el amor. Por eso Camila O’Gorman debe ser sacrificada. Antonino Reyes, jefe de la cárcel de Santos Lugares, ordena, a su turno, enterrar en una misma caja a los amantes. La sociedad les permite reunirse a condición de estar bajo la tierra, en el fondo calcinado de la luna; de que el amor, como fuerza esencial de poesía y emancipación, no venga a alterar el orden de sordidos intereses dirigidos a someter al hombre.

En el primer capítulo, como en el *Facundo*, se hace una descripción de los tipos, las tremendas figuras, el continuo degollarse unos a otros, y la ferocidad de la época que le tocó vivir. El resto es una narración del destino de Camila en dos planos: por un lado, los hechos, incluso a la luz de documentos inéditos; por otro, la resonancia poética de esos hechos. Algo lo más ajeno posible a una biografía novelada. Un método de análisis que consiste en dejar en la máxima libertad la libre asociación de las imágenes que un personaje o un hecho histórico pueden sugerir a un hombre de este país. De allí surgen interpretaciones no fantásticas, sino míticas, ligadas por raíces subconcientes a la realidad concreta que las provoca. Este libro es, pues, una aventura, un intento de

poner en acción la energía poética de ciertos aspectos de nuestra historia, energía jugada aquí tanto en el plano del lenguaje como en el del sueño.”

NOVEDADES

GRAN TEATRO DEL MUNDO

Arnold Wesker: Teatro (*La cocina, Papas fritas y todo lo demás, Ciudad dorada y Las cuatro estaciones*)

POETAS DE AYER Y DE HOY

Pablo Neruda: *La espada encendida*
Romualdo Brughetti: *Historias cotidianas*
Ariel Canzani D.: *Poemas del círculo vicioso*

BIBLIOTECA CLASICA Y CONTEMPORANEA

José Ingenieros: *Tratado del amor*

APARECEN EN DICIEMBRE

José María Arguedas: *El zorro de arriba y el zorro de abajo*
Pablo Neruda: *Las piedras del cielo*
Ernesto Sábato: *Obras. Ensayos*
Jean-Paul Sartre: *Obras I, Novelas y cuentos*

EDITORIAL LOSADA S. A.
Alsina 1131 — Buenos Aires — Montevideo — Santiago de Chile — Lima Bogotá



Dickens

crónica de un centenario

A la luz de las opiniones críticas y de las comprobaciones biográficas más recientes, la trayectoria personal y la evaluación creativa de Dickens abundan en desgarramientos y confusiones. Hasta la visión del período final de su vida puede ser evocada muy fácilmente como una mezcla de cuento de hadas e historia de horror. El adolescente que había conocido humillación y pobreza como asalariado en un depósito de betún se convirtió con el tiempo en una de las figuras más representativas de la Inglaterra victoriana y logró cumplir en sus últimos años el temprano deseo de comprar aquella casa de Gadshill, cerca de Rochester, en la que ahora se hallaba instalado. Pero su existencia acabó circundada por una atmósfera tormentosa y conflictiva que lo había precipitado en el desasosiego y la ansiedad. Tribulaciones sedimentadas a lo largo de muchos años comenzaron a manifestarse agudamente como resultado de discordias conyugales y también de la relación con Ellen Ternan, vínculo que constituía un desafío a los esquemas morales vigentes (a cuya consolidación el mismo Dickens había contribuido con su aquiescencia). Un hijo del novelista habría de recordar que "en esa época en que el ataque que habría de matarlo se iba apoderando de él gradualmente, su imaginación regresó a las penurias y la degradación de la infancia, que le habían provocado padecimientos morales tan intensos y que nunca pudo superar por completo". Además, estas circunstancias se hallaban agravadas por el creciente malestar físico; su sistema nervioso estaba extenuado y solía exacerbar molestias y dolores que intensificaban el estado depresivo. Una quincena antes de su muerte, lord y lady Houghton invitaron al novelista a una comida a la que iban a concurrir el príncipe de Gales y el rey de Bélgica, que querían conocerlo; hasta una hora antes de la reunión no pudo decidir si asistiría y cuando finalmente resolvió ir no pudo ascender la escalera que conducía al piso alto en que se realizaba el convite, de modo que los ilustres comensales tuvieron la deferencia de bajar. La enfermedad y el borrascoso estado anímico buscaron una vía de expresión en su último ciclo de lecturas públicas, durante el cual mostró obsesiva insistencia en la declamación del texto de *Oliver Twist* en que Sikes asesina brutalmente a Nancy; Edmund Wilson piensa que este pasaje había adquirido una fascinación casi alucinatoria, ya que su autor se posesionaba de la situación y sufría tales arrebatos

que —según comprobación médica— se producía una alarmante perturbación del ritmo circulatorio. En abril de 1870 comenzó a publicarse en entregas —como era habitual— la última narración, *The Mystery of Edwin Drood*, cuyo capítulo inicial se proponía recrear en lenguaje vívido y directo los delirios de un fumador de opio. El desenlace de esta novela de intriga plantea enigmas que jamás podrán resolverse: poco después de completar el capítulo XXII, la noche del 8 de junio de 1870 Dickens sufrió un desvanecimiento; al día siguiente murió sin haber recuperado la conciencia.

Las exequias tuvieron carácter de homenaje nacional y se realizaron en la abadía de Westminster; los compatriotas de Dickens se consideraron facultados para adueñarse del difunto y para rendirle tributo co-

mo símbolo de la mentalidad victoriana. Por más de treinta años, en unas quince novelas, en cuentos y relatos, en artículos y comentarios, había propugnado con espíritu humanitarista la rectificación de multitud de iniquidades: la enmienda de la ley de pobres; la modificación del régimen educacional; la abolición de los ajusticiamientos públicos; la protección de la infancia desvalida; la supresión de la cárcel por deudas. Sin embargo, al parecer en ningún momento supuso que tales deficiencias pudieran ser síntomas de una enfermedad más honda y general, de manera que el ímpetu rectificador jamás lo llevó a cuestionar las estructuras de la sociedad en que vivía. En consecuencia, el *establishment* veía en él a un arquetipo de la ideología reformista, lanzado con denuedo y generosidad a combatir aquellos males que todos, en mayor

o menor grado, creían tener el propósito de extirpar. Por añadidura, la acción del novelista como instrumento ideológico no se agotaba en la crítica explícita de la conducta y las instituciones; se prolongaba en lo que su arte era capaz de proporcionar: el patetismo y la emoción de las narraciones; el regocijo que producían los personajes cómicos, imbuidos de rasgos inconfundibles y duraderos; además, la trama de sus historias —por lo menos en las composiciones iniciales— siempre había desembocado en la afirmación optimista de que los virtuosos reciben recompensa y los malvados son castigados, con lo cual se derramaba sobre los lectores la balsámica sensación de que, pese a los contratiempos circunstanciales, "Dios está en el cielo y todo marcha bien en la tierra". Aparte de que era un extraordinario creador y un narrador de ficciones que atrapaba al público y lo sumergía en su mundo imaginario, Dickens —en razón de su compromiso entre el conformismo anecdótico y las arremetidas contra desajustes aislados— se prestaba inadvertidamente a que lo utilizaran como eficaz testimonio de que el objeto de sus reconvenções era una sociedad abierta y dinámica en la que prevalecía un amplio espíritu crítico, dispuesto a rectificar errores, a crear posibilidades en todos los niveles, a admitir sin resentimiento las censuras valederas. Si se contraponen la situación interna de Inglaterra a mediados del siglo pasado con las condiciones imperantes en otras naciones europeas, tal vez este cuadro de comparativa fluidez no sea enteramente falso, al menos dentro de ciertos límites que por supuesto no incluyen un vasto sector sumergido de población fabril y minera, ausente casi por completo en las obras de Dickens (cuyas simpatías se volcaban hacia una pequeña burguesía esforzada, respetable y a menudo "pintoresca"). De tal modo, el escritor vino a prestar —sin proponérselo— un valioso respaldo al consenso regulado por los círculos dominantes, que llegaron a exagerar y aun a deformar los alcances de esta moderada actitud crítica. George Eliot era demasiado intelectual en sus preocupaciones y su comportamiento resultaba en exceso desprejuiciado; Thackeray exhibía una aguda vena satírica y trataba a sus criaturas con irónico distanciamiento; pero Dickens era la justa medida de lo que el lector victoriano de clase media consideraba apropiado en un autor al que preocupaban las condiciones de la sociedad: se atrevía a formular objeciones y a señalar injusti-



EDITORIAL UNIVERSITARIA DE CHILE

LIBROS APARECIDOS

ALLIENDE Y MOYA. Hacia la Universidad. 94 p.
FERNANDO ALEGRIA. Amerika, Amerikka, Amerikkka. (Manifiestos de Vietnam) Colección Letras de América. CORMORAN. 192 p.
ALFONSO CALDERON. ¡Toca esa rumba, Don Azpiazu...! 180 p. Colección Letras de América. CORMORAN.
ALBERTO PEREZ. El sentimiento del absurdo en la pintura. 120 p. Colección Manuales y Monografías. CORMORAN.
GIOVANNI CECIONI. Paleogeografía Chilena. 144 p. Colección Recursos Naturales. CORMORAN.
JAIME LASO. Black y Blanc. 144 p. Colección Letras de América. CORMORAN.
BRAULIO ARENAS. Samuel. 104 p. Colección Letras de América. CORMORAN.
HUMBERTO GIANNINI. Sócrates o el Oráculo de Delfos. 72 p. Colección Libros para el estudiante. CORMORAN.
ANDRES SABELLA. Altacopa. 36 p. Libro-disco.

LIBROS POR APARECER

MARIO BENEDETTI. La tregua
ERNESTO CARDENAL. Homenaje a los indios americanos
MARIO VARGAS LLOSA. Los Jefes
NICANOR PARRA. Obra Gruesa
HENRY DAVID THOREAU. Desobediencia Civil
GEROLD STAHL. Explorar lo infinito
CLODOMIRO ALMEYDA. Sociologismo e Ideologismo en una teoría revolucionaria
EDUARDO ANGUITA. Poesía entera
ARMANDO URIBE. No hay lugar...
MARX y ENGELS. El manifiesto comunista. Nueva versión directa del Alemán. Con prólogo de Rodolfo Mondolfo.

LISTA DE PUBLICACIONES PERIODICAS

PANORAMA ECÓNOMICO. N. 257
septiembre 1970. N. 258 octubre 1970.
MAPOCHO. N. 21 Otoño 1970.
ORBITA. N. 5



F. H. Cardoso — F. C. Weffort
Editores
AMERICA LATINA—ENSAYO
DE INTERPRETACION
SOCIOLOGICO—POLITICA

Textos de F.H. Cardoso — F. Weffort
J. Medina Echavarría — A. García —
R. Stavenhagen — A. Quijano — A.
Fernández — P. González Casanova —
G. Germani — A. Pinto — A. Solari —
T. Di Tella — J. Graciarena — E.
Jaguaribe — J. Silva Michelena —
G.D. Soares.

Colección "Tiempo Latinoamericano"
(1970), 388 pp.,
21 x 13,5 cms.

Los trabajos reunidos en este volumen pertenecen a algunos de los sociólogos más representativos de América Latina, y constituyen, por encima de sus diferentes orientaciones teóricas, una visión de conjunto sobre los principales aspectos sociológico-políticos de la problemática latinoamericana del desarrollo. Esta se ha convertido en un tema casi obligatorio en la producción sociológica de América Latina de los últimos años, determinando, dentro de dicha problemática, tres ideas directrices fundamentales: el desarrollo económico y social, la autonomía nacional y la democratización política.

"Esta unidad temática —advierten Cardoso y Weffort— tiene una relevancia propia (...) Por una parte, por implicar el reconocimiento por los sociólogos del carácter imperativo de ciertos problemas vividos contemporáneamente por América Latina. En fin, por más que se pretenda independiente en sus convicciones científicas, ningún sociólogo se encuentra inmune a las presiones sociales y políticas que en los últimos decenios han constituido el problema del desarrollo en problemática crucial".

No es, por lo tanto, un azar que ésta se imponga a las diferentes orientaciones teóricas de la sociología latinoamericana de nuestros días, haciendo confluír hacia ella

algunos trabajos de manifiesta influencia marxista, como los de Antonio García y Aníbal Quijano; otros, de clara tradición weberiana, como el análisis de José Medina Echavarría, o de inspiración estructural-funcionalista, como los de Gino Germani y Aldo Solari.

Esta diversidad de enfoques teóricos hace, por otra parte, de este volumen, no sólo una rigurosa introspección sociológico-política de América Latina, sino, asimismo, un excelente panorama de las actuales orientaciones de la investigación sociológica latinoamericana.

El cambio de dirección política que ha tenido lugar recientemente en Chile, ha colocado a este país en el primer plano de la actualidad internacional. Por primera vez en la historia, se ha producido, en este país, el acceso al poder de un dirigente marxista dentro del cauce electoral, cumpliendo fielmente las normas constitucionales inherentes a la tradición chilena. Es este un fenómeno que indudablemente producirá un cambio en la relación de fuerzas vigentes en América Latina y contribuirá a desarrollar en las demás naciones hermanas una aceleración en los cambios que propicien sus movimientos populares, nacionalistas y progresistas en general.

Este hecho no ha sido, sin embargo, sólo el resultado de la madurez política y cívica de la sociedad chilena y de su insobornable tradición democrática, sino, además, una consecuencia de la permanente labor crítica de un importante grupo de intelectuales que, durante las dos últimas décadas, analizaron, de manera radical, cada uno de los factores de lo que el economista Jorge

Ahumada llamó la crisis integral de Chile.

Esta labor crítica se tradujo en una serie de obras que, desde distintas perspectivas científicas y desde supuestos ideológicos diferentes, constituyen una tarea común de introspección de la realidad latinoamericana, y en cuya publicación y difusión la Editorial Universitaria tuvo un papel importante. Desde los primeros libros de la Colección "América Nuestra" que dirigiera el Profesor Clodomiro Almeyda (*Nuestra inferioridad económica, Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, etc.*) hasta las más recientes, se convirtieron, en efecto, en puntos forzosos de referencia en toda discusión seria de los problemas sociales, políticos y económicos de Chile y América Latina. (*Chile, un caso de desarrollo frustrado*, de Aníbal Pinto; *La crisis integral de Chile*, de Jorge Ahumada; *Cambios políticos para el desarrollo*, de Carlos Neely; *La economía chilena: un enfoque marxista*, de José Cademartori; *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana*, de Celso Furtado; *Formación del Estado Nacional en América Latina*, de Marcos Kaplan; *El desarrollo de la nueva sociedad en América Latina*, de Julio Silva Solar y Jacques Chonchol; *Reforma agraria y economía empresarial en América Latina*, de Antonio García, etcétera).

Siguiendo esta línea de análisis crítico de la realidad chilena y latinoamericana, la Editorial Universitaria ha publicado, últimamente, tres obras que, por los temas en ellas abordados, no pueden dejar de conocer, discutir y criticar todos los lectores interesados en el caso de Chile.



cias pero, al mismo tiempo, la libre circulación de sus denuncias parecía constituir una razonable prueba de la flexibilidad política y social vigente. Así comenzó a elaborarse un complejo mito: primero, con bastante acierto se consideró a Dickens un generoso crítico social; luego, el enfoque se fue enriqueciendo hasta presentarlo como hombre de ideas radicalizadas. Esta última evaluación se afianzó pese a que desconocía el hecho de que la óptica dickensiana era menos social que moral; de que las objeciones formuladas en esta producción contra el sistema industrial tenían una nostálgica carga de sentimental adhesión a la "vieja y alegre Inglaterra" agrícola; de que una novela como *Hard Times*, por más que sucediera en una ciudad fabril, se limitaba a denunciar la educación práctica y utilitaria y sólo en forma tangencial hacía referencia a posibles conflictos entre capital y trabajo. Sin desconocer la magnitud efectiva que tuvo la crítica social en las composiciones de Dickens, lo curioso es advertir en qué medida arraigó y se difundió la fábula de su postura revolucionaria: que la haya conservado un historiador ortodoxo de la literatura, como Walter Allen, era previsible; pero que la reiteraran exégetas de presunta orientación "progresista" como T. A. Jackson e inclusive Raymond Williams —supuestamente habituados al vocabulario que utilizaban— resulta, más vale, un tanto insólito.

De todas maneras, el prestigio de Dickens pareció replegarse cuando se produjo la irrupción de los experimentos formales que se adueñaron de la narrativa inglesa durante el primer tercio de nuestra centuria. Los críticos que adoptaron los modelos propuestos por Henry James o Virginia Woolf se mostraban poco afectos a la exposición "caudalosa y desordenada" que había cultivado la novela del siglo XIX. Para rescatar la obra dickensiana se requería una lectura original que permitiera incorporarla en las nuevas pautas de la literatura de ficción. Por fin, el repunte comenzó hacia 1940, cuando George Orwell logró desestimar con excepcional lucidez las interpretaciones más arraigadas y menos eficaces que había padecido Dickens, en tan-



to Edmund Wilson las suplantaba con ayuda de una nueva elucidación, simultáneamente muy sagaz y muy grata para un auditorio novelístico que a veces se proclamaba intelectualizado hasta el esnobismo. Evaluado en función de sus novelas tardías —cuyo desenvolvimiento suele ubicarse a partir de *Dombey* y proseguirse casi sin interrupción desde *Bleak House*—, Dickens emergió como un individuo torturado que durante toda su vida había sufrido el trauma de una juvenil humillación social, presente en la actividad creadora a través de una veta sombría que no habían advertido los lectores precedentes y que se volvió muy notoria mediante el estudio de su nutrida galería de figuras criminales y de personalidades escindidas (de Fagin a John Jasper). Con indudable equilibrio y persuasión, Wilson demostró que el autor de *Great Expectations* y de *Edwin Drood*, pertrechado con eficaces recursos simbólicos y alegóricos, se había mostrado impelido a penetrar en tortuosos vericuetos de la conciencia y en niveles profundos del desasosiego. De tal forma, Dickens satisfizo las exigencias de quienes ya admiraban a Dostoievski, comenzaban a leer a Kafka y se mostraban interesados en los ensayos psicológicos de la narrativa reciente. La situación quedó plenamente definida cuando un observador tan agudo como Lionel Trilling declaró que no era posible frecuentar a Kafka, D. H. Lawrence o

Faulkner sin aprender a conocer un poco mejor a Dickens. La crítica había contribuido a elaborar una nueva lectura, acorde con las predicciones del público actual.

Por cierto, no resulta sorprendente comprobar que un gran escritor admite renovadas interpretaciones, a medida que se suceden los lectores dispuestos a proponer enfoques muy variados pero igualmente valederos. Lo curioso es la circunstancia de que las diversas evaluaciones de Dickens dejan por igual la impresión un tanto vergonzante de que se está tratando de justificar con motivaciones vicarias el interés que suscitan las ficciones mismas, para lo cual se postulan perspectivas que muchas veces parecen desconocer la índole de esta producción y rehuir las claves específicas de su capacidad seductora. Es necesario recordar que el más prominente narrador de la era victoriana fue antes que nada un autor popular, cuyas creaciones apuntaban a una masa indiscriminada de lectores que había surgido como consecuencia del crecimiento fabril y urbano. Este hecho fundamental pocas veces ha sido destacado satisfactoriamente, quizá con la ejemplar excepción de O. D. Leavis en *Fiction and the Reading Public*. Aunque Dickens llegó a alcanzar niveles complejos de elaboración, basta examinar sus primeras obras para advertir que la columna vertebral de su técnica expositiva consiste en el empleo del *roman-feuilleton*, con el

agregado de elementos de comicidad y de observación que enriquecen y modifican la arquitectura del género. Lo que tiene de admirable la producción dickensiana es improbable que pueda medirse con el canon proporcionado por artífices minuciosos como Flaubert, Proust o cualquiera de los grandes novelistas a quienes obsesionaba la verosimilitud de personajes y situaciones; de conformidad con tales normas, la visión que impera en *Oliver Twist* o en *Nicholas Nickleby* resulta extravagante, heterodoxa; pero en su propio ámbito es difícil que exista algún escritor con una aptitud comparable a la que poseía Dickens para crear convicción, para fascinar con su vitalidad y exageración. El temor de aquellos que no se atrevieron a asumir tal evidencia —como puntualiza Orwell— determinó que Dickens fuera "robado", que su obra fuese apropiada en beneficio de muy distintas facciones.

De cualquier modo, cabe preguntarse si los sectores populares que en un principio fueron legítimos destinatarios de las novelas dickensianas las siguen frecuentando en nuestra época de "cultura visual", de televisión y *comics*. Si se toma en cuenta la extensión y el carácter intrincado de estos textos, tal vez la respuesta sea negativa. Sin embargo, ello no significa que tales obras hayan dejado de leerse por completo; más bien parecen haberse convertido en patrimonio de los sectores de clase media que todavía disfrutan de una educación humanística y de un ocio suficiente como para incorporar en su bagaje piezas de esa naturaleza y dimensión. Por lo demás, quizá podría hacerse extensiva la misma hipótesis a toda la tradición clásica de la novela moderna, de Cervantes a los grandes narradores del siglo XIX. Por lo tanto, es legítimo afirmar que, en el siglo transcurrido desde la muerte de Dickens, sus composiciones tuvieron una posteridad no exenta de vericuetos y sorpresas, lo cual no impidió —o más bien vino a confirmar— la sostenida vigencia de una de las empresas más memorables que recuerda la literatura de habla inglesa.

Virginia Erhart

la librería

248 E. 50TH
NEW YORK,
N. Y. 10022
TELEPHONE
752 7187
758 1792

EN NEW YORK, TODOS LOS LIBROS QUE SE EDITAN EN ESPAÑOL, LAS TRADUCCIONES AL INGLÉS DE LOS AUTORES LATINOAMERICANOS Y LAS MAS IMPORTANTES REVISTAS. TAMBIEN TEXTOS ESCOLARES. SOLICITE NUESTRO CATALOGO. ENVIAMOS PEDIDOS A TODO EL MUNDO

ediciones de la universidad central de venezuela

VISION DE AMERICA LATINA

Hugo Calelio

Ciencia Social y Revolución en Latinoamérica

El autor señala como objetivo de su trabajo "estudiar en el ámbito de las ciencias sociales latinoamericanas el desarrollo de dos dimensiones científico-sociales, la burguesa y la revolucionaria".

Específicamente, se propone "analizar las implicaciones de la relación entre la teoría y la práctica desarrollada dentro de la dimensión científica que se apoya en el pensamiento crítico concreto, que se postula la innegable y permanente capacidad crítica de la teoría hacia la praxis del marxismo-leninismo" (p. 6).

Para ampliar su marco de discusión incorpora a su análisis otro elemento que califica de actual y conflictivo: "el que se refiere al compromiso del intelectual-científico latinoamericano" (p. 6).

Antes de iniciar el tratamiento del problema en el ámbito latinoamericano, el autor hace un conjunto de consideraciones sobre las contribuciones teórico-metodológicas de algunos autores que han ejercido una importante influencia en el desarrollo del pensamiento científico y político de América Latina.

En este sentido destaca el carácter ideológico que tienen, en la perspectiva marxista, los postulados de dos representantes importantes de la sociología burguesa: Marx, Weber y Karl Mannheim y la influencia de sus concepciones en la estructuración de las más importantes corrientes sociológicas de América Latina.

En oposición a la corriente de pensamiento anterior hace notar que las contribuciones de algunos representantes del pensamiento crítico concreto: George Lukács, Herbert Marcuse y Antonio Gramsci, han permitido "explicaciones a un mayor nivel totalizador dentro de la sociedad capitalista". Resume, en forma breve, cuales han sido las contribuciones de estos autores en la aclaración del papel del intelectual y el científico en el ámbito del capitalista.

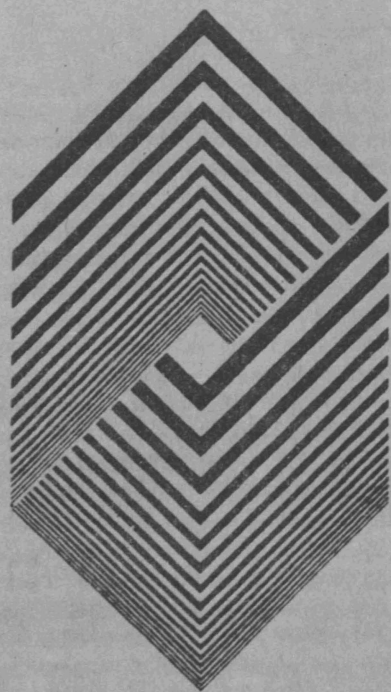
Giovanni Cátanei

BECKETT

En el prólogo de esta obra Israel Shenker señala: "Beckett no da explicaciones de buen grado. El afirma no haber sido nunca entrevistado y remite a aquéllos que se interesan en sus ideas a las obras que ha publicado. Su dirección en París es un secreto bien guardado y apenas una docena de personas conoce la ubicación de su casa de campo. . .

El hombre es magro, imponente, el aspecto de un ardiente apóstol. Pero él no se preocupa de su aspecto y si sus ropas lucen ajadas. . . El habla justo como sus personajes, con vacilaciones, mas no sin brío; tiene miedo de confiarse a las palabras, consciente de que la conversación no es sino otra forma de agitación.

Después de haber dado detalles biográficos sobre sí mismo añadió: 'Durante la liberación



yo pude conservar mi apartamento, volví a él y me puse a escribir de nuevo —en francés—, tenía ganas; era otra cosa que escribir en inglés, era para mí una experiencia más excitante.

Escribí toda mi obra rápidamente, de 1946 a 1950. Inmediatamente después no tenía más nada que escribir que me pareciese válido. Mi obra francesa me llevó al punto en el cual yo sentía que repetía siempre la misma cosa. Para algunos escribir se vuelve cada vez más fácil; para mí, la extensión de las posibilidades se reduce cada vez más. . . Ustedes ven cuán clásica es la forma de Kafka; él avanza como un rodillo compresor, casi con serenidad. El parece estar continuamente amenazado pero el pavor está en la forma. En mi obra hay pavor detrás de la forma, no en la forma. . .

Al final de mi obra no hay otra cosa que polvo lo no nombrable. En mi último libro, **El innombrable**, hay completa desintegración. No YO, no SER, no TENER, no nominativo, no acusativo, no verbo. No hay manera de continuar. La cosa más reciente que he escrito, **Textos para nada**, ha sido una tentativa para salir de esta actitud de desintegración, pero fue un fracaso. La diferencia con Joyce es que Joyce era un magnífico manipulador de materia, tal vez el más grande. Había que darles a las palabras el máximo; no hay una sílaba de más.

Joyce tiende a la omniscencia y la omnipotencia en cuanto artista. Yo trabajo con impotencia, con ignorancia. Yo no pienso que la impotencia haya sido cultivada en el pasado. Parece que haya una suerte de axioma estético que dice que la expresión es una realización, que debe ser una realización. Para mí, lo que yo me esfuerzo en explorar es toda esta zona del ser que ha sido siempre dejada de lado por los artistas como algo inutilizable o, por definición, incompatible con el arte. Yo pienso que hoy, toda persona que preste la más leve atención a su expe-

riencia personal se da cuenta que se trata de la experiencia de alguien que no sabe, de alguien que no puede. El otro tipo de artista, el Apolíneo, me es absolutamente extraño. . .

Cuanto le pregunté a Beckett si su sistema era la ausencia de sistema, respondió: 'Yo no me intereso en ningún sistema; yo no quiero ver traza alguna de ningún sistema de ningún lugar'. ¿Se interesaba en la economía política? ¿Ha tratado alguna vez problemas como la manera en que sus personajes se ganaban el pan? 'Mis personajes no tienen nada', dijo él y dejo caer el argumento. ¿Por qué él ha elegido escribir una *pièce* después de haber escrito novelas? 'Yo no he elegido escribir una *pièce*. Ello ha sucedido así'. Algunos críticos han dicho que la estructura y el mensaje de *Godot* dejaban al autor libre de depone la pluma en cualquier momento. Beckett no está de acuerdo: 'Un acto hubiera sido demasiado poco, y tres actos demasiado'.

Como una bestia acosada, Beckett medía la habitación. El se dolía de que *El innombrable* lo hubiese implicado en una situación de la cual no podía desenredarse. ¿Qué hacer cuando no se encuentra nada que decir? como los otros, ¿seguir tratando? Beckett respondió: 'Hay otros, como Nicolás de Staël, que se han lanzado por la ventana, después de años de luto.'"

Donald Fanger



Una mistificación de la burguesía: la neutralidad de la ciencia

Noam Chomsky

La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y políticos (los nuevos mandarines)
Ediciones Ariel,
Barcelona 1969, 369 págs.



"Pueden preguntarse, con Keynes, por cuánto tiempo continuaremos 'exaltando algunas de las más aborrecibles cualidades humanas a la categoría de las más elevadas virtudes', convirtiendo 'la avaricia, el logro y la caución... (en) dioses nuestros', y pretendiendo que lo 'limpio es sucio y lo sucio limpio, pero lo sucio es útil y lo limpio no'. Si los intelectuales norteamericanos se preocuparan por cuestiones como éstas, podrían tener una influencia civilizadora de valor incalculable sobre la sociedad y sobre las escuelas. Si, como parece más fácil, las consideran desdinosamente, como si se tratara de un disparate sentimental, entonces nuestros hijos tendrán que buscar en otra parte ilustración y guía".

Leyendo este libro de Chomsky me he acordado reiteradamente de George Orwell; si bien desde el punto de vista de sus respectivas producciones y de los objetivos de las mismas Orwell y Chomsky son claramente diferenciables, emerge en ambos no obstante una manera enconada de plantear problemas, sobre todo éste, el del intelectual, que los vincula por lo menos a mi percepción: ambos se ubican en una línea de denuncia ética, ambos asumen la crisis de la efectividad del instrumento que manejan en cuanto a la orientación valorativa del mismo dado el creciente proceso de subordinación y "corrupción" consciente, inconsciente y/o intencional de los profesionales, científicos e intelectuales, y sobre todo por el enmascaramiento que los mismos hacen de su "venta" cubriéndola y encubriéndola con objetos, técnicas y palabras, y no obstante quejándose tecnocráticamente del "malestar de la cultura". Es este proceso de defasaje encubierto entre práctica y lamento el que empuetece a Orwell y a Chomsky, el que los hace "disparar

contra los intelectuales"; la percepción y la admisión de que el instrumento que manejan, a través del que escriben y ensayan, lo que constituye su "trabajo", está falseado de raíz; que la razón construida para razonar y desarrollar soluciones "puras" o "prácticas", no constituyen otra cosa que "técnicas" de la opresión organizada y que los operadores de las mismas (los profesionales, científicos e intelectuales dependientes) tratan de ocultar. Y éste es el núcleo del problema, el que conducía a que Orwell, analizando su propia experiencia, enfatizara la "mala fe" de los intelectuales; su crítica básica se centraba en un sencillo enunciado: "... que la clase intelectual contemporánea no pensaba y en realidad no amaba la verdad", señalando la acumulación de objetos, palabras y razones colocados entre ellos y la verdad, acumulación que conduce a mediatizar sofisticadamente lo que sucede en beneficio de las palabras, de la discursividad, de las técnicas en sí. Es frente a esta permanente posibilidad de disolución de la realidad contra la que Chomsky evidencia su radicalización, y al respecto es significativa la forma en que presenta esta serie de artículos, cuyo eje permanente lo constituyen los intelectuales, la opresión y el olvido: dice Chomsky "Estos ensayos son en su mayoría versiones elaboradas de conferencias dadas por mí en los últimos años. A lo largo de ellos he participado en más debates, conferencias, forums, tech-ins y mítines sobre Vietnam y el imperialismo americano de los que puedo recordar. Tal vez debería decir que en estas conferencias y discusiones he experimentado, cada vez más, una cierta sensación de falsedad. Esta sensación no tiene nada que ver con las cuestiones intelectuales. Los factores están suficientemente claros; la valoración de la situación es todo lo precisa de que soy capaz. Pero el conjunto es emocional y moralmente falso de una manera inquietante. Se trata de una sensación que ocasionalmente ya había experimentado con anterioridad. Por ejemplo, recuerdo haber leído un excelente estudio sobre la política de Hitler para la Europa oriental, hace algunos años, en un estado de oscura

fascinación. El autor trataba arduamente de ser frío, académico, objetivo, de sofocar la única respuesta humana posible a un plan para esclavizar y destruir millones de organismos subhumanos de modo que los herederos de los valores espirituales de la civilización occidental pudieran desarrollar libremente y en paz una forma superior de sociedad. Al dominar esta reacción humana elemental entramos en una discusión técnica con la "inteligencia" nazi: ¿es técnicamente posible disponer de cuerpos? ¿Cuál es la prueba de que los esclavos son seres inferiores? ... Y otras muchas (cuestiones). Sin darme cuenta, me encontré arrastrado a esa ciénaga de racionalidad insana, inventando argumentos para contraatacar y demoler la construcción de los Bormann y los Rosenberg. Al entrar en la arena de la argumentación y la contraargumentación, de la factibilidad técnica y táctica, de las citas y las notas a pie de página; al aceptar la presunción de la legitimidad de la discusión sobre ciertas cuestiones, uno ha perdido ya su propia humanidad. Tal es el sentimiento que considero casi imposible de sofocar cuando sigo el impulso de construir una acusación contra la guerra americana en Vietnam". En este párrafo aparece evidenciada una de las líneas constantes de este trabajo, el de la deformación normal que el solo proceso de producción particularizada ejerce sobre sí misma; es decir cómo el mismo trabajo, aún el científico, aún el intelectual conduce a un defasaje permanente respecto del contenido del mismo, hasta marginar dicho contenido en beneficio de la formalidad de la práctica que se entrena, se ensaya, para verificarse como útil; y cómo además dicha verificación de sí misma, de su puesta a prueba del instrumento, va anulando y escotomizando la crítica de los contenidos en función de su propia y particular perdurabilidad. Chomsky percibe y autopercibe una de las tendencias cuasi inherentes que facilitan la "venta" del científico, del productor de conocimiento: la necesidad de usar lo aprendido ajeno a las orientaciones de ese contenido, o lo que es lo mismo o más desgraciado anulando los contenidos en cuanto a sus referencias

valorativas y descalificándolos en beneficio de las técnicas, y de la necesidad de usar lo aprendido, lo que "se sabe" para el supuesto beneficio de la ciencia y en consecuencia de la sociedad. Respecto de esto Chomsky refiere unas palabras del Dr. Agnew, director de la División de Armamentos de los Laboratorios de Los Alamos, según las cuales "La base de la tecnología avanzada es la innovación, y no hay nada más sofocante para la innovación que ver que el producto de uno no se emplea o se desestima debido a premisas poco sólidas relativas a la opinión pública mundial". Esa molestia y acientífica "opinión pública mundial" es la que se cree que se opondría a la guerra bacteriológica, al uso de determinadas armas "sádicas", al empleo de la fisión atómica o de otras "soluciones científicas".

La sociedad actual genera más científicos, profesionales y técnicos que ninguna sociedad conocida; se supone que dichos productores han aprendido "científicamente su trabajo"; trabajo del cual van a vivir, que formará parte de la mayor parte de su vida activa. Estos trabajadores, esta nueva clase trabajadora está constituida por científicos atómicos, planificadores urbanos, psiquiatras comunitarios, sociólogos expertos en áreas marginales, psicólogos institucionales, ingenieros de producción. Todos ellos detentan una educación universitaria que garantiza una distancia social y una calificación en sí; y todos ellos son los nuevos y excluyentes aplicadores de la razón técnica a la producción del Sistema. De tal manera que los tradicionales usuarios de la razón, los que piensan y se distinguen de los "que no piensan o piensan menos", son ahora los que como sector van apareciendo como grupo privilegiado encargado no ya de pensar, sino de usar los instrumentos científicamente aprendidos para el mantenimiento de las áreas de interés del Sistema.

El trabajo de Chomsky tiende permanentemente a subrayar este proceso de profesionalización tecnocrática de la Sociedad actual, proceso necesario para el mantenimiento del Sistema, proceso que va colocando a los usuarios de la razón en situación privilegiada, y los va integrando e insertando acrítica-

siglo veintiuno editores

TITULOS RECIENTES

PSICOANALISIS

Bajo la dirección de Henri Ey *El Inconsciente (Coloquio de Bonneval)*

Colaboradores: Claude Blanc, René Diatkine, Sven Follin, André Green, Catherine Lairy, Georges Lanteri-Laura, Jean Laplanche, Serge Lébovici, Serge Leclair, Henri Lefebvre, François Perrier, Paul Ricoeur, Conrad Stein, y Alphonse de Waelhens

Trad. del francés de Julieta Campos y Armando Suárez

¿Qué es el inconsciente? ¿Un mito? ¿Un postulado científico? ¿Una excusa de nuestra falibilidad? ¿Un espejismo de nuestra conciencia errática? ¿Una trampa del lenguaje? ¿Hay alguna realidad filosófica que lo funde? ¿Cómo se manifiesta en el delirio, en la locura, en la memoria? ¿Qué lugar ocupa en la trama social? ¿Cuál es su estatuto filosófico? Estas y otras muchas preguntas en torno a este concepto clave, polémico y omnipresente en nuestro mundo en crisis, convocaron a psicoanalistas, psiquiatras, biólogos, sociólogos y filósofos a un debate sin precedentes.

Esta obra es sin duda la contribución colectiva más lúcida, comprensiva y profunda de cuantas se han hecho hasta ahora para esclarecer el misterio del inconsciente, ese continente oscuro y negado de la psique humana que muchos presintieron, pero que sólo el genio de Freud se atrevió a explorar y roturar. El valor de este encuentro multidisciplinario no reside tanto en la calidad excepcional de los interlocutores y en la multiplicidad casi exhaustiva de los enfoques propuestos, como en el rigor y la lucidez con que son encarados los problemas y sus implicaciones epistemológicas, sociológicas y psiquiátricas.

Paul Ricoeur

Freud: una interpretación de la cultura

Trad. del francés de Armando Suárez

¿Puede escribirse sobre Freud sin ser analista ni analizado? No, si se trata de un ensayo sobre el psicoanálisis como práctica viva; sí, si se trata de un nuevo ensayo sobre la obra de Freud en tanto que documento escrito, al que la muerte de su autor puso punto final: una interpretación de conjunto de nuestra cultura que hizo cambiar la comprensión que los hombres tienen de su vida. Precisamente esta interpretación ha caído en el dominio público hasta la vulgarización. De ahí que el filósofo tenga la obligación de justificarla, es decir, de determinar su sentido, su legitimidad y sus límites. Paul Ricoeur demuestra que



sólo una reflexión sobre el lenguaje puede proporcionar una estructura aceptable de la exégesis freudiana de nuestros sueños, nuestros mitos y nuestros símbolos. Esta exégesis se articula a su vez con una reflexión sobre el sujeto, de la que proporciona algo así como "la arqueología"; pero en cambio hace estallar la filosofía del sujeto en sus expresiones ingenuas y prematuras: la lectura de Freud se convierte en el instrumento de una ascesis del "yo", desalojado de las ilusiones de la conciencia inmediata.

La cuestión que así se plantea sale al encuentro de la que Ricoeur dejó en suspenso al final de su trabajo sobre "la simbólica del mal": ¿qué es pensar según símbolos? Esta obra no se limita, pues, a los debates de un filósofo con Freud sino que abre los horizontes de una nueva investigación.

SOCIOLOGIA

Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución.*

Marini, al igual que muchos otros investigadores de los problemas sociales de América Latina, ha surgido de esa rama especial del conocimiento que ha prosperado notablemente en esta parte del mundo y que es la sociología del desarrollo. Más en una disciplina como ésta, en la que los autores se diferencian los unos de los otros por posiciones ideológicas, políticas y metodológicas, y en la que cada uno mantiene con los demás innumerables puntos de contacto en esos mismos niveles, Marini se destaca por su rechazo completo de toda solución ecléctica y por su fidelidad a la doctrina política y al método de Marx. La misma elección del título de este libro, que lo es también del primero de los tres ensayos que lo componen, habla con largueza de esa posición particular del sociólogo brasileño. En efecto, si bien todos los estudiosos latinoamericanos concuerdan en que grandes transformaciones estructurales se hacen necesarias, para que América Latina supere su condición de región subdesarrollada y dependiente, no todos están concordes en la manera como tales transformaciones deben llevarse a cabo; reforma o revolución, tal es su dilema político, del que derivan las posiciones metodológicas y político-prácticas que cada uno de ellos adopta. Marini, a ese respecto, es perfectamente claro: el subdesarrollo engendra la situación revolucionaria y la situación revolucionaria plantea a todos los latinoamericanos que realmente desean aquellas transformaciones la instancia inapelable de la lucha revolucionaria.

Marini intenta una reformulación de la teoría de la revolución. Para él, los postulados reformistas del PC brasileño no podrán producir otro resultado



que el de agudizar la represión sistemática que la dictadura ejerce sobre los movimientos populares; pero al mismo tiempo, rechazan decididamente las concepciones "foquistas", que hacen hincapié en el aspecto técnico de la guerra popular y no es su aspecto político. Las tentativas de insurrección llevadas a término por los grupos de izquierda en Brasil, después del golpe de 1964, adolecieron de ese defecto, con la consecuencia de aislarse en su lucha respecto de las masas populares, que vieron siempre esas tentativas como un hecho exterior a su propia situación. Para Marini, como ya en un tiempo para von Clausewitz, la guerra debe ser una consecuencia de la política y no a la inversa; pero para llegar a esa situación se hace indispensable que el proceso revolucionario deje de ser asunto especial de los sectores medios, como lo ha sido hasta ahora, y se funde en el frente de los trabajadores de la ciudad y del campo.

Arnaldo Córdova



siglo
veintiuno
editores
sa

Colección Praxis

¿Qué es la
dislexia escolar?
Juan E. Azcoaga. \$ 2,00

Colección Praxis

Conocimiento del niño
en edad escolar
Ovide Menin. \$ 3,00

Colección Praxis

Los repetidores en la
escuela primaria
Emilio Luna. \$ 2,00

Colección Praxis

Dificultades en la
lectura y la escritura
Nicolás Tavella. \$ 2,00

Colección Praxis

La actividad creadora
en la escuela primaria
Carola Conde. \$ 3,00

Colección Praxis

¿Que son los estereotipos del lenguaje?
Juan E. Azcoaga. \$ 3,00

Distribuyen:

Tres Américas
Chile 1432 - Buenos Aires
Librecol
Humberto I. 545 - Buenos Aires

mente de tal manera que los científicos, intelectuales y profesionales son los encargados de mantener y justificar el Ordenamiento establecido. Por supuesto que no sólo ellos son los que tienden a identificarse con el Orden, ni tampoco su poder es el decisivo, porque "Cuando el saber fracasa, siempre quedan más tropas de reserva" como dice Chomsky, pero lo señalable en este proceso es el rol que la "Inteligencia" ha ido jugando desde el de cuestionador de la situación, de lo dado, a justificador de los Sistemas y en medida creciente en nombre de la Ciencia, de la Verdad, de lo que paradójicamente podemos llamar el "terrorismo científico". Si Chomsky analiza el proceso por el cual los que detentan "el conocimiento" han ido constituyendo un grupo de apoyatura del orden y de justificación del mismo y de sí, no es porque los otros sectores sociales no constituyan también una apoyatura. Los otros sectores también poseen una rica "mala fe", un humanismo sectario y una división maniquea de la realidad que les garantiza la posibilidad de seguir viviendo en la comodidad de las justificaciones cotidianas. Pero estos sectores no poseen, porque no les es necesario, la capacidad de racionalización permanente de los "intelectuales, profesionales y científicos", en la medida que el objetivo de sus prácticas no es el análisis, la construcción o la vehiculización de conocimiento; en aquellos sectores no constituyen necesidad la mediatización de las comodidades bibliotecarias, de los fines de semana de esforzadas luchas culturales, del lamento permanente por las prácticas profesionales alienadas y sufridas, pero no abandonadas ni modificadas radicalmente; los otros sectores no juegan a que lo que hacen, lo hacen por "los otros", por "la ciencia" o por "la revolución". La "mala fe" o la satisfacción de los intelectuales en cambio se ubica en esa dimensión, de la que no sale, y no porque no sepa cual debe ser la línea de actividad, sino que no sale porque ha construido su propia incapacidad burocrática de "pensar" o de "actuar" fuera de lo que el Sistema que él constituye le permite y le facilita aun en las contradicciones del mismo.

La obra de Chomsky coloca la situación dentro de los términos más aparentemente ingenuos; lo mismo que Spock, lo mismo que Mailer, es ese nivel de simpleza inmediata el que más nos interesa señalar ahora; es un nivel prepolitizado, es un nivel de a-intelectualidad, más que de anti-intelectualidad, de descubrimiento de la farsa y radical mitología de un Sistema que hoy más que nunca los propios intelectuales y profesionales tienden a perpetuar técnica y científicamente, aun cuando en profundas meditaciones colectivas y multívocas tiendan

a cuestionarlo con alto grado de sofisticación. Si señalamos peculiarmente el arranque prepolítico del planteo, es porque del trabajo van emergiendo de los propios acontecimientos, del solo entroncamiento de las postulaciones de los científicos una serie de "descubrimientos", que sólo pueden ser tales en virtud de la actual capacidad opresiva del Sistema; en Chomsky emerge con claridad lo que los intelectuales sólo redescubren sofisticadamente y que una simple percepción ingenua redescubre a cada paso, a cada lectura, a cada acción: lo increíble es que los que "saben", los encargados de "pensar", de "analizar" no lo descubren, o lo encuentran luego de múltiples devaneos críticos que conducen a paralizar lo descubierto o a transformarlo en su justificación.

En el trabajo de Chomsky hallamos varios momentos en que dicha ingenuidad enconada emerge; creemos que hay un párrafo que con su simpleza aterradora expresa todo el conjunto de situaciones básicas en que dicho proceso —el de pervisión de la razón y de los razonadores— aparece. El New York Times del 18/III/1968 trae el siguiente titular: SE IMPIDE UNA EXPOSICION MILITAR EN QUE SE SIMULABA EL AMETRALLAMIENTO DE UNA CHOZA VIETNAMITA: "El suelto informa de un intento del movimiento de la paz, por impedir una exposición en el MUSEO DE LA CIENCIA Y DE LA INDUSTRIA de Chicago. Desde hoy, los visitantes ya no podrán subir a un helicóptero para el disparo simulado de una ametralladora sobre blancos de un diorama de las altiplanicies centrales del Vietnam. Los blancos eran una choza, dos puentes y un depósito de municiones; cuando se acertaba en el blanco se encendía una luz"... ¿Qué decir de un país en el que en un museo científico de una gran ciudad se puede anunciar una exposición en que la gente dispara ametralladoras desde un helicóptero a chozas vietnamitas, con una luz que se enciende cuando se da en el blanco? ¿Qué decir de un país donde pueda ocurrirse siquiera una idea semejante? Hay que llorar por ese país. Este y otros mil ejemplos dan prueba de una degeneración moral a una escala tal que hablar de los "conductos normales" de acción política y de protesta se convierten en algo hipócrita o carente de sentido. Tenemos que preguntarnos a nosotros mismos si lo que necesitan los Estados Unidos es el disentiimiento o la desnazificación. Se trata de una cuestión discutible. La gente razonable puede disentir sobre ella. Pero el hecho de que la cuestión sea siquiera discutible es algo aterrador". Aquí tenemos reunidos todos los elementos de la estructura: los militares, las armas, dentro de un Museo de Ciencia e Industria, que la gente usa y socia-

liza y que un pequeño grupo de marginales cuestiona: tenemos el complejo militar-industrial-científico, tenemos lo que producen, y que "la gente", aun simulando, consume socializadamente y en forma normal, tan normal que los padres se quejaban de que los niños no pudieran usar "normalmente" las ametralladoras contra esa figurada aldea vietnamita. Tenemos pues a la Ciencia, a los Militares y la Gente que usa los Productos Científicos para Militares; pero resulta que no son sólo productos para situaciones de excepción (?), la guerra, sino que son productos de uso normal y cotidiano, que normalmente los científicos y técnicos piensan, fabrican y defienden. Y en esto está todo el ciclo del proceso militar-industrial-científico, en el cual la "clase tecnológica" va conformándose como sector privilegiado del Sistema: son los científicos atómicos, son la RAND Corporation, son los sociólogos de la desviación, son los expertos en comportamiento los que garantizan la capacidad de interpretar y proveer de orden al sistema. Son los científicos que trabajan para la C.I.A. (Chomsky trae varios ejemplos) es David Rowe, director de los cursos para licenciados en relaciones internacionales de la Universidad de Yale, quien propone que el problema chino puede solucionarse a través de cercar completamente a China comunista de tal manera que se produzca una situación de inanición masiva por carencia de alimentos; es R. de Jaegher, director del Instituto de Estudios del Extremo Oriente de la Seton Hall University, quien propone luego de serios estudios que la solución al problema vietnamita está en el bombardeo ilimitado; es S. Huntington, jefe del Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de Harvard quien sostiene la teoría de la "urbanización forzada" en Vietnam, que conduciría a eliminar a la población rural mediante bombardeos, eliminando así a la base de apoyo de la guerrilla rural, y demostrar así la falacia de la teoría maoísta.

Estas proposiciones teóricas, así como las creaciones de la "imaginación científica" (desfoliación; armas "sádicas"; gases paralizantes) son normalmente producidas por los científicos actuales sin aparecer en dicho proceso ningún tipo de cuestionamiento a su actividad y consecuencias de la misma; según ellos, hacen Ciencia, y la Ciencia es neutral en sí.

Lo tremendo es que cuando se analiza esta producción, y se establecen los correlatos políticos, ideológicos y criminales de esta práctica, los científicos, tanto "sociales", como "naturales" niegan dicha crítica por considerarla "ideológica", y lo ideológico no es constructivo, como por el contrario pareciera que lo es fabricar gases paralizantes o ha-

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

LECTURA PARA EL VERANO

—No crea Usted, vigilar un panteón resulta difícil. Pero no piense que molestan los muertos, ésos ni resuellan. Si por ellos fuera, se lo pasaría uno muy aburrido. No; lo interesante son las ratas. Las hay por millonadas. Mire, es algo emocionante, sobre todo cuando llega un muertito. ¡Qué animales más inteligentes! Adivinan la hora exacta de la llegada de un cuerpo. Verá Usted: inmediatamente que se cierra una fosa corre un rumor como si granizara; puede distinguirse que se atropellan en los laberintos subterráneos; como potros, que se desbocan en el viaje despavorido para asistir al banquete que pregonan la fetidez del aire. Vienen de todas partes, igual que la gente de las rancharías cuando sabe que algún compadre ha matado un puerco. Puede oírse cómo pelean las hambrientas para defender su porción de carne manida. Crujen en ruido sordo las entrañas que desgarran sus colmillos. En unos cuantos minutos se hartan, pero se renueva la manada infinita que pule los huesos igual que una máquina. Aunque Ud. no lo vea se da cuenta de que el esqueleto se desintegra, de que las ratas juegan con las canillas brillantes. En los hocicos arrastran despojos de pelo, tiras de pellejo, residuos de tripas que vomitan empalagadas.

Tiene la noche un árbol. (Cuentos) Guadalupe Dueñas
Colección popular Nº 91. Página 106.

Dondequiera que la presencia de la mujer es difícil, onerosa o perjudicial, ya sea en la alcoba del soltero, ya en el campo de concentración, el empleo de Plastisex, es sumamente recomendable. El ejército y la marina, así como algunos directores de establecimientos penales y docentes, proporcionan a los reclutas el servicio de estas atractivas e higiénicas criaturas.

Ahora nos dirigimos a usted, dichoso o desafortunado en el amor. Le proponemos la mujer que ha soñado toda la vida: se maneja por medio de controles automáticos y está hecha de materiales sintéticos

que reproducen a voluntad las características más superficiales o recónditas de la belleza femenina. Alta y delgada, menuda y redonda, rubia o morena, pelirroja o platinada: todas están en el mercado. Ponemos a su disposición un ejército de artistas plásticos, expertos en la escultura y el diseño, la pintura y el dibujo; hábiles artesanos del moldeado y el vaciado, técnicos en cibernética y electrónica, que pueden desatar para Ud. una momia de la decimotava dinastía o sacarle de la tina a la más rutilante estrella de cine, salpicada todavía por el agua y las sales del baño matinal.

Tenemos listas para ser enviadas todas las bellezas famosas del pasado y del presente, pero atendemos cualquier solicitud y fabricamos modelos especiales. Si los encantos de Madame Recamier no le bastan para olvidar a la que lo dejó plantado, envíenos documentos, medias,



prendas de vestir y descripciones entusiastas. Ella quedará a sus órdenes mediante un tablero de controles no más difícil de manejar que los botones de un televisor.

Si Ud. quiere y tiene recursos suficientes, ella puede tener ojos de esmeralda, de turquesa o de azabache legítimo, labios de coral o de rubí, dientes de perla y... etc. etc. Nuestras damas son totalmente indeformables e inarrugables, conservan la suavidad de su tez y la turgencia de sus líneas...

... Nuestras Venus están garantizadas para un servicio perfecto de diez años —duración promedio de cualquier esposa— salvo los casos en que sean sometidas a prácticas anormales de sadismo.

Confabulario. Juan José Arreola
Colección Popular Nº 80. Páginas 146 y 147.

—¿Quieres un buen negocio, Nicho? Soy cobrador del Mercado de la Merced. Por mil pesos de

guantes te paso la chamba. No te fijas en el sueldo. De veinticinco a treinta pesos diarios de puras buscas. Mitad para el inspector, mitad para tí. Naturalmente, con perspectivas de mejorar. Eso ya depende de tus habilidades. ¿Qué dices? ¡Mejor un negocio honrado! ...Ja 'Ja 'Ja'. Pero, hombre, te has hecho viejo en México y todavía no puedes tirar el pelo de Cieneguilla. No seas tonto, hermano; aquí se cotiza en dinero contante y sonante la honradez de todo el mundo. ¿Quieres ejemplos? Nuestro honorable paisano el licenciado Carrión, liberal immaculado del tiempo del Benemérito, porfirista distinguidísimo, maderista puro, ojo chiquito de don Venustiano. Va sobre medio millón de pesos sólo de la desintervención de haciendas del clero que logró por sus influencias. Ahora completa el millón al servicio de los latifundios y petroleros. ¿Conoces a Salvador Fernández, mi primo? ¡Un zonzo! Acaba de denunciar como ladrón, y con pruebas irrecusables, a su jefe. ¿Sabes? Un puntapié a Salvador Fernández en donde se lo mereció y a su jefe, ascenso al grado inmediato superior. ¿Por qué? Porque el ladrón, íntimo de un ministro, tiene comprada la honorabilidad del ministro con la deshonorabilidad de su mujer. ¿Entiendes ahora, fósil de Cieneguilla? No evolucionas. Olerás a polilla per secula seculorum.

El desquite. Mariano Azuela.
Colección popular Nº 89. Página 90

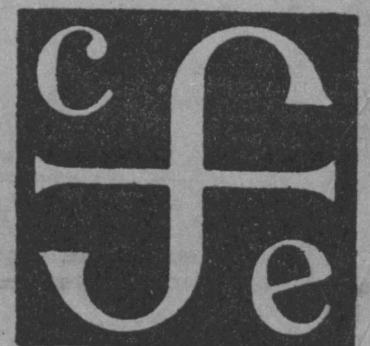
La primera de esas siete noches —tirada en su petate, bajo el toldo— advirtió la llegada de dos Tin-Tines. (El oficio de los Tin-Tines es preñar a las mujeres). Con sus cabezas enormes —ñidos de pájaros, acaso? — con sus ojos menudos semillas de papaya. Sus labios abiertos ventosa ambulante. Su cuerpo encogido. Sus brazos y piernas fornidos. Dos Tin-Tines. Hechos sólo de nervios, músculos y sexo. Sexo. Dos Tin-Tines. Siempre en cueros. Sexo troncos de cabo-de-hacha. Mástil vivo naciendo entre sus piernas. Dos Tin-Tines. Caminaban saltando lo mismo que canguros. Hablaban un lenguaje enraizado en la montaña. Se aproximaron. Se detuvieron. Elevaron las chatas narices. Olfatearon. Después, pupilas amarillas de luz, perforaron



las tinieblas. Se acercaron más aún. Llegaron al pie de la casa. Parecieron atravesar las paredes de caña. Iban a cruzar el umbral. Se detuvieron, otra vez. Se miraron entre sí. Volvieron a avanzar. Tornaron a detenerse. Se observaron de nuevo. Los ojos les llamearon. Elevaron la voz. Su tono se hizo airado. Sus ademanes coléricos. Casi enseguida, empezaron a golpearse mutuamente. Cosa extraña, no se golpearon con las manos. Los pies. O la cabeza. Tampoco se agredieron con las uñas o los dientes. No. Se golpearon con los miembros viriles. Esgrima inverosímil, los cruzaron previamente. En saludo imprevisto. Breves segundos se estudiaron. El uno al otro. Después, separaron esas armas absurdas. Con rapidez vertiginosa, las usaron. Como si cada uno de sus bálanos se convirtiera en el extremo grueso de una cachiporra. En el silencio absorbido de la noche, al impactarse, la carne endurecida sonaba con chasquidos de cuero curtido. O de madera elástica.

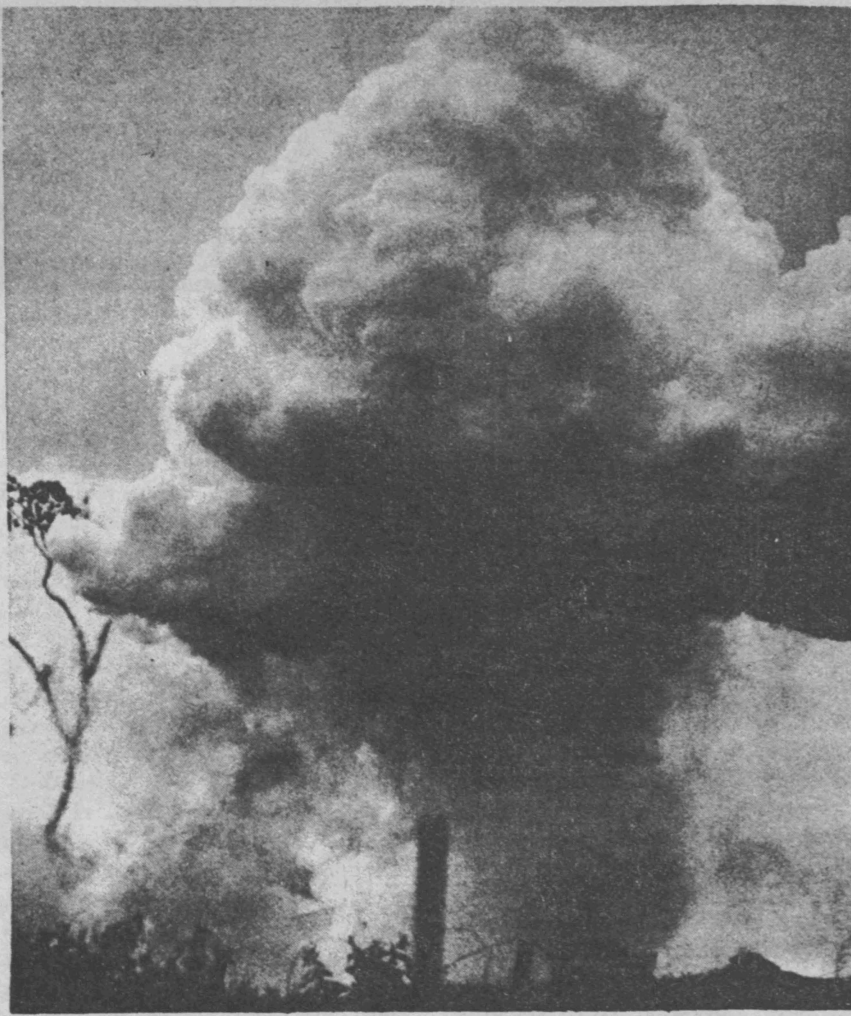
Dominga, casi sin darse cuenta, apretó las piernas.

Siete Lunas y Siete Serpientes.
D. Aguilera-Malta
Colección popular Nº 98. Páginas 10 y 11.



cer análisis del comportamiento de los niños vietnamitas para facilitar la comunicación con los valores norteamericanos; pero esto sí es Ciencia porque produce objetos y consecuencias específicas, objetivables y concretas, y además se usan técnicas, y se ponen en funcionamiento equipos de trabajo, y se verifica el status, rol, función y capacidad de los profesionales, científicos e intelectuales. Es decir que ciencia sería todo lo que pone en funcionamiento y usa un instrumento neutral en sí de conocimiento y experimento; e ideología es todo lo que meramente crítica a esa puesta en práctica del aparato conocedor. Que la primera sea utilizada para la opresión, la destrucción y el dominio no es problema científico; que se denuncie esta falacia es terrorismo ideológico. Justamente esta inversión de las funciones, por la cual la Ciencia está ejerciendo por vía de sus practicadores el terrorismo científico, es uno de los temas más actuales para la Argentina.

Chomsky coloca muy claramente los parámetros al problema: "La ciencia tal como la conoce todo el mundo es responsable, moderada, no sentimental y de cualquier modo buena. La ciencia del comportamiento nos dice que podemos preocuparnos sólo de la conducta y del control de la conducta; y es responsable, moderado, no sentimental y de cualquier modo bueno, controlar la conducta por medio de premios y castigos adecuadamente aplicados. La preocupación por las simpatías y las actitudes es emocional y acientí-



fica. Como hombres racionales creyentes en la ética científica deberíamos preocuparnos de manipular la conducta en una dirección deseable, y no dejarnos engañar por ideas místicas sobre la libertad, las necesidades individuales o la voluntad

popular". Admitamos de una vez por todas, aun con las consecuencias que implica, que el problema de la valoración es previo a la construcción científica en virtud de la instrumentalización de la misma que se pretende negar en nombre de una

aparente neutralidad valorativa de la práctica científica. Asumamos que la correlación Desarrollo Científico-Desarrollo del Hombre no es una relación mecánica, sino que es una relación valorativa que depende, como repite Chomsky, de qué lado del fusil estemos, si del bueno o del malo; y que esto es previo a las prácticas científicas, profesionales e intelectuales en sí.

Por eso en última instancia es secundario si el instrumento en sí, si el lenguaje en sí, si la práctica científica en sí, no son neutrales, sino ya valorativas; creemos que esta discusión es sofisticada, ociosa y propia de la "deformación profesional" de las prácticas teóricas cuando lo que evidenciamos es el uso real y concreto de esas prácticas: "No es muy importante la medida en que esta 'tecnología' está libre de valores, dados los claros compromisos de quienes la aplican. Los problemas de que se ocupa la investigación son los planteados por el Pentágono o por las grandes compañías, y no por ejemplo por los revolucionarios del nordeste de Brasil o por el SNNC. Tampoco sé de ningún proyecto de investigación dedicado al problema de cómo una guerrilla pobremente armada podría resistir más eficazmente una tecnología militar brutal y devastadora, lo cual es seguramente el tipo de problema que interesaría al intelectual independiente tan desesperadamente pasado de moda".

Eduardo Luis Menéndez

filosofía

El horizonte de la fenomenología

Maurice Merleau-Ponty
Lo visible y lo invisible
Seix Barral, 358 págs.



Lo visible y lo invisible es sólo la introducción de una obra mayor que Merleau-Ponty venía elaborando desde comienzos de la década del 50, en la que trabajaba al morir en 1961, y que tres años más tarde su amigo Claude Lefort editó junto con una selección de notas de trabajo. He aquí, pues, una obra inconclusa, póstuma. Pero esta caracterización sólo tiene sentido mientras se supone que sabemos a ciencia cierta qué es una obra acabada, cómo se

vincula la obra con la vida del autor. Hablar de acabamiento en el caso de la obra, significa comúnmente considerarla ya como una especie de cosa: las obras se acumulan en esa segunda naturaleza que es el mundo de la cultura, como las cosas en el mundo físico. Y la cosa es algo bien deslindado, tiene un adentro y un afuera, una localización espacio-temporal. Sólo que en este universo de seres positivos resulta imposible justificar la emergencia del fenómeno de la significación. Por eso, desde su primer escrito — **La estructura del comportamiento** (1942)— el esfuerzo reflexivo de Merleau-Ponty consistió precisamente en mostrar la insuficiencia de tal interpretación de la cosa y del mundo.

Pero un rasgo singular de esa crítica es el hecho de que se haya

puesto en marcha en todos los órdenes del campo expresivo, e incluso antes de que fuese tematizada por el discurso fenomenológico. El artista conoce la distancia que puede separar el término de una obra y su acabamiento: en su propio nivel esa inadecuación se limita a traducir una no-coincidencia más primitiva entre el creador y la obra. A veces únicamente el desplazamiento temporal, la inatención, permiten alcanzar la conciencia de que la obra estaba acabada: conciencia que, como diría Merleau-Ponty, siempre está con retraso. Lejos de ser una mera curiosidad estética, esta experiencia revela que la obra se encuentra, por así decirlo, descentrada con respecto al sujeto, que entre ella y la vida del autor hay como una cesura: su localización está "en otra parte", es necesario pensarla a partir

de un contexto que ya no puede ser el de la subjetividad, el del origen.

Sin embargo, la obra termina por insertarse en el mundo objetivo, se convierte en cultura. Y con ello queda por lo general neutralizado el juego de distancias que la constituye, adquiere límites precisos y ya puede ser clasificada. Pero este proceso nunca se cumple del todo. La obra no alcanza, como creía Husserl, una existencia supra-temporal. Así lo admite ya Merleau-Ponty en su **Fenomenología de la percepción** (1945): "La existencia de la idea no se confunde con la existencia empírica de los medios de expresión, pero las ideas perduran o pasan, el cielo inteligible vira hacia otro color." He aquí, pues, otro motivo de inconclusión para **Lo visible y lo invisible**: su lenguaje resultó inmediatamente interpretado como

MONTE AVILA EDITORES

LA CONFESION de Artur London

Vice-Ministro de Relaciones Exteriores de Checoslovaquia después de 1949 Artur London fue detenido en enero de 1951, al mismo tiempo que el ministro Clementis, y juzgado en el proceso conocido como del "centro de conspiración contra el Estado dirigido por Slansky". Condenado a trabajos forzados en cadena perpetua, rehabilitado en 1956, London es, con V. Hajdu y E. Löbl, uno de los tres que lograron escapar entre los diecisiete coacusados del proceso de Praga, el cual recuerda en todo, por cierto, a los famosos procesos de Moscú entre 1936 y 1939.

La confesión es el relato del mecanismo implacable que trituró a los mejores militantes del movimiento revolucionario en el engranaje *au jour le jour* de la autoacusación: un "A puertas cerradas" staliniano en el propio país de Kafka.

En base al éxito del libro se acaba de filmar la película del mismo título, dirigida por Costa Gavras, con Jorge Semprún como guionista e Yves Montand en el papel principal; el mismo equipo de Z.

ACABAN DE APARECER

ANGELO de Jean Giono

"La narración que lleva por título *Angelo* —ha dicho su propio autor— no es la continuación de *Le Bonheur Fou*; por el contrario, es el comienzo de una primera redacción de *Le Hussard sur le toit*"

ADIOS AL REY

de Pierre Schoendoerffer

El tema de este libro memorable, escrito con grandeza épica y cósmica, es sencillo: en una zona de la isla de Borneo ocupada por los japoneses, dos blancos —un inglés y un australiano— descienden en paracaídas con la misión de organizar la resistencia local, o sea la de los indígenas murú. (...) Ganadora del premio francés *Fémina* en 1969, best-seller internacional, he aquí, pues, una novela grande, inolvidable, como sólo se puede leer una vez cada diez años.

EL HOMBRE Y LO INVISIBLE
de Jean Servier

Expresándose sin rodeos, como intelectual seguro de su oficio, firme en sus convicciones, el autor vuelve aquí a poner en entredicho algunos de los dogmas en que se funda —bastante mal a su juicio— la civili-

zación occidental y, en primer término, el evolucionismo, popularizado una vez más en nuestro tiempo debido a la obra de Teilhard de Chardin.



LOS MUERTOS TIENEN SED
de Javier Auqué Lara

Esta novela es una requisitoria, una proyección en lo literario de las denuncias formuladas por el asesinado dirigente liberal Jorge Eliécer Gaitán

ULTRAMARINA

de Malcolm Lowry

Primera novela del autor, escrita en su juventud y publicada inicialmente hace treinta años, *Ultramarina* fue revisada por Lowry en 1957, poco tiempo antes de morir. (...) Basada en un diario que Lowry llevaba durante su primer viaje al Extremo Oriente, cuando tenía diecinueve años, obra de un escritor nato, *Ultramarina* enuncia ya los temas —incluso la obsesión del mar— que luego ocuparían toda su vida de escritor.

LA REVOLUCION DE LA
PILDORA

de Pino Donizetti

He aquí a un médico italiano que ha escrito antes obras científicas y de divulgación, asumiendo la tarea de condensar, en un ensayo de grata lectura y rigurosa seriedad, los conocimientos más útiles sobre el tema de los anticonceptivos.

ORDENES

de José Balza

El título de este libro alude a la manera cómo se ordenan interiormente los hechos y cómo se reflejan

en las vertientes afectiva e intelectual del narrador hasta adquirir una nueva dimensión: la del objeto estético.

NOVELAS NADA EJEMPLARES

de Dalton Trevisan

Fiel a su provincia natal, Trevisan convierte al pueblo de Curitiba en un microcosmos donde se agitan y padecen personajes representativos de las clases medias, microcosmos que él reconstituye con la misma crudeza —y hasta crueldad— que caracteriza al lápiz sardónico de Hoggarth o Grosz.

NOSOTROS, OTROS

de Jorge Musto

Estos cuentos participan de un parejo descreimiento de la realidad. Se distancian hasta ese momento y ese lugar fragilísimos donde el tiempo puede alterar ritmos o imprimirse en la inmovilidad de un registro fotográfico; donde la visión deformada por humores, deseos o fracasos, escamotea y reacomoda espacios a escala de sus necesidades.

DE INMINENTE APARICION

ROGER GARAUDY:

Ya no es posible callar. Toda la verdad sobre los problemas del comunismo francés e internacional.

MICHEL SEUPHOR:

El estilo y el grito (catorce ensayos sobre el arte de este siglo).

CLAUDE SIMON:

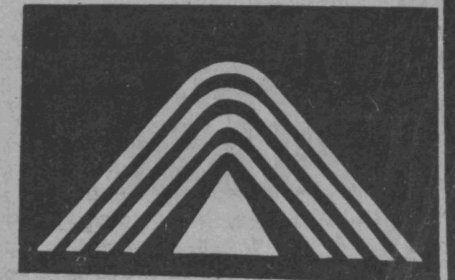
Gulliver (novela).

EZRA POUND:

Ensayos literarios.

ERCOLE PATI:

La increíble aventura de Ernesto (relatos).



extraño, no se lo pudo experimentar en su genuina extraneidad, porque la mecánica incierta que determina el ciclo de esos virajes en la marcha de los acontecimientos culturales le asignó una zona de sombra. Y en efecto cuesta imaginar la inserción de su crítica a la fenomenología y a las interpretaciones objetivistas del tema estructural, en una escena de la cultura que ya prefiere el enfrentamiento más llano —mítico, por lo tanto— entre dos actitudes macizas: existencialismo y estructuralismo.

La nueva situación ideológica impidió también comprender cómo se articulaba efectivamente ese texto póstumo dentro de la economía del pensamiento de Merleau-Ponty. Todo esto terminó siendo interpretado como un deseo de inmediatez; cuando no se lo redujo de entrada a un mero discurso psicológico acerca de lo vivido.

¿Qué papel le asignaba a ese texto el propio autor? Según él, su puesto sólo consigue apreciarse una vez que se distinguen dos etapas en la marcha del trabajo reflexivo: la primera, dominada por el tema de la percepción; la segunda, orientada hacia el estudio del fenómeno expresivo. Desde los ensayos incluidos en *Sentido y sin-sentido* (1948) hasta el último escrito que publicó — *El ojo y el espíritu* (1960) —, durante más de diez años esa indagación en torno a la expresión se fue elaborando a lo largo de un frente que iba desde lo político e histórico hasta la literatura y sobre todo hasta la pintura: *Las aventuras de la dialéctica* (1955) —donde ya opera por momentos el mismo esquema teórico que más tarde le permitirá revisar su primitiva interpretación del pensamiento freudiano— y los textos reunidos en *Signos* (1960), atestiguan la amplitud del espectro abarcado. Esta expansión entraña al mismo tiempo una radicalización del cuestionamiento filosófico. Ambas etapas de la obra se encuentran esencialmente articuladas: si, por una parte, el modelo que resulta de la descripción del mundo perceptivo —modelo que más allá de todas sus referencias fenomenológicas debe ser distinguido de la concepción husserliana de la percepción— se aplica luego al estudio del orden de la expresión, por la otra, sin embargo, esta segunda perspectiva le brinda la oportunidad de alcanzar una visión más radical del primer tramo de su trayectoria, de disipar las ambivalencias que desvirtuaban a veces su significación fundamental, de proporcio-

narle una "justificación definitiva". Para ello, tenían que ser plenamente desarrolladas las implicancias ontológicas, a veces disimuladas en aquellas primeras obras por el inevitable recurso a conceptos pertenecientes a contextos teóricos todavía no suficientemente criticados. Esta tarea se fue cumpliendo a través de los trabajos ya citados y especialmente en los cursos que Merleau-Ponty dictó a partir de 1952 en el Collège de France (cf. *Elogio de la filosofía* —1953— y los *Resúmenes de cursos* editados por Lefort en 1968). Su verdadero cumplimiento, sin embargo, estaba reservado para *Lo visible y lo invisible*.

Pero sería un error creer que esta obra responde a un proyecto filosófico unitario. En su "Prólogo" Lefort detalla seis programas diferentes elaborados por el autor para un libro, que hasta marzo de 1959 fue llamando sucesivamente *Ser y sentido*, *Genealogía de lo verdadero*, *Origen de la verdad*. Incluso suponiendo que el propósito de desarrollar una nueva ontología —desarrollo crítico y no especulativo, puesto que no puede haber ontología directa, puesto que para Merleau-Ponty la relación directa es siempre derivada con respecto a un nexo indirecto más primitivo— constituya el proyecto fundamental de este escrito, todavía quedaría por determinar el sentido de esa rectificación y de esa "justificación última" que irían a experimentar los textos de la primera época. Porque mientras la actividad filosófica se encuentra regulada por la operación ideal de un telos, como sucede en el caso de Husserl, ese progresivo ajuste de los resultados provisionales es algo perfectamente concebible. Pero ocurre que toda la obra de Merleau-Ponty se propone la tarea, en cierto sentido inversa, de pensar ese hito de idealidad a partir de los sistemas de desviaciones —de las deformaciones coherentes, como los nombra utilizando una expresión de Malraux— que según él constituyen la experiencia en general, y la filosófica especialmente. Así, *Lo visible y lo invisible* se propone alcanzar un nuevo nivel de esa experiencia, desde el cual puedan ser explorados más a fondo algunos relieves difíciles en el nivel anterior. En el horizonte de esta lectura de lo ideal a través de los intersticios de la experiencia no sólo está obrando una discusión del distingo husserliano entre hecho y esencia (ya entablada en el curso dictado en la Sorbona sobre *Las ciencias del hombre* y la

fenomenología —1951—), sino que también se insinúa una concepción original de la constitución de la historia y del estilo propio de la tradición filosófica.

¿Qué sentido tiene, pues, hablar de "ambivalencias" dentro de este contexto reflexivo? Esa noción adquiere un significado muy particular en el caso de la filosofía de Merleau-Ponty: no se opone ya a "univocidad", sino a "ambigüedad". Que la suya haya sido denominada "una filosofía de la ambigüedad" —que lo haya sido desde sus primeras publicaciones—, es un índice del papel que está dispuesto a asignar a las categorías de origen lingüístico en la elaboración de una nueva ontología. Como la interrogación, la ambigüedad escapa por principio al marco de lo positivo, se refiere a un orden más primitivo de la experiencia, con respecto al cual el ser idéntico y unívoco representa una derivación enmascaradora. La interrogación filosófica apunta a un ser esencialmente plurívoco, ambiguo. Un discurso, que no traicione de entrada el estilo de la experiencia que se propone expresar, debe articularse alrededor de conceptos radicalmente ambiguos: como el de existencia, por ejemplo, o como el de cuerpo propio, o como el de carne —para insistir en el texto de *Lo visible y lo invisible*. ¿Y qué ocurriría si esa explicitación se emprendiese a través de una conceptualidad dominada por la norma de lo unívoco? En tal caso, el discurso se encontraría condenado a nombrar alternativamente los aspectos contrastados que constituyen la experiencia, sería un discurso desgarrado, ambivalente. Merleau-Ponty toma esta noción de la psicología: deja constancia de su origen kleiniano. Este tipo de préstamos —especie de generalizaciones— es frecuente en su obra: considérese, por ejemplo, el uso extensivo que hace de la noción de metáfora o de ideas como la de prosa (cf. *Prose du monde*, editado también por Lefort en 1970).

El paso de lo ambivalente a lo ambiguo corresponde, por otra parte, a la crítica de las ingenuidades que entraña cada etapa del proceso reflexivo. En este sentido *La estructura del comportamiento* resulta ambivalente porque para llevar adelante la crítica del empirismo y de la filosofía kantiana, adopta ingenuamente el marco teórico que le brinda la fenomenología del primer tomo de las *Ideas*. Algo análogo sucedió en el caso de la *Fenomenología de la percepción*, que se apoya en el Husserl

de *Krisis* para criticar las paradojas iniciales de la fenomenología. Y *Lo visible y lo invisible* no constituye aparentemente una excepción: se refiere al pensamiento del último Heidegger para cuestionar los presupuestos fundamentales de la filosofía fenomenológica. Para una filosofía en situación —como la que Merleau-Ponty proyecta—, este tipo de adherencias no representa precisamente un obstáculo.

¿Pero toda esta dialéctica entre ingenuidad y crítica, no está disimulando una ambivalencia más radical, que Merleau-Ponty no explicita a pesar de que se trasluzca como una falla a través del conjunto de sus textos? ¿Es su último punto de referencia efectivo la oposición que asume entre filosofía de la conciencia y ontología? ¿Acaso no se encuentra ésta determinada por la diferencia entre el tema del ser y el de la estructura? Muchas de las dificultades que suscita la interpretación de un concepto—clave como el de percepción, cederían quizás si se tuviese en cuenta que —a pesar de todos los compromisos no explicitados con decisiones básicas de la filosofía occidental como filosofía del ser pleno y presente— Merleau-Ponty persiguió, desde su primer libro hasta las notas que registran los últimos esfuerzos de su reflexión, la tarea revolucionaria de "pensar la estructura". Y, salvo que se considere que la especulación "materialista" de Lévi-Strauss haya satisfecho esa tarea, no creemos que nadie haya avanzado desde entonces mucho más por esa senda.

Aquí dejaríamos que el lector emprendiera la aventura filosófica que le propone *Lo visible y lo invisible* (aventura sin garantías, como lo reconoce el autor: "...no sabemos dónde nos llevará nuestro empeño ni si es realmente posible. Pero hay que escoger entre él y un dogmatismo que sabemos demasiado bien adónde va, puesto que con él acaba la filosofía en el momento mismo en que empieza y, por este motivo precisamente, es incapaz de hacernos comprender nuestra propia oscuridad."), pero sería preciso advertirle que no sólo chocará con las dificultades propias de un texto no preparado para la publicación, sino que tendrá que vérselas con una traducción que no se destaca justamente por lo rigurosa.

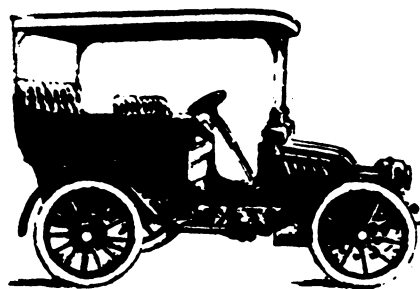
Ricardo Pochtar

LIBRERIA PILOTO

La primer librería volante de América Latina

ORGANIZACION AL SERVICIO DEL LIBRO ARGENTINO

(No se atienden pedidos de la Argentina)



Solicite cualquier libro anunciado en esta revista

Boletines periódicos de información

Casilla de Correo 234
Suc. 12 Buenos Aires
Argentina

Satanás, sus obras y sus pompas

Collin de Plancy
Diccionario infernal

Taber
Diccionario de los infiernos

Selección de Samuel Wolpin
Santiago Rueda

Joseph Henninger y otros
Lo demoníaco
Monte Avila

M. R. James y otros
Breviario del estremecimiento
Monte Avila.

H. P. Lovecraft y otros
Los mitos de Cthulhu
Alianza Editorial

Ulrico Molitor
De las brujas y adivinas
Jorge Alvarez



No cabe duda de que lo demoníaco es una categoría real de la experiencia humana. Lo cual no significa en absoluto admitir que en los asuntos de nuestro mundo tenga efectiva intervención el infinito ejército de diablos sin cartera que merodea por el orbe sublunar, según argüían los afanosos demonólogos de los siglos XV a XVII, cuya tarea incesante de catalogar brujerías y de quemar hechiceros parece totalmente suplantada en nuestros días por actividades no menos remunerativas en el éxito inmediato de sus denuncias y persecuciones. El antiguo prestigio del ministerio satánico ha sufrido considerable menoscabo, al punto de que sus adeptos e iniciados no pasan de pobres diablos con deseos de efímera figuración periódica (despojados hasta de una modesta incineración) o de indiferentes pobladores del atestado transporte urbano que se resignan a leer **El retorno de los brujos** o las revistas que dirige Louis Pauwels para entretener el fatigoso periplo que los lleva al empleo por la mañana y los devuelve a sus hogares en la media tarde. Sin embargo, ha surgido una nueva legión de taumaturgos no menos eficaces que se trazó la misión, a veces igualmente esotérica, de penetrar en los ocultos significados que tuvo este complejo fenómeno, tan difundido en épocas pasadas y todavía pleno de interés. Antropólogos, psicólogos, teólogos, historiadores de las ideas, de la cultura, de las ciencias o de las costumbres, han tratado de esclarecer, en sesudas investigaciones, las causas que engendraron la aparición de lo demoníaco en el horizonte intelectual del

hombre. A la misma labor inclusive se han sumado —o podrían sumarse— los críticos e investigadores del arte y de la literatura. Pero esta denodada acción esclarecedora no ha contribuido a facilitar nuestras relaciones con el Maligno, sino que ha desembocado en la comprobación más circunspecta de que lo demoníaco cumplió su función en la historia como receptáculo al que fue ingresando un conjunto muy heterogéneo de intuiciones, hechos y procesos ligados a distintas vicisitudes de la existencia social o individual. Por consiguiente, en los últimos tiempos se ha asistido a un progresivo renacimiento de lo demoníaco, como clave de ciertos aspectos profundos e inveterados de la imaginación y de la conducta y hasta como estimulante estético que reclama nuestra naturaleza para mitigar la inevitable abulia engendrada por el transcurrir sedentario y cotidiano. Tales comprobaciones que se han derramado por cauces dinámicos de la erudición y de la creatividad también dieron origen, empero, al inevitable subproducto residual de esa ideologización observable en multitud de derivaciones parásitas que atestan librerías y escaparates con el anuncio de hipótesis pseudocientíficas, según las cuales la tierra —antes de constituirse en albergue nuestro— fue morada en época remotísima de tráfugas estelares, cuando no anuncian que una raza de profetas construyó las pirámides egipcias para inscribir sus augurios en las proporciones de estos edificios, cuyo portentoso código podría proporcionarnos la cronología de la humanidad hasta la consumación de los siglos. La necesidad del mito parece un ingrediente que resulta indispensable para nuestra constitución y que muchas veces se ha convertido en vigoroso estímulo para justificar nuestra destrucción.

En la medida en que siempre hubo áreas penumbrosas y aún desconocidas para el conocimiento y presumiblemente siempre subsistirán enigmas, lo demoníaco fue y seguirá siendo una constante de nuestra realidad, ya que esta experiencia primariamente parece nutrirse de aquello que se repliega más allá del dominio humano y cuya índole tremenda y estremecedora suscita en nosotros ese sacudimiento íntimo que los teólogos denominan "temor numinoso". Esta conmoción llega por momentos a confundirse con la alucinación o el delirio, pero en circunstancias favorables no está desprovista de aspectos estimulantes y su aceptación tal vez pueda hasta

resultar beneficiosa. El misterio, la sorpresa y la perplejidad sin cesar han asediado nuestra frágil certidumbre, como si lo que asemeja sobrenaturalidad por su condición insólita e inescrutable estuviera constantemente al acecho, para irrumpir de improviso en el mundo de sucesos ordinarios. Según han puntualizado Castex, Vax, Caillois y otros estudiosos de la narrativa fantástica moderna, esta colisión entre lo inusitado y lo habitual de algún modo logra seducirnos y apasionarnos con su potestad inquietante, cuando se presenta atemperada como mero acontecer imaginario. A su vez, el racionalista E. M. Forster nos advierte, en **A Passage to India**, que uno de los factores más negativos y peligrosos en las relaciones entre personas o comunidades radica en menospreciar la posible acción de lo demoníaco, pues nuestro natural evemerismo nos induce a interpretar los conflictos inexplicables en términos de malevolencia humana. Por su parte, como sugiere Maryse Choisy, las comprobaciones anímicas de Freud y de Jung han venido hasta cierto punto a demostrar que el diablo —al margen de que exista o no— parece constituir un hecho "no sólo aceptable, sino indispensable para la dialéctica del progreso psíquico" o, al menos, para una adecuada comprensión de ciertas actitudes. Sea como fuere, lo demoníaco se presenta como un fenómeno demasiado intrincado para que podamos descharlo con las fórmulas comparativamente simplistas que a menudo emplearon los escépticos de la Ilustración y sus herederos del siglo XIX. Inclusive, sólo a título de hipótesis lógica —no cronológica— es admisible reducir su complejo desenvolvimiento a la sucesión de fases que nos proponemos examinar. Lo demoníaco empieza por revelarse como un arcano que contradice las pautas aceptadas y que no admite su incorporación en el acontecer cotidiano, pero gradualmente se va transformando en expresión de un propósito maligno que actúa en forma deliberada y voluntaria para perturbar la organización divina: de tal modo, en un primer momento es interpretado como un desafío del orden que los hombres han atribuido a Dios; luego se define como el Mal por antonomasia, resultado de la permanente labor que desenvuelve un poderoso enemigo de la divinidad, dispuesto a causar la perdición de los hombres; más tarde, se lo hace extensivo al comportamiento de quienes, entregados a la depravación, cuestionan los principios sagra-

dos y pactan con las fuerzas corruptoras para obrar hechicerías. Al arribar a esta etapa de la sistematización surgen los brujos y sus procedimientos, entre los cuales adquieren relieve aquellos hechos imaginados que se relacionan con interdicciones de hondo arraigo, como la promiscuidad sexual practicada con enviados diabólicos de la especie de los incubos y súcubos.

En la cultura europea, el itinerario señalado puede trazarse a partir de los testimonios bíblicos. La primera transgresión del orden divino que está llamada a perjudicar al hombre la hallamos en el capítulo III del Génesis, cuando la serpiente —que solo tardíamente se confunde con el demonio— corrompe a la pareja humana inicial. En el Exodo, XX, 17, luego de dar a conocer sus mandamientos, Dios ordena a su pueblo que "no deje con vida a la hechicera", precepto que habría de asumir un papel decisivo en la manzanza de presuntas brujas. Satanás aparece en Crónicas, libro primero, XXI, 1, simplemente como ángel "acusador", función implícita en la etimología de su nombre que luego lo convierte en Adversario o Ene-migo, hasta que en el Libro de la Sabiduría, II, 24, es identificado como causante de la caída del hombre, en implacable hostilidad a la obra divina. Con el transcurso del tiempo, Satanás se asocia con diversas figuras demoníacas, entre las que sobresale Lucifer, el más bello de los ángeles, condenado por su rebeldía (lo cual explica la descripción de su hermosura en el canto II del **Paradise Lost** de Milton y la imagen resplandeciente que le atribuye Blake en sus diseños). La consolidación de este proceso se continúa en el Nuevo Testamento, en el que ya encontramos a Satanás concebido como el Maligno por excelencia (**Mateo**, V, 37; VI, 13; XIII, 19). Con el avance del cristianismo en el mundo griego, el cuadro se complica por intervención de los **dáimones** extraídos de la tradición platónica. Sin embargo, los padres de la Iglesia —más preocupados por el ascendiente de gnósticos y maniqueos— no demuestran mayor interés por la hechicería como actividad demoníaca; ya en el siglo VIII San Bonifacio declara que la creencia en brujos y licántropos es indigna de un cristiano; con posterioridad, el **Canon episcopi** desecha las supersticiones sobre vuelos nocturnos y metamorfosis mágicas como "infieles" y "paganas"; y Juan de Salisbury, en el siglo XII, considera que el **sabbat** —la asamblea de servidores diabóli-

cos— es una patraña sin consistencia.

El punto crítico radica en determinar cuándo y por qué se desencadenó la persecución de brujas en la Edad Media. Al respecto, hay opiniones contradictorias entre los eruditos actuales: Brouette sostiene que los procesos y ajusticiamientos parecen más frecuentes en las postrimerías del período en razón únicamente de que los documentos conservados son más abundantes; en cambio, Joseph Hansen, C. L'Estrange Ewen y H. R. Trevor-Roper consideran que la asimilación de las prácticas brujeriles a la herejía y su consiguiente persecución —que llevaron a Juana de Arco a la hoguera— deben ser estimadas un hecho tardío, tal vez relacionado (como sugirió Michelet) con una creciente ruptura de los esquemas medievales, que se acelera luego de la peste negra, a mediados del siglo XIV. En definitiva, el dato más concreto lo ofrece la bula papal *Summis desiderantes affectibus* que Inocencio VIII da a conocer en 1484, en la cual se condena la proliferación de la hechicería. La consecuencia inmediata de esta denuncia fue la redacción del *Malleus maleficarum* de los inquisidores dominicos Sprenger y Kramer, la primera y más importante en la extensa serie de obras destinadas a promover el castigo de las brujas; en una tarea insaciable que se prolonga hasta 1650, durante toda la época del humanismo los demonólogos reiteran sin descanso sus advertencias; entre ellos cabe incluir a conspicuas personalidades, desde el jurista Ulrich Molitor, con su tratado sobre lamias y pitonisas, hasta el célebre erudito Jean Bodin y el rey Jaime I de Inglaterra. En mayor o menor grado, los "expertos" propiciaban la tortura de los sospechosos (con el objeto de obtener confesiones y delaciones) y el ajusticiamiento —sin distinción de edad o condición— de los "convictos" de presuntos maleficios: vuelos mágicos, transformaciones, antropofagia, homicidio, perversión sexual, invocación de tempestades, actos incendiarios, daño a la propiedad, leviatización, propagación de pestes. Por supuesto, hubo autores sensatos que manifestaron sus reservas, como Johann Weyer y Reginald Scot; por lo demás, Montaigne (*Essais*, III, 2) opinaba que era necesario "estimar en exceso nuestras propias conjeturas para decidirse a asar vivo al prójimo en nombre de ellas". Pese a las dudas y escrúpulos, las persecuciones continuaron con todo vigor a lo largo del siglo XVII, y todavía en 1731 se habría de producir uno de los casos de satanismo que suscitó mayor revuelo en Europa, cuando una joven devota llamada Catherine Cadière fue persuadida de que denunciara a su confesor por haberla embrujado con propósitos deshonestos. Por fin, se inició el reflujó —documentado en la irónica "Lettre contre les sorciers" de Cyrano de Bergerac y en la *Recherche de la vérité* de Malebranche—, con lo cual la manía tendió a declinar. El problema que plantea el estudio del ciclo de persecuciones consiste en que es muy fácil caer en el detalle

anecdótico o en reproches abstractos y principistas, sin que sean esclarecidas las causas profundas. Esto es, al menos, lo que se advierte a menudo en el tratamiento del asunto, quizá porque la situación examinada resulta demasiado confusa, intrincada y hasta desconcertante, si se piensa que el paroxismo coincide con el esplendor intelectual del Renacimiento. No obstante, una posible explicación debería buscarse en la circunstancia de que este proceso era el subproducto de una aguda transformación de mentalidad, de modo que la hechicería proporcionó el inevitable "chivo emisario" para la política represiva desarrollada en cualquier época por los sectores que resisten el cambio y que, por consiguiente, apelan a la compulsión irracional como precaria defensa de una estabilidad en bancarrota.

La epidemia satánica— que para

mica y creadora destinada a sacudir la inercia imperante; este renovado empuje se manifiesta vigorosamente en la obra de William Blake, e inclusive se perfila en el marqués de Sade cuando declara: "Lo que nos seduce no es la tentación del libertinaje, sino la idea del mal". Al mismo tiempo irrumpe la novedosa *diablerie* de Cazotte, Beckford y el "Monje" Lewis. De tal modo, se instauró una corriente original que habría de canalizarse en particular a través de los artistas y escritores "malditos"; en la nómina de precursores está el Goya de los *Caprichos*, y entre sus máximos exponentes poéticos debemos recordar a Baudelaire; uno de los principales estudios de este proceso es el formidable trabajo de Mario Praz, *La carne, la morte, e il diavolo nella letteratura romantica*. Convertido en instrumento del disconformismo intelectual, lo demo-



tantas víctimas significó la hoguera— desaparece con el afianzamiento de la tolerancia, que prospera con la visión integradora de la Ilustración dieciochesca y de sus continuadores del siglo XIX (como los historiadores W. E. H. Lecky y H. C. Lea). Pero a medida que nos aproximamos a la Revolución Francesa y al advenimiento del Romanticismo, las concepciones satánicas vuelven a emerger, aunque con una evaluación de signo positivo cuya naturaleza y significado resultan bastante sorprendentes: en desafío a un anquilosamiento mecanicista que entorpecía la fluidez necesaria para aliviar las tensiones sociales crecientes, se produjo una restauración de lo demoníaco, entendido como fuerza diná-

níaco se transformó en una de las pautas fundamentales de una vasta marea cuyo ciclo todavía no parece agotado. Lo sugestivo en la variedad y amplitud de ramificaciones que posee este crecimiento. En su vitalidad es posible barruntar una reacción contra ciertos excesos del racionalismo; a juicio de algunos pensadores cristianos, también se trasluce un ataque a la indiferencia religiosa del hombre moderno, ya que el hecho de asumir voluntariamente el pecado entraña una toma de conciencia que está ausente en el secularismo burgués; por supuesto, otras son las hipótesis aducidas por los testimonios del superrealismo y de variadas orientaciones que se consideran afines al fenómeno. Coinci-

dentemente, en el ámbito literario empieza a definirse una arremetida contra el naturalismo narrativo y contra su negación de los sucesos insólitos o improbables; Castex ha observado que ello se manifiesta en particular a través del cuento fantástico, concebido como exposición de episodios en los que lo portentoso parece penetrar en el mundo cotidiano; según señala Todorov en su reciente *Introduction à la littérature fantastique*, esta especie se caracteriza por mantener una ambigua relación entre lo sobrenatural y lo verosímil, tal como ya se advierte en los relatos de Poe (en los que hay necrofilia pero están ausentes los vampiros) o en *The Turn of Screw* de Henry James, pieza que deliberadamente rehúye definirse por el hecho descomunal (la efectiva existencia de los demonios) o por la pura elaboración psicológica (la presunta alucinación de la institutriz). A veces, la poderosa inventiva de H. P. Lovecraft —autor del memorable cuento "The Color out of Space"— muestra cierto resquebrajamiento en este punto, al forzar en sus historias una descripción preciosista de las razas míticas que quiebra el equilibrio entre las alternativas; en cambio, el ominoso clima que Ray Bradbury consigue crear en sus composiciones más logradas radica en que su "ficción científica" no trata de imponer verosimilitud tecnológica sino que respeta el juego de fuerzas que es propio de lo fantástico. Por lo demás, el diablo ha sido un personaje que ha preocupado a los escritores católicos franceses (en especial, a Bernanos); también tuvo oportunidad de asomarse en páginas de Gogol y Dostoievsky; en tanto que C. S. Lewis exhibió solidez teológica y destreza irónica en *The Screwtape Letters*, divertidas aventuras de un "demonio de la guarda".

Con la renovada actualidad del satanismo, también ha crecido el número de obras exegéticas y eruditas. Todorov observa, por ejemplo, que el psicoanálisis va en camino de reemplazar ventajosamente a la literatura fantástica, con sus trabajos sobre aspectos de la experiencia demoníaca, y el mismo Freud escribe: "Con bastante lógica y de manera casi correcta desde el punto de vista psicológico, la Edad Media atribuyó al influjo de los demonios todas estas manifestaciones mórbidas; no me sorprendería en absoluto enterarme de que el psicoanálisis, que se dedica a desentrañar esas fuerzas secretas, resulta por tal causa extrañamente inquietante a los ojos de mucha gente". Asimismo, los antropólogos de la escuela de Frazer han prestado atención a la hechicería, de conformidad con sus interpretaciones rituales; un ejemplo lo proporcionan las debatidas opiniones de Margaret Murray sobre "cultos brujeriles" en la Europa medieval. La producción de obras informativas o enfoques de conjunto sobre la materia tampoco es desdeñable. Todavía circulan dos libros que gozaron de gran difusión en el siglo XIX: el *Dictionnaire infernal* de Collin de Plancy y *La sorcière* de Michelet. El primero de ellos conserva elementos

útiles, pero el tiempo lo ha vuelto un tanto insatisfactorio y más bien pintoresco; en consecuencia, se lo puede considerar superado por intentos análogos de mayor rigor o actualidad, como la escéptica *Encyclopedia of Witchcraft and Demonology* de Rossell Hope Robbins y el eficazísimo *Dictionnaire du Diable et de la démonologie* de J. Tondriau y R. Villeneuve (ambos trabajos acompañados de serviciales bibliografías). Villeneuve, uno de los más asiduos expositores de la demonología en nuestros días, también es autor de un estudio sobre el diablo en el arte y de una "erotología de Satanás". Especial relieve debe otorgarse al volumen colectivo que con el título de *Satan* publicó en 1948 la serie de *Les Etudes Carmélitaines*, en el cual se traza un cuadro de significativa amplitud y agudeza, encarado preferentemente con la óptica del pensamiento católico. Sugere resulta el breve aporte de Lu-

cien Febvre, "Sorcellerie: sottise ou révolution mentale?", en el volumen III de *Annales*.

Si bien en 1961 se incorporó la edición original de *Las brujas* y su mundo de Julio Caro Baroja, uno de los mejores compendios actualizados, la bibliografía satánica accesible en nuestra lengua no es muy extensa. En virtud de ello, la incorporación de materiales debe ser tenida muy en cuenta. Entre los aportes recientes corresponde destacar, por su índole clásica, el tratado de Ulrico Molitor, *De las brujas y adivinas*, que José Bianco tradujo de la versión francesa; es uno de los más difundidos manuales renacentistas, cuya actitud resulta comparativamente benigna dentro de las tendencias inquisitoriales que prevalecían a fines del siglo XV. La reedición integral del *Diccionario infernal* de Collin de Plancy en el texto que circuló durante el siglo pasado es útil, en la medida en que permite

tomar contacto con una obra que disfrutó de sólido prestigio; menos valiosa es la selección de Samuel Wolpin, que apenas reviste el interés de una pieza curiosa, por su carencia de textos representativos y su abundancia de erratas. Lo demoníaco recoge una selección de artículos incluidos en el *Satan* de *Les Etudes Carmélitaines*; abarca un conjunto de enfoques teológicos y doctrinales, psicológicos, artísticos y literarios (el *Diablo* en Dante, en Gogol y Dostoievski, en las letras contemporáneas); en su mayoría, se trata de estudios realizados por especialistas, a menudo con apropiado sentido de la divulgación. En cuanto a la narrativa fantástica emparentada desde el período romántico con la restauración imaginativa del satanismo, dos compilaciones se han agregado a la memorable selección de Borges, Silvina Ocampo y Bioy Casares (*Antología de la literatura fantástica*) y a la nutrida colección de Roger Cai-

lois (*Antología del cuento fantástico*). En uno de estos nuevos volúmenes Rafael Llopis intenta un cuidadoso y sistemático panorama de *Los mitos de Cthulhu*, las narraciones de horror cósmico en las que se destacó H. P. Lovecraft y a las que también contribuyeron otros escritores. La segunda colección mencionada se titula *Breviario del estremecimiento* y reúne ficciones de autores consagrados en la narrativa fantástica de habla inglesa (M. R. James, Arthur Machen, H. P. Lovecraft, Algernon Blackwood, W. F. Harvey, P. Ketteridge); el conjunto resultaría admirable si la indiscutida seducción de las historias agrupadas no hubiese sufrido perjuicios por la insatisfactoria labor de la traductora.

Jaime Rest

teatro

Balance del teatro en 1970

La crisis no alcanzada

La constante del año teatral 1970 ha sido lo previsible, en alguna medida, lo ilevantable por su fatalidad, lo que ocurrió en 1969 y en años anteriores, y nada hasta el momento indica que no vuelva a producirse en 1971. Y la cuestión aunque compleja en su juego global, en los factores que la determinan y en su implicación, se rige por una ley natural e ineluctable en su lógica interna. Puede afirmarse que en su generalidad, la escena de Buenos Aires no ha alcanzado la crisis. Es decir, en la gravedad que la afecta y circunda no ha llegado a un momento decisivo. No ofrece por ahora posibilidades de cambio. Se inserta en la postración general que afecta al país. Y aunque se trate de efectuar balances en los que prive un criterio casuístico, es decir de tomar parciales aspectos de nuestra escena, representaciones aisladas del contexto de nuestra dramática, nada indica que el planteo de la escena nacional en 1970, haga presuponer una ruptura, un cambio con sus antecedentes. Es verdad, pueden realizarse algunas o muchas puestas en escena en donde el acierto presida al trabajo. Pero con estos aciertos no aseguramos continuidad en la tarea artística, y mucho menos una estructura profesional de la cual parta una po-

sibilidad de dar un vuelco al linfático panorama de la actual escena en Buenos Aires. Mientras subsista la estructura actual del teatro en su faz organizativa, todo seguirá siendo una cuestión de apuestas. Y con la apuesta sobrevenir al "éxito" o "fracaso". Pero por este camino no se marcha hacia la búsqueda de un teatro nacional ni mucho menos hacia la ruptura de una escena conformista con su inoperancia.

Lo fundamental pues, es la concreción de una estructura teatral que permita continuidad en el trabajo. Mientras subsista el desfile de compañías que hacen bien, muy bien o mal las cosas, pero que se desintegran al término de la representación de una obra —aunque se llegue y festeje las 100 representaciones— no habrá posibilidad de pensar en superar el estado actual de la dramática argentina. En este estrecho callejón no se encontrará salida posible. No habrá proceso teatral. Y el teatro comporta en su avatar, un proceso. Pero para que este proceso aliente la perspectiva de una transformación, es necesario que se sitúe de frente a la realidad y no de espaldas. Que se sienta país. Que comprenda qué significa un teatro para goce epidérmico de un pú-

blico a quien la televisión inyecta puntual y activamente su virus letárgico. No importa que ese teatro se llame tradicional, del absurdo o de la crueldad o de la violencia. La superficialidad no deviene solamente del texto, sino de los condicionamientos del texto. Y en ocasiones de la unidad de ambas cosas. De la misma manera que un autor que no es un genio puede escribir una obra genial, por contrario imperio, una obra profunda y genial puede resultar superficial según sea su tratamiento. Y esto lo estamos viendo en muchos escenarios. Cuando hablamos de un teatro que se sienta país, queremos significar sencilla pero irrenunciablemente, que asuma su responsabilidad como disciplina artística. Con nosotros y para nosotros. Aunque la obra la escriba Beckett, magistralmente como suele hacerlo. Es más, sin todos los grandes de la escena universal jamás haremos un teatro nacional. Pero entendámonos, con los grandes y los nuestros, sean como fueren pero en función del país.

Lo nuestro no es el teatro de la larga siesta folklórica, ni del pintoresquismo menor, ni del ex abrupto importado como impacto intelectual. El teatro nuestro es aquél que

se establece y acontece de acuerdo a nuestra actualidad histórica. Pero para ese tipo de teatro se precisa ubicar bien la realidad del hombre de teatro. Y partir de allí. Comprender que la forma de accionar frente a un medio erigido en obstáculo para una disciplina nacional, en este caso el teatro, es poseer independencia económica, pues allí se dará la batalla. Independencia económica significa no depender de una empresa que industrializa al teatro. Y poseer los mínimos y difíciles medios para luchar. Por ejemplo, una sala. En torno a ella, gente con capacidad de administración y desde luego comprensión del problema artístico del teatro. Un ejemplo en nuestro medio es el teatro Payró. Muchos de los conceptos que expongo, los pulsamos con Jaime Kogan, su director, en torno a su teatro que en tres años estrenó a una veintena de autores nacionales y presentó espectáculos de compañías que han resultado un verdadero aporte. Y lo que es indispensable señalar: no se ubicaron en el escenario del Payró por casualidad, sino porque la empresa teatral del Payró juzgó que sus representaciones confluían congruentemente en la programación artística que la empresa viene sosteniendo desde su fundación.

Es imprescindible insistir sobre este tipo de teatro sobre cuyo modelo puede organizarse la recuperación teatral de Buenos Aires. Se trata de una empresa artística que por esta misma circunstancia o definición ha incorporado a su funcionamiento estos dos conceptos que la integran y conforman: una estructura de empresa al servicio de una actividad artística determinada. Esta actividad artística es su política en el campo de la dramática. De ahí su congruencia, su no reiteración y su sentido de búsquedas con destinatarios. "Haría un Chejov, por ejemplo —son palabras de su director— siempre y cuando pudiera crear con él una propuesta clara sobre 'los signos' nuevos del hombre de nuestra época". Esta indagación permanente en las propuestas, es el sentido, la orientación básica que impulsa a la dirección artística del Payró. De ahí que el espectador, desde la escena esté requerido por un teatro que abunda en proposiciones. Esta empresa artística puede no entusiasmar a muchos actores que creen que la T. V. y las piezas llamadas de éxito asegurado pueden convenir mejor a su actividad. Y no es así aun desde un punto de vista meramente económico, y ajeno por supuesto a toda ética y responsabilidad actuarial. Trataremos de explicarlo.

Si se toma en cuenta el número de actores que figuran en el nomenclátor y se indaga cuántos de ellos viven económicamente del teatro, se llegará a la pavorosa comprobación de que no alcanza a un tres por ciento. El resto vive de algunos trabajos que realizan en la radio y en la TV. Otros realizan dichos trabajos en forma esporádica, pasan muchas penurias y no actúan en las tablas durante largas temporadas. Si se pensara que vale mucho más ocupar un puesto en la historia del teatro que un espacio en la T.V. (hablamos de artistas, desde luego), se vería cuán grande desacierto es andar a la búsqueda de lo que la suerte, la ventura o la concesión sin límites en muchos terrenos permiten el ingreso transitorio a la pantalla. Y por otra parte cuánto más resulta trabajar decorosamente al servicio de la cultura y del arte desde estructuras como las que señalo en el teatro y percibiendo también una entrada decorosa. Se vería, terminado el año, que se ha conseguido un mejor ingreso que en un teatro y desarrollando el planteo teatral de Buenos Aires, que con aislados trabajos en televisión. Hablando desde un punto de vista crudamente económico, aún así, para el actor en general, resulta más ventajoso el tipo de teatro al cual señalamos como ejemplo, que la larga y en ocasiones infructuosa espera del "bolo" televisivo. Y es que el número de actores aumenta en una progresión mucho mayor que la que la televisión pueda absorber. Y por otra parte, nadie descarta la posibilidad de realizar, haciendo teatro como el que comentamos, papeles en la T.V. que no desmerezcan artística ni culturalmente a quien los hace. Excepcionalmente suelen ocurrir estas cosas.

El problema en este asunto de la organización es no depender del éxito, sino crear una empresa que pueda absorber el fracaso cuando éste, desde el punto de vista económico, pueda presentarse. Hablamos del Teatro Payró, y este teatro ha resistido sin tambalear, puestas en escenas que económicamente resultan deficitarias. Otro teatro con desiguales características en su política artística pero concomitante con el Payró por más de un concepto, fue el Teatro San Telmo lamentablemente desaparecido en este 1970, tras un memorioso incendio. Pero su historia acredita plenamente al "Grupo del Sur" que lo comandó y su trayectoria también señala un camino en lo atinente a estructura. Justamente "Play Strinberg" de F. Dürrenmatt, se representaba cuando el siniestro arrasó el local y me permito asegurar que esta pieza debe figurar como una de las mejores representaciones de la escena argentina en 1970. Hablo del trabajo actuarial, direccional, escenográfico y madurez en la elección de un texto dramático. Lo que de ninguna manera fue casual. Lo atestigua más de una veintena de obras llevadas a escena a lo largo de trece años de ininterrumpida actividad. Precisamente destaco también al San Telmo porque supo cumplir con una actividad teatral de índole profesional, desdefiando el exitismo y el estrellato que tanto pierde a quienes pretenden hacer teatro influidos por el "ambiente" y desconociendo la interior rigurosidad de su disciplina. Es verdad que el Payró y el San Telmo han representado dentro del ámbito de la dramática nacional, dos maneras distintas de plantear un proceso, pero ya dijimos que entre ambos existían substanciales concomitancias. Y esas concomitancias pueden llamarse respuestas al panorama teatral que de manera inoportuna se ha ido cumpliendo en los últimos años.

La continuidad en el trabajo es el único modo de desarrollar la dramática nacional en su totalidad. Es precisamente lo que, salvo excepciones como las anotadas, ha faltado en las últimas temporadas. Y esta manera de hacer teatro en torno a una pieza de la cual se espera el éxito y con una compañía circunstancialmente reunida, retrasa un nivel que ya había alcanzado nuestra escena. Volvemos —a tiempo y circunstancias distintas— a la época en que el Teatro Independiente se lanzó a abrir picada y a señalar la claudicación de una escena mercantilizada en su ejercicio y ramplona en sus pretensiones. Toda la promoción autoral formada a expensas del Teatro Independiente, deambula en su mayoría a la rebusca de quien quiera estrenarle. Los actores y directores, también en su mayoría, han sido trituados por el aparato de la T.V. o las exigencias de un teatro realizado sin país y sin compromiso. A la simple deriva de una fútil actividad que se agota en su contenido y forma, sin alcanzar ni comprender qué significación debe asumir el teatro allí en donde la liberación también reclama a esas zonas del arte y la cultura

que asuman su particular compromiso de disciplina artística. No hablamos de un teatro de militancia política, que sería impropio pedir allí donde la honradez y la decencia ya asumen un papel protagónico de lucha. Sólo apuntamos la monótona insistencia en una dramática que no puede explicarse sin las connotaciones con los peores intereses y que demuestra un abrumador conformismo con su triste situación.

Nuestras escuelas dramáticas, los cursos parciales de capacitación, las lecciones impartidas en universidades y centros particulares, han olvidado al hombre actor. Han olvidado formar un actor con ética y visión nacional de sus funciones. No creemos que con sólo impartir tales enseñanzas se logre remontar la subversión teatral. Pero el olvido de la enseñanza se suma como factor deformativo al servicio de la regresión que mucho interesa fomentar a quienes comprenden cuántos inconvenientes acarrearían a los intereses antinacionales una conciencia esclarecida sobre el papel del artista y una limpia conducta y su relación con el medio social. Y nos disguste, ya estamos abordando un problema ideológico en la vida del actor, del director o del dramaturgo. Y no hay manera de abarcar el teatro de un país, cualquiera sea, prescindiendo del lugar en donde se fundamenta y realiza. Los que creen que su teatro no implica una posición ideológica, pueden ser tontos o ignorantes, pero generalmente saben muy bien qué significa lo que hacen y también qué significa lo que no hacen. Es inútil creer en un arte no dirigido. Tan profundamente dirigido está por ejemplo en nuestra vida, que nadie ni por un instante iría a una audición de T. V. a hablar de algo que contrarie los intereses de la empresa. Ni llevaría a escena una pieza en que el contenido de la misma ponga al descubierto aquello que los poderes quieren ocultar. Y ni un crítico, a menos que esté dispuesto a jugar su puesto y su libertad, sorprendería al diario con una apreciación en pugna con los intereses de su caja registradora. Pero precisamente porque nuestra vida y nuestra sociedad es política y de hondos intereses políticos, resulta imposible situarse fuera de la pugna y mantenerse en un neutralismo invulnerable. Cuando decimos de insistir sobre la reitección de un teatro formulado al solo efecto de representar una obra, sin continuidad en el trabajo y sin una estructura que sea respuesta a la desubicación y al mero juego de la escena, es porque precisamente allí, en esa aparente prescindencia se está librando la peor entrega. Artística y socialmente hablando.

Un intento que no puede soslayarse ha sido el teatro de los autores emprendido por Cossa, Rozenmacher, Somigliana, Talesnik y Halac. Cinco autores de quien la escena guarda recuerdos polémicos por sus creaciones de voluntario rompimiento con lo adocenado y su óptica renovadora en torno al hombre de esta tierra y el clima social, que si no lo

determina, contribuye en forma visible con alguna de sus aristas de determinación. Su formulación de unirse para en conjunto elaborar un teatro ya fuera de sus primeras afirmaciones pero que en su hora fueron válidas, toman otra perspectiva y replantean toda una situación en cuanto al autor y su dependencia con la escena. Y es importante señalar esta confluencia para el logro de una dramática cuya significación adquiere expectativa, no sólo por quienes la realizan sino por su empeño en ubicarse sin concesiones en una comunicación con el hombre de Buenos Aires. Parcialmente objetamos este ambicioso y saludable proyecto. Nos parece ilusorio pretender resolver la problemática de nuestra escena, sin fundir plenamente la actividad autoral a la de una compañía no sólo en aptitud sino también en actitud de integrar y dar a su vez elementos para este replanteo autoral. Replanteo que tendrá vigencia a partir de una efectiva continuidad e integración en el proceso de la dramática argentina.

La Asociación Argentina de Actores viene desarrollando, en el plano gremial, importantes conquistas y rotundas afirmaciones. No puede dejarse de lado, en un balance —aunque resulte somero— su sentido gremial, societario y cultural. En el plano de la cultura precisamente lleva emprendido un camino en que, si bien no todo ha resultado como era de esperarse, no es menos cierto que su actividad ha sido múltiple y en algunos aspectos señera. Precisamente porque se trata de una síntesis, rubricamos su último e importante gesto. El Expo-Show que ha de realizarse en la Sociedad Rural a partir del 19 de diciembre y en el que intervendrán especialmente invitados, en un encuentro teatral latinoamericano, Chile, Perú, Uruguay, Brasil y Argentina. Este es un planeamiento serio y concebido sin deslumbramientos coloniales. Invitar a presenciar y "entrar en trato" con el buen teatro que se realiza en los países hermanos, es en el momento actual de nuestra dramática un claro índice de madurez. Si a ello se añade que la Asociación de Directores Teatrales, en forma paralela, ha programado un "encuentro de directores latinoamericanos" para discutir problemas atinentes a la vida del teatro en Latinoamérica, y que tanto el desfile como otras actividades culturales paralelas serán ofrecidas en homenaje a esa gran figura del teatro de América que es el uruguayo don Atahualpa del Cioppo, se podrá decir que no todo está podrido en Dinamarca. Y que sin querer ofrecer un final feliz a esta nota, para tranquilizar conciencias, puede pensarse en que nuestro teatro, puede, con sacrificios y trabajos, salir del atolladero. Algo de esto nos dijo en su visita, el maestro Strasberg, lamentando que no hagamos el teatro que nos corresponde. Y lo dijo como buen americano, que los hay.

Acerca de las comunidades terapéuticas

Una sociedad *construye* sus locos y delega en los médicos la cura y tutela de los mismos. En el interior de esta relación "enfermo"—terapeuta (podríamos decir también "enfermo"—sociedad, puesto que el terapeuta, lo quiera o no es transformado por su función en cómplice de la sociedad que segrega al "enfermo") el paciente arriesga convertirse en un objeto.

Goffman —cuyo *Internados* ha merecido un comentario crítico por parte de R. Grimson¹— evoca esta amenaza sobre el yo de los internados en los hospitales psiquiátricos para elaborar el concepto de "instituciones totales", concepto que se ha convertido en una herramienta clásica de la sociología de las organizaciones. Aplicando el método de los tipos ideales propuestos por Max Weber el autor de *Internados* diseña el concepto pasando revista a diversas clases de establecimientos u organizaciones "estableciendo rasgos comunes con la esperanza de señalar más adelante las diferencias significativas"² existentes entre ellas. Es poniendo el acento sobre los rasgos de su estructura, las pautas de su funcionamiento y no, como pretende Grimson, privilegiando la perspectiva de un observador externo que Goffman arriba al concepto de "instituciones totales". Sostiene el crítico que "el desciframiento de propósitos que acomete Goffman presupone una homogeneidad entre asilos, hospitales psiquiátricos, cárceles, el ejército y todo lo que él denomina instituciones totales. Esta asimilación es aclaratoria pero tal vez pasa por encima una diferencia en la categorización común de quienes, por ejemplo, son llevados a una institución por cometer delitos o por una extravagancia de la imaginación. Sólo podemos homogeneizar si nos ubicamos en la posición del observador externo que siente afectada su seguridad tanto por un delito como por un pensamiento". El error que comete está en creer que, víctima de un nominalismo que por suerte no padece, Goffman se ha plantado frente a las organizaciones y ha buscado en los fines que persiguen aquellos rasgos comunes que permitan incluirlas bajo una misma categoría: la operación no ha consistido en la reunión de instituciones que "encierran" a sus miembros para nuestra protección —aunque muchas de ellas compartan este ras-

go— sino de instituciones (y Goffman reúne no sólo cárceles y hospitales psiquiátricos, sino también hogares para ciegos, para huérfanos, barcos y monasterios) que *por sus características organizacionales* desestructuran la identidad de sus miembros. Las instituciones totales provocan este resultado porque su rasgo clave "consiste en el manejo de muchas necesidades humanas mediante la organización burocrática de conglomerados humanos indivisibles —sea o no un medio necesario y efectivo de organización social en circunstancias dadas"¹.

Apartándose del método de Goffman, desconociendo sus hallazgos, Grimson redefine la temática de *Internados* de tal modo que su propuesta psiquiátrica resulta fortalecida. Adonde Goffman ha puesto el énfasis en el carácter *estructural* de los procesos sistemáticos de mortificación del yo propio de las instituciones totales, Grimson no ha visto más que un conjunto de valores perjudiciales. ¿Por qué este desliz del discurso? Porque el crítico, enrolado en la cruzada por la difusión de las comunidades terapéuticas, ha querido encontrar en Goffman un socio en la aventura. La oposición entre institución psiquiátrica tradicional y comunidad terapéutica es para Grimson una oposición de valores. En sus propias palabras, por un lado, la institución psiquiátrica tradicional que se caracterizaría "por ser autoritaria, custodial, opresiva y rígida" y por otro, la comunidad terapéutica que, por contraste, "es democrática, su objetivo es la resolución de la situación patológica, es humanitaria y es flexible"³ Asimilando el hospital psiquiátrico tradicional a las instituciones totales, la posibilidad de escapar a las amenazas para el yo entrevistas por Goffman vendría a través de una renovación valorativa. Esta asimilación tan dudosa deja en pie varias preguntas ¿el cambio de valores garantiza acaso la modificación paralela de las características estructurales que son responsables de la desestructuración del yo? La comunidad terapéutica —una organización burocrática que compromete todos los aspectos de la vida de sus miembros— ¿puede evadirse del maleficio de las instituciones totales? La respuesta a estas cuestiones no sólo pone en juego la relación entre estructura y sistemas de valores; requiere además la discu-

sión del concepto de identidad de Goffman. Recordémoslo brevemente.

Goffman considera que es imprescindible para que surja el sentimiento de nuestra identidad personal "conservar libre cuando menos un pequeño espacio circundante: se ve (a los individuos) recurrir a varios métodos para mantenerse a cierta distancia de aquello con lo cual, según los otros, presumen debería(n) estar identificado(s)¹". Partiendo de estos datos vayamos a una confrontación, que Grimson elude, utilizando a título de ejemplo "la situación de transparencia"; en ella el paciente es colocado en una posición que le impide "reservar algo de sí mismo fuera del alcance de (la) institución"¹. Preguntamos, ¿acaso el hospital psiquiátrico tradicional y la comunidad terapéutica no permiten por igual el acceso de casi todo el personal a las "historias clínicas"? ¿No aumenta este efecto de transparencia la comunidad terapéutica a través de las reuniones del equipo asistencial, uno de sus "instrumentos específicos"? Estas reuniones, por otra parte, ¿no contribuyen a la desestructuración del yo haciendo que la imagen de sí mismo que recibe el paciente sea notablemente uniforme, no dejándole —de este modo— la alternativa del "manejo de impresiones diferenciales" que se le brinda a todo sujeto en una sociedad compleja? Comentándolas, Goffman dice "en estas reuniones se confrontan e intercambian opiniones acerca de los pacientes, y se va creando un consenso general sobre la línea de conducta que se perfila en cada uno y la actitud que conviene adoptar hacia él. Si un interno entabla una relación "personal" con un asistente o consigue inquietarlo con insistentes y persuasivas denuncias de malos tratos, una oportuna reunión de personal en que se recuerde o asegure al asistente que el interno es un "insano" bastará para que todo vuelva a su quicio y para poner al paciente en su lugar. Así, en vez de la imagen diferencial de sí misma que toda persona obtiene en circunstancias normales de los diferentes niveles de personas que la rodean, el paciente mental confrontará una imagen unificada bajo cuerda en un enfoque común, y no podrá menos que sentirse víctima de una conspiración general, aunque se trate de una medida sinceramente

inspirada en su bienestar futuro"¹. Como puede advertirse leyendo a Goffman, éste se muestra menos entusiasta que Grimson cuando se trata de evocar las experiencias de las comunidades terapéuticas; ellas también son un capítulo de las instituciones totales.

El comentario de *Internados* le ha dado a Grimson la oportunidad de ajustar cuentas con otras tendencias del movimiento psiquiátrico actual: la atención de "los enfermos" en los Centros de Salud Mental y la tendencia anti-psiquiátrica. Esta discusión —tan necesaria— queda reducida por Grimson al plano de las opciones administrativas mediante las que se defiende el monopolio asistencial por parte de distintos grupos profesionales. No podemos entender en qué sentido son poco perdurables las experiencias de las "comunidades" creadas por la Philadelphia Association de Londres o el hospital psiquiátrico de Gorizia creado por el equipo de Basaglia —experiencias que validan, como lo pide Grimson, la discusión anti-psiquiátrica— sin antes tomarse el trabajo de analizar el modo en que aprehenden y tratan la "locura" y cómo conciben su relación con la sociedad. Hagámoslo nosotros.

La posición que proponen las comunidades terapéuticas no introduce de hecho ninguna ruptura radical con la tradición de internación. Su discurso admite desde el punto de partida al hospital psiquiátrico como tal. Su esfuerzo es desde ese momento hacer esta institución vivible, hacer de su funcionamiento el útil mayor de la cura. Pero superando las peticiones de principio y las declaraciones de buenos propósitos, ¿cómo hace de este proyecto el útil terapéutico que pretende? Definamos la comunidad terapéutica con Grimson "como el conjunto de actividades que se programan y articulan en una institución de asistencia psiquiátrica, con el objeto de obtener el máximo de participación posible por parte de los pacientes, que se caracteriza por un sistema constante pero flexible, cuyas características son conocidas por todos los participantes y son discutidas por ellos periódicamente, existiendo explícitamente la posibilidad de rectificar aspectos del funcionamiento en base a la deliberación común". Agreguemos que "los instrumentos específicos de la comunidad tera-

DISTRIBUIDORA CENTRO SRL

IMPORTADORA — EX-
PORTADORA

Novedades

- 1) Alejandro Losada: *Andá cantale a Gardel*
- 2) Rosas J.M.: *En los testimonios de su época.*
- 3) Rogelio G. Lupo: *Contra la ocupación extranjera* (3) Edición en prensa 20-12-70.
- 4) Bullrich, Silvina: *El mundo que yo vi* (2a. edición)

Distribución de Fondos Nacionales

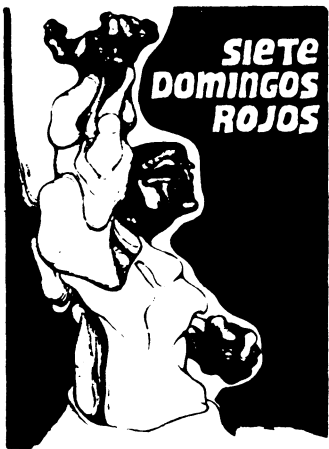
Galema - Merlín - Rueda - R. Alonso - Quintaria - Caldén - Signos - Edicon - Pasado y Presente - Astral - Pannedille - Editores Asociados.

Distribución de Fondos de Importación:

Cedel - Sagitario - Sintés - Seix Barral - (Barcelona)
Arca (Montevideo).

EDITORIAL PROYECCION

Av. de Mayo 1370 - 120/of.335



"El sindicalismo anárquico es una suerte de rousseauismo con tendencia a los métodos violentos. Se hallará una excelente referencia a esta exaltación desmedida en SIETE DOMINGOS ROJOS, un libro realmente fundamental."

H. G. Wells

El autor fue laureado con el galardón más importante del mundo para una novela: Premio Planeta, Barcelona 1969.

EN VENTA EN TODAS
LAS LIBRERIAS

péutica son la *asamblea*, y los *grupos de actividad*, así como las *reuniones del equipo asistencial* que evalúan momento a momento el desarrollo de la vida de la comunidad". Y por último descartemos el equívoco de que "tales instrumentos se integran con las técnicas asistenciales conocidas: psicofármacos, tratamientos biológicos y técnicas psicoterapéuticas"³. Encontramos que, en resumen, este instrumento se reduce a promover la sociabilidad de los pacientes y aumentar su información. Se hace *como si* "enfermos" y terapeutas constituyeran una sociedad homogénea, en la cual sólo resta disipar los malentendidos para que desaparezcan los conflictos que retardan o bloquean el proceso "natural" de cooperación. Se trata de instituir la democracia, o al menos esa concepción de la democracia que la limita a la discusión libre.

¡Qué contraste entre esta imagen de la comunidad terapéutica como unidad plástica, con un índice de participación muy elevado y un supuesto acuerdo general con el análisis propuesto por Goffman de la situación institucional en la que el paciente ha quedado apresado! Goffman describe la relación médico-enfermo, y también institución-enfermo, como una lucha permanente en el curso de la cual uno de los dos se encuentra en la posición de ser anulado; podemos decir que la institución tiene recursos para que finalmente el derrotado sea el paciente. En parte por lo menos esta "guerra total" dirigida a transformar al paciente en un "puro enfermo" se explica por la necesidad que el médico tiene de mantener su identidad como médico "prestador de un servicio de reparación" y el hospital la de una institución médica, que cumple una función terapéutica y no de mera custodia. "El contexto institucional tiende a arrastrar al psiquiatra y al paciente a una situación falsa y violenta, provocando permanentemente además los contactos que la ponen de manifiesto. El psiquiatra debe atenerse a la modalidad del servicio, en su actitud profesional; pero no puede mantener esta actitud, más allá de lo que el paciente pueda aceptarla. Cada una de las partes está condenada a buscar a la otra para ofrecerle lo que no puede aceptar; y cada una está obligada a rechazar lo que la otra le ofrece"¹. No hay coexistencia posible.

La ambigüedad asistencia-punición, libertad de "opinión" —decisiones fundamentales emprendidas por el personal—, es bien visible ¿no aparece acaso cuando Grimson afirma que con la información, la identificación y la participación no se "pretende en modo alguno diluir la responsabilidad directiva, ni ejecutiva, sino integrar la decisión en un proceso más adecuado"³?

Sin embargo el problema no es esta ambigüedad en sí misma, ni

siquiera el hecho de que el hospital liberalizado termina por crear una micro-sociedad alienada —de otro modo, claro está, que el hospital custodial clásico— de la sociedad (los enfermos técnicamente curados se resignan a la hospitalización, quedando exiliados en una "carrera" hospitalaria de la cual no pueden ya salir). Lo que importa es lo que se oculta detrás de esta ambigüedad: la ausencia de un cuestionamiento de los fundamentos sobre los cuales reposa la actividad psiquiátrica y el poder médico. El lenguaje humanitario y democrático sirve de coartada destinada a asegurar al médico la validez de la reforma propuesta, mientras descuida que esta "asistencia" con el arsenal técnico que la acompaña (socioterapia, ergoterapia, etc.) se inscribe en un contexto hospitalario que conserva las características estructurales propias de las instituciones totales. En cuanto a las consecuencias para el paciente sigue además provocando la segregación del mismo. Situación tanto más grave cuando, como Grimson, se admite que es más definitorio para la identidad de un "enfermo" el status social de loco —creado en buena medida por la internación— que el diagnóstico técnico como tal.

Como lo hizo notar un paciente, este lenguaje "da mejor conciencia, es más lindo... para nosotros, eso no cambia nada, la *realidad* de nuestra condición subsiste sin cambio"⁴.

Veamos ahora cómo responde a estas cuestiones la tendencia que propone la asistencia de los "locos" en los Centros de Salud. Al evitar la internación —al menos es excepcional— evita conjuntamente la segregación y los rasgos indicados por Goffman como propios de las instituciones totales. Sin embargo la concepción implícita de la "locura" tampoco ha variado en este movimiento respecto de la correspondiente al hospital psiquiátrico tradicional. Participa de una filosofía médica para la cual el *loco* sigue definiéndose en relación al *no-loco*. Y este rasgo puede verse agravado, creemos, en un nuevo desarrollo que se vincula a esta tendencia —también lo hace en algunos casos al movimiento de comunidades terapéuticas—; él es la psiquiatría comunitaria. Resumiendo: ella busca intervenir no sólo en relación al loco que es llevado al hospital, sino que quiere que la intervención psiquiátrica se opere también a nivel de las estructuras socio-culturales y del medio familiar. Se propone detectar los "trastornos mentales" a través de encuestas psico-sociológicas sistemáticas e identificar a todos aquellos "anormales" susceptibles de ser incluidos en el sistema asistencial. ¿No arriesga de este modo con la psiquiatrización de todo tipo de inadaptación transformarse en una "verdadera policía de la adaptación"?

Por último el movimiento anti-psiquiátrico defiende el derecho a la locura. "Se opone a la *obligación de la asistencia* que pesa hoy sobre los enfermos mentales, amenazándolos con encerrarlos en una forma de sistema represivo, quizás más arbitrario todavía que una decisión judicial, la cual uno siempre puede apelar"⁴. Ella nos recuerda que el discurso psiquiátrico no es un discurso científico, que la palabra médica se encuentra generalmente distorsionada por las creencias comunes, entremezclada con prejuicios y que por lo tanto es peligroso otorgarle carácter de sentencia sin apelación.

M. Mannoni se pregunta "¿es necesario continuar defendiendo la sociedad contra la locura, o es la libertad del loco la que demanda ser defendida contra una sociedad que la tolera mal?" La antipsiquiatría, como Goffman, ha elegido defender al loco contra la sociedad. "Ella busca crear lugares de acogimiento, lugares concebidos a la vez como refugio contra una sociedad opresiva, y como desafío a las estructuras médico-administrativas que desconocen la verdad y el poder de contestación que se desprenden del discurso de la locura. Una *verdad alienada* escapa al psiquiatra desde que tiene por única intención la cura de la locura"⁴.

La antipsiquiatría rechaza toda idea de reforma: ella reivindica en cambio una puesta en cuestión radical de las estructuras económicas y políticas que han determinado el nacimiento de las instituciones alienantes, y la reinterrogación de la locura con categorías diferentes de aquéllas pedidas prestadas a la ideología o a concepciones de sentido común "vestidas" de técnicas.

Ella sin duda merece algo más que este "super-resumen", pero igualmente preguntémosle ¿es ella "la respuesta" al problema de la locura? No lo sabemos. En todo caso su voz se reconoce semejante a la de Goffman. Ella tampoco intenta enternecernos con la complaciente tranquilidad de que hemos encontrado contestación a ese discurso que comprendemos mal y llamamos locura.

Miriam Chorne
Irene F. de Kaumann
Beatriz Grego

1 "Apuntes sobre la locura", Los Libros N° 12, octubre 1970.

2 Erving Goffman. *Internados*, Amorrortu ed. 1970.

3 Ricardo Grimson, "La comunidad terapéutica y el hospital psiquiátrico". *Revista Argentina de Psicología* N° 3, marzo 1970. Buenos Aires.

4 Maud Mannoni, *Le psychiatre, son "fou" et la psychanalyse*, Ed. du Seuil, 1970.

LA ECONOMIA DEL PERONISMO

(continúa de pág. 10)

ción de un espectro industrial integrado. Así se hubieran conseguido garantías más sólidas para la expansión de la industria y ésta hubiera sido menos vulnerable a las contingencias de las exportaciones: cuando se hizo presente la limitación de la capacidad de importar, los bienes importados que hubo que sacrificar eran bienes neurálgicos para el mantenimiento del ritmo de la actividad fabril. La búsqueda de un difícil equilibrio entre un gobierno que descansaba sobre el respaldo de los trabajadores y las imposiciones de la crisis económica, fue la tarea de 1952, tarea encarada en los marcos de una situación impensable para aquella multitud reunida en la Plaza de Mayo en febrero de 1946: las fábricas tuvieron que abandonar por escasez de energía eléctrica la producción una mañana por semana, a los restaurantes les fue prohibido servir carne un día a la semana y el 100% del total de cabezas sacrificadas debió ser separado por decreto para la exportación, las ventas de trigo al exterior fueron proscriptas, la harina fue mezclada con maíz y mijo para hornear un "pan negro", se importó trigo de EE.UU. y, cerrando patéticamente una época dorada, murió Evita.

1952: el momento de la verdad

En medio de esta crítica coyuntural la política de estabilización puesta en práctica en 1952 se preocupó, como bien lo recuerda Gazzera, por ser fiel a los postulados de la justicia social. En lugar de apelar a una redistribución regresiva del ingreso o al desempleo —los instrumentos habituales en las experiencias posteriores a 1955— para suscitar una caída de la demanda efectiva en consonancia con la estrechez de la oferta, se buscó atenuarla conteniendo las políticas monetarias y fiscales expansivas aplicadas hasta entonces. Simultáneamente se actuó sobre la oferta industrial, mediante impuestos a las importaciones: el resultado de este doble movimiento fue que se evitó una recesión, aunque no se pudo impedir el estancamiento de la industria en forma compatible con la estabilización del sector externo. Los salarios, luego de ser actualizados, fueron congelados por dos años, pero a la vez se vigiló los precios tratando que guardaran paridad con aquéllos. La innovación decisiva estuvo en la modificación de los precios relativos internos en favor del agro a fin de estimular un aumento de su producción. Si algún testimonio existió de la eficacia de esta política de estabilización, éste fue la drástica reducción de la inflación; si alguna prueba debe presentarse de la preocupación que la animaba, ésta fue el mantenimiento de la posición de los trabajadores en la distribución del ingreso. Tanta habilidad por parte de Gómez Morales fue recompensada por la naturaleza y una excelente cosecha permitió recobrar el ritmo perdido. Pero aquí no termina la historia: resueltos los problemas de la coyuntura ¿qué fue de la crisis de la estructura económica que el peronismo heredó de la oligarquía? Es en este punto en que reaparece la discusión con Gazzera: ¿qué se hizo para terminar con la dependencia del subdesarrollo?

Gazzera insiste en su libro reiteradamente en que el movimiento obrero no profundizó la revolución peronista; pues bien, ¿qué significaba "profundizar la revolución" en ese momento en que nunca como antes se jugaba la posibilidad de construir una economía independiente, base necesaria para garantizar un

poder que se fundaba sobre los trabajadores? Para dar un contenido concreto al llamado a "profundizar la revolución" basta recordar lo que se hizo en 1953-55 y diseñar por oposición una estrategia alternativa.

Decíamos que el experimento peronista se basaba en la expropiación de las rentas de la oligarquía mediante el control estatal del comercio exterior y los mecanismos de la política de precios internos. Como se advierte de inmediato se trataba de una política, digamos, superestructural, que no incidía sobre las relaciones de propiedad en el campo. A pesar de no beneficiarse del progreso económico por la política de precios y también por el congelamiento de los arrendamientos, los sectores terratenientes conservaron un poder de negociación formidable ya que continuaron siendo los titulares de la principal fuente del ahorro nacional. Si para un análisis político este solo dato —la permanencia de su hegemonía económica— ya estaría en condiciones de explicar la restauración oligárquica de 1955, en un comentario económico sirve para señalar los límites que circunscribían la política económica peronista. El futuro de la industrialización sustitutiva de importaciones dentro del esquema aplicado entonces se apoyaba sobre la productividad del agro. Cuando en 1952 el gobierno se vio enfrentado al estrangulamiento externo de la economía optó por estimular la capacidad de importación revisando la política de precios internos: ni entonces ni hoy la productividad del agro es una cuestión de incentivos monetarios. Si para salir de la sequía se imponía, en primer lugar, ofrecer mejores retribuciones, para resolver la persistente caída de la productividad agraria era necesario alterar las relaciones de propiedad y montar una tecnología agropecuaria. A la vez que toda la experiencia de América Latina certifica esta propuesta, lo sucedido en 1954-55 la ratifica plenamente: más allá de lo que le correspondió a las lluvias, el agro no aumentó significativamente la productividad y el gobierno debió continuar subsidiando a la oligarquía para compatibilizar el consumo interno con el mantenimiento de saldos exportables. Perón, tan cauto durante sus primeros años de gobierno cuando tuvo que hablar de la reforma agraria, siguió en lo mismo cuando en 1953 debió hacerse cargo de la crisis estructural argentina.

Decíamos también que el crecimiento autosostenido de la industria dependía de la creación de industrias de base. Si ésta fue una de las mayores ausencias hasta 1952, ¿qué hacer entonces cuando los problemas de la balanza de pagos imponían sin rodeos su necesidad incuestionable? Protegida excesivamente, educada en el dinero barato y en el otorgamiento indiscriminado de permisos de importación, la burguesía industrial custodiaba su ineficiencia detrás de sus posiciones oligopólicas. Cuando hubo que pensar en acero, petróleo, maquinarias, no se encontró en ella ni capitales, ni tecnología ni voluntad empresarial. Se planteaba entonces la exigencia de un capitalismo de Estado que delegara en el poder público la responsabilidad mayor de la acumulación destinada a financiar las grandes inversiones que demandaba la construcción de la industria pesada. El gobierno prefirió en cambio continuar siendo agente de la distribución del ingreso y adjudicó a los monopolios extranjeros la tarea de "creamos" las bases de nuestra autarquía económica. La ley de radicación de capitales extranjeros, las conversaciones con Mister Odlum y la California después, el convenio con Kaiser, fueron algunos hitos de un camino cuya mención abrumará más tarde la mala conciencia de tantos peronistas.

Es cierto que para intervenir en el proceso de acumulación de capital en el agro modificando las relaciones de propiedad y convertir al Estado en el eje de la economía, era preciso, a través de la movilización popular, llevar a cabo una transformación social que condujera al país por una vía no capitalista de desarrollo; que para ello había que "profundizar la revolución peronista", pues de esto estamos hablando: Perón, en cambio, no supo, no pudo o no quiso "profundizar la revolución peronista". Las tareas que dejó inconclusas constituyen hoy las banderas de la revolución nacional.

Una alternativa a las excusas

Gazzera señala en su libro que Perón tenía un margen de maniobras limitado en su gestión política porque estaba bajo la mira de los militares —un argumento de la misma factura formal que el que utiliza para referirse a la política de Vandor, al cual presenta constantemente cercado por la traición de los "vandoristas". Corresponía por lo tanto, al movimiento obrero prolongar radicalmente las iniciativas de Perón para, de este modo, profundizar la revolución. En su respuesta ve las cosas desde una óptica diferente. En ella señala, recogiendo un lamento hoy divulgado por Perón, que la situación internacional —el acuerdo de Yalta— clausuraba las posibilidades de las revoluciones nacionales populares. Dice: "estábamos en la soledad absoluta". Me pregunto: ¿por qué conjugar el verbo en plural? ¿Cómo "estábamos"? ¿No hay en este plural el eco de esa sensibilidad tan especial por las responsabilidades de la función de gobierno que uno esperaría de un sindicalismo "oficialista", siempre dispuesto a "la sensatez", nunca interesado en levantar una alternativa independiente? Ya que de excusas se trata pongámonos de acuerdo, porque lo que se hizo y lo que se dejó de hacer bien documentado está y si no he recaído en una deformación profesional desplegando la batería de estadísticas existentes, ha sido para no aburrir a los lectores. O Perón no podía y el movimiento obrero sí y por no "profundizar la revolución" hoy Gazzera hace la autocrítica, o Perón no podía y el movimiento obrero tampoco y por lo tanto corresponde abandonar esta discusión contentándonos con saber que la revolución peronista fue un azar de la historia: la distensión internacional provocada por la necesidad de recuperarse de la segunda guerra, abrió las puertas a las revoluciones nacionales pero éstas se cerraron sin apelaciones una vez que a mediados del cincuenta el imperialismo resurgió fortalecido. No veo, sin embargo, las ventajas de este razonamiento que, al situar fuera del alcance del movimiento social la resolución de las contradicciones sociales y dejarla en manos del mundo insondable de la geopolítica, impide extraer de la experiencia peronista un balance político; sólo nos permite apenas evocarla con nostalgia.

La política económica peronista supuso sobre todo un modelo de uso de la riqueza más que un modelo de creación de la riqueza, se llevó a cabo operando a través de los mecanismos de apropiación del ingreso pero no innovó decisivamente en los mecanismos de acumulación de capital. Bajo el amparo de un Dios criollo creyó posible escapar al rigor inexorable de las leyes económicas: quimérica herejía, entre 1946 y 1950 el consumo aumentó un 48,8% mientras que el producto interno sólo un 11,5%. En lugar de este banquete asiático ¿existía otra propuesta alternativa? Sí, la que fue anunciada, con todas sus imprecisiones, en el proyecto industrialista de los militares del 43. Esta implicaba indudable-

mente una asignación de las inversiones que, en el corto plazo, establecía un freno a los consumos inmediatos pero a la vez creaba condiciones más permanentes de crecimiento económico. La voluntad de sacrificio de los trabajadores se comprobó en 1952 ¿por qué no convocarla en 1946? Claro que para hacerlo y fundar sobre la austeridad un poder popular habría sido necesario ejecutar una profunda reforma de la estructura económica que, al mismo tiempo que liberara recursos para el desarrollo, modificara los patrones de dominación de la sociedad. ¿Esta propuesta se alimenta de una excesiva impaciencia revolucionaria? ¿no se compadece con las limitaciones que acompañan al ejercicio del poder? Quizás. ¿Por este camino el peronismo dejaba de ser un populismo? ¿se comprometía la especificidad de la Tercera Posición? Sea. Como dice Gazzera: nuevas generaciones, nuevas tareas. Para definir las, hemos vuelto críticamente sobre la experiencia peronista en lugar de resaltar sus excelencias por comparación con los gobiernos posteriores; de éstos nada tenemos que aprender mientras que de las carencias y potencialidad de aquélla se construye la estrategia de la revolución nacional. Es cierto que analizar críticamente al peronismo tiene sus riesgos: certificada por la existencia de tres millones de peronistas, la política económica de Perón se ha convertido en un dogma; quien se propone develarlo puede ser acusado de "gorila", expulsado de la historia. Mientras que buena parte de los marxistas conversos de la última hora han elegido la liturgia para acercarse al movimiento de masas y lavan sus culpas persignándose en nombre del retorno de Perón, nosotros hemos preferido una convergencia desde las posiciones del nacionalismo revolucionario para las cuales 1946-55 son un punto de partida, no un punto de llegada.

En cuanto a la intervención de Viñas las reflexiones anteriores son ya una respuesta: él reclamaba terminar con el diálogo, yo he insistido en él. Actitudes distintas que, sin duda, reflejan divergencias políticas que sería demasiado largo discutir aquí.

JUAN CARLOS TORRE

cartas

PRECISIÓN. Un documento tan entrañablemente importante como el que se publica en el número 12 de LOS LIBROS sobre las torturas en Brasil exige cierto rigor bibliográfico; v. gr. la exactitud de las fuentes. Si es desesperante que el norteamericano Ierdo confunda *La Razón* con *La Nación*, igual desesperación surge de su confusión del "suplemento literario del *New York Times*" con la *New York Review of Books*, revista total y diametralmente ajena al diario de tan rancia estirpe. Lo más importante es que si Uds. no perciben el distinguo entre ambas publicaciones (el *New York Times* es liberal y la *New York Review of Books* es radical y antiliberal) pierden una significativa diferencia en relación a las actitudes intelectuales y políticas de este país.

David W. Foster
Associate Professor of Spanish
Arizona State University

Libros distribuidos en América Latina desde el 16 de octubre al 15 noviembre 1970

ANTROPOLOGIA

Kenel Burridge
Nuevo cielo, nueva tierra
Trad. del inglés
de Mario Gaicchino
Tiempo Nuevo, Venezuela,
1970, 239 págs.

Varios
La crisis del homo sapiens
Trad. de
Santiago González.
Tiempo Nuevo, Venezuela,
1970, 250 págs., \$ 8,25.
Una travesía por distintos aspectos de la crisis actual del hombre a través de un catálogo de notables: Freud, Mead, Huxley, Comfort, Munford, Lawrence Benedict y Orwell, entre otros. El uso de llegadas es difuso, como la lista.

CIENCIA

Luigi Campedelli
Fantasías y lógica en la matemática
Labor, España,
1970, 136 págs., \$ 9,50

Garfield G. Duncan
El diabético frente a su diabetes
Trad. del inglés
de Jaime V. Vozza
El Ateneo, Bs. As.,
1970, 213 págs., \$ 8,80

Jean Marc Font -
Jean Claude Quiniou
Las computadoras
Trad. del francés
de R. J. Vernengo
Tiempo Nuevo,
Venezuela, 172 págs.
La teoría de la información, sus alcances y las reflexiones que estimulan su uso.

Allan Fraser
Criadores y técnicos
Trad. del inglés
de Carlos M. Vieites y
Jorge E. B. Ostrowski
Eudeba, Bs. As.,
1970, 87 págs., \$ 3,50.

CRITICA E HISTORIA LITERARIA

Arturo Berenguer
Carisomo
Literatura Argentina

Labor, España,
190 págs., \$ 12,00

José Manuel Blecua
Sobre poesía de la edad de oro
Gredos, Madrid,
1970, 310 págs., \$ 26,00
Garcilaso, Cetina, Herrera, Cervantes, Lope, Gongora, Argensola, Quevedo...

Vittore Bocchetta
Horacio en Villegas y en Fray Luis de León
Gredos, Madrid,
1970, 180 págs., \$ 10,80
Cinco odas de Horacio, vertidas al español por Esteban Manuel de Villegas y Fray Luis de León, sirven para analizar comparativamente la influencia del poeta latino.

Pierres de Boisdeffre
Los escritores franceses de hoy
Francisco R. Vadillo
Gredos, Madrid, 167
págs., \$ 9,00
Un panorama de la literatura francesa desde 1940 a 1969 y su vinculación con la historia.

Alberto Blasi Brambilla
José Marmol y la plebina de Rosas
Pleamar, Bs. As.,
1970, 285 págs.
Una visión del autor de Amalia, en la que el autor no puede despegarse del romanticismo de su criticado.

Arturo Cambours Ocampo
Lenguaje y creación. Notas para una fenomenología del estilo literario
La reja, Bs. As.,
1970, 124 págs.

Angel B. Dellepiane
Sabato, un análisis de su narrativa
Nova, Bs. As.,
1970, 340 págs., \$ 12,00
Publicado originalmente en Estados Unidos, donde la argentina Dellepiane ejerció la docencia universitaria, el análisis de Sabato que se propone muestra fundamentalmente un pecado que comparte con las voluminosas tesis doctorales de casi todo el mundo: el

abrumador método analítico donde el subjetivismo se mezcla en partes iguales con el recuento de adjetivos y metáforas.

Pilar de Lusarreta
Crónicas bibliográficas (autores y libros)
Plus Ultra, Bs. As.,
1970, 166 págs., \$ 5,50

José Onrubia de Mendoza
Literatura española
Labor, España,
1970, 288 págs., \$ 10,50

Cesare Pavese
El oficio de poeta
Trad. del italiano
de Rodolfo Alonso
y Hugo Gola
Nueva Visión, Bs. As.,
1970, 113 págs., \$ 5,60
Ensayos del poeta italiano que se suicidara en 1950 y que dejó brillantes meditaciones sobre la literatura.

CRONICAS Y DOCUMENTOS

Anónimo
Se vive como se puede
Tierra Nueva, Uruguay,
1970, 117 págs., \$ 250 urug.
Aunque aparecido en 1968, este libro es poco conocido fuera del Uruguay. En él se narran las experiencias que se llevaron a cabo entre campesinos desarraigados de acuerdo a las enseñanzas del pedagogo brasileño Paulo Freire.

Lucien Bodard
Masacre de indios en el Amazonas
Trad. del francés
de Jorge Piatigorsky
Tiempo Nuevo, Venezuela,
1970, 392 págs.
Un vigoroso tratamiento del genocidio en territorio americano.

Peggy Donovan
España en el bolsillo
Trad. del inglés
de Vicente Caos
Prensa Española, Madrid,
1970, 255 págs., \$ 9,00
La esposa del jefe de la misión militar de Estados Unidos en España sugiere la mejor forma de conocer la península.

Guillermo Feliú Cruz
Santiago a comienzos del siglo XIX. Crónica de los viajeros
Andrés Bello, Chile,
1970, 296 págs., E° 48

Antonio Pigafetta
Primer viaje en torno del globo
Trad. del italiano
de José Toribio Medina
Estudio preliminar y
notas de Armando
Braun Menéndez
Francisco de Aguirre,
Chile, 206 págs.
Este diario de viaje permite reconstruir el alucinante itinerario de la expedición de Magallanes-Elcano

G. W. Tyrell
La tierra y sus misterios
Labor, España,
1970, 246 págs., \$ 10,50

Ruth Wold
El diario de México. Primer cotidiano de Nueva España
Gredos, Madrid,
1970, 293 págs., \$ 16,50
Cuidadoso estudio del primer diario publicado en México, especialmente en lo que atañe a la literatura y el teatro entre 1805 y 1812.

FILOSOFIA

G. W. Hegel
El espíritu del cristianismo y su destino
Trad. del alemán
de Alfredo Llanos
Kairós, Bs. As.,
1970, 208 págs., \$ 12,00
Por primera vez traducida al español una obra de fundamental importancia para estudiar el período de juventud de Hegel. Esta obra muestra cuán erróneo es exagerar la importancia que el idealismo alemán recordaba a los valores acordados. Contra la idea de una religión fundada en el sentimiento, Hegel afirma que "si el sentimiento es el que constituye la determinación fundamental de la esencia del hombre, éste queda equiparado al animal, pues lo propio del

animal es tener en el sentimiento lo que es su determinación y vivir conforme con el sentimiento. Si la religión sólo se funda en el sentimiento, éste no tiene justamente más ni mejor determinación que la de ser el sentimiento con más fuerza en sí y vive preferentemente en él. También el perro tiene sentimiento de salvación cuando se da con un hueso".

FILOSOFIA

Manuel Boix Pou
Un profeta contemporáneo
Introducción al conocimiento del pensamiento del padre Pedro Teilhard de Chardin.
Plus Ultra, Bs. As.,
1970, 60 págs., \$ 4,80

Jean T. Desanti
Fenomenología y praxis
Trad. del francés
de Alberto Drazul
Calden, Bs. As.,
1970, 186 págs., \$ 8,80
El fundamento histórico en la fenomenología de Husserl

Lucien Goldmann
Las ciencias humanas y la filosofía
Trad. del francés
de Josefina Martínez
Alinari
Nueva Visión, Bs. As.,
1970, 120 págs., \$ 6,00
¿Por qué no indicar la fecha de la edición original francesa? ¿Por qué tampoco hacerlo con la de la primera edición española?

Jean Hippolite
Introducción a la filosofía de la historia de Hegel
Trad. del francés
de Alberto Drazul
Calden, Bs. As.,
1970, 131 págs., \$ 7,00

Ismael Quiles
Persona y sociedad, hoy
Eudeba, Bs. As.,
1970, 76 págs., \$ 3,00

Reflexiones de base teológica acerca de la relación entre hombre y sociedad, con especial referencia a la situación actual. La solución a la crisis, obviamente, está en el "justo medio": ni tanto individuo ni tanta sociedad, un módico expediente.

HISTORIA

Francis A. Encina
Historia de Chile
Nacimiento, Chile,
1970, 20 volúmenes, Eo 3.800

Godechot
Europa y América en la época napoleónica (1800-1815)
Labor, España,
1970, 348 págs., \$ 27,20

Robert Graves
Los dioses blancos. Historia de la mitología del mito poético
Trad. del inglés
de Luis Echavarría
Losada, Bs. As.,
1970, 668 págs., \$ 48,00
Enciclopedia acumulación de nombres y temas.

Boleslao Lewin
Tupac Amaru
Biblioteca de Marcha,
Uruguay,
1970, 183 págs., \$ 340 Urug.
Legítima y justificada inclusión de un protagonista en la colección "Los nuestros". El autor reitera su conocido y convencional enfoque del tema.

Mauro
Europa en el siglo XVI
Labor, España,
1970, 350 págs., \$ 27,20

Juan Carlos Tedesco
Educación y sociedad en la Argentina (1880-1900)
Pannedille, Bs. As.,
1970, 226 págs.
Exhaustivo análisis de un aspecto central del proyecto de la Generación del 80. Prólogo de Gregorio Weinberg.

R. Trevor Davis
La decadencia española
Labor, España,

192 págs., \$ 10,50

Montgomery Watt
Historia de la España Islámica
Trad. del inglés de José Elizalde
Alianza, Madrid,
211 págs., \$ 4,00
Incluye capítulos referidos a la literatura y la filosofía islámica escritos por Pierre Cachia.

HUMORISMO

Ephraim Kishon
¡Dese vuelta señora Lot!
Trad. del inglés de Cesar Tiempo
Hormé, Bs. As.,
315 págs., \$ 8,70
Nacido en Budapest y ciudadano israelí desde 1949, el autor mira la realidad cotidiana del Estado Judío con humor y benevolencia.

Carlos Marcucci -
Rafael Ladoux
Humor negro oscuro
LH, Bs. As.,
63 págs., \$ 3,00

LINGÜÍSTICA

Julio Calonge
Transcripción del ruso al español
Gredos, Madrid,
55 págs., \$ 72,00

Jacques Derrida
La lingüística de Rousseau
Jean Jacques Rousseau
Ensayo sobre el origen de las lenguas
Trad. del inglés de Alberto Drazul y María Teresa Poyrazian
Caldeñ, Bs. As.,
139 págs., \$ 6,90
Jacques Derrida, una de las claves del actual pensamiento filosófico francés, reconoce en el ensayo de Rousseau antecedentes significativos para las corrientes lingüísticas más modernas.

Nélida Esther Doni
de Mirande y otros
El estructuralismo lingüístico en la Argentina
Estrada, Bs. As.,
140 págs., \$ 5,50

LITERATURA EUROPEA Y NORTEAMERICANA

Jerzy Andrzejewski
Apelación
Trad. del polaco de Willy Kemp
Tiempo Nuevo, Venezuela,
163 págs., \$ 6,00
Una requisitoria kafkiana da lugar a una denuncia del stalinismo donde brilla la escritura satírica de uno de los mejores na-

rradores europeos actuales.

Heinrich Böll
Billar a las nueve y media
Trad. del alemán de Margarita Fontseré
Seix Barral, Barcelona,
328 págs., \$ 7,50
Reedición de una de las mejores novelas de la narrativa alemana contemporánea.

A. J. Cronin
Un bolsillo de vodka
Trad. del inglés de Nora Bigongiari
Emecé, Bs. As.,
235 págs., \$ 8,20
Las actividades del doctor L. Carrol (sic) no le dejan tiempo para la vida interior: en la mitad de la novela descubrirá las ventajas de la introspección y su vida sufrirá un cambio sorprendente que conmoverá el corazón de todos los amables lectores.

Lawrence Durrell
Tunc
Trad. del inglés de Matilde Horne
Sudamericana, Bs. As.,
419 págs., \$ 14,00

Robert Escarpit
El fabricante de nubes
Trad. del francés de María Angélica Bosco
Emecé, Bs. As.,
136 págs., \$ 5,80
El crítico y humorista francés, escribe cuentos que tienden a mostrar las cosas conocidas desde ángulos insospechados.

F. Scott Fitzgerald
Los malditos y los bellos
Trad. del inglés de María Angélica grau zig zag,
Chile, 355 págs.
El fracaso es el mito que estructura la obra de este cronista de los twenty que ha hecho de su autobiografía un testimonio de la norteamérica de la era del jazz.

Thomas Mann
El elegido
Trad. del inglés de Alberto Luis Bixo
Sudamericana, Bs. As.,
338 págs., \$ 6,00
Para escribir este texto Mann se inspiró en un poema germánico de la Edad Media: Gregorio o la vida del buen pecador, que procede a su vez de una Vida de San Gregorio, viejo texto francés de la época de novelas de caballería.

Daphne Du Maurier
Nunca volveré a ser joven.

Trad. del francés de Alejandro Bertrand
Bunster
Zig Zag, Chile,
285 págs.

Armand Praviel
El fantasma de Allan Kardec
Isis, Bs. As.,
125 págs., \$ 2,50
El espiritismo en la ficción

P. A. Quarantotti Gambini
El caballo de Trípoli
Trad. del italiano de José Agustín Goytisolo
Seix Barral, Barcelona,
239 págs., \$ 7,50
Las argucias y batallas que realiza el joven protagonista para conseguir un caballo que se ha convertido en su obsesión son la trampa sobre las que se abren las peripecias que transcurren en Estria bajo la dominación austríaca durante la primera guerra mundial.

Marqués de Sade
Tres novelas ejemplares
Trad. del francés de Amada Fornis de Gioia
Alonso, Bs. As.,
109 págs., \$ 5,50
Tres relatos tomados de Los crímenes del amor se agrupan bajo el título que adjudicara Gilbert Lely a una selección de cuentos del "divino Marqués"

Ramón J. Sender
Siete domingos rojos
Proyección, Bs. As.,
240 págs., \$ 6,00
Nueva versión, revisada y corregida por el autor, de un clásico del anarcosindicalismo publicada en 1932.

Alexander Solzhenitsin
La casa de matrona
Ercilla, Chile,
182 págs.
Tres relatos del reciente premio Nobel de literatura. Ver Los LIBROS Nº 13.

Stendhal
La cartuja de Parma
Trad. del francés de José Bianco
Sudamericana, Bs. As.,
2 tomos, \$ 16,50
Prólogo de Ángel Battistessa
Un nuevo Stendhal gracias a una nueva y excelente traducción.

Julio Verne
Alrededor de la Luna
Francisco de Aguirre, Bs. As., 203 págs., \$ 4,00.

Julio Verne
De la Tierra a la Luna

Francisco de Aguirre, Bs. As., 203 págs., \$ 4,00.

LITERATURA HISPANO-AMERICANA

Mario Levrero -
Robert Sheckley y otros
Llegan los dragones
Tierra nueva, Montevideo,
84 págs., \$ 230 urug.

Pilar de Lusarreta
Los sueños de unos días de verano
Troquel, Bs. As.,
142 págs., \$ 5,20
La autora confía en que la lectura de este libro "sea un verdadero descanso para el ajetreado lector de nuestros días".

Juan José Manauta -
Juan Carlos Martini y otros
El amor nueve veces
Rayuela, Bs. As.,
179 págs., \$ 5,90
Haroldo Conti, H. Constantini, P. Orgambide, M. Denevi, L. Hecker, D. Saénz, A. Vanasco.

Silvina Ocampo
Los días de la noche
Sudamericana, Bs. As.,
202 págs., \$ 8,00
Nuevo libro de cuentos de la autora de La furia y Las invitadas: uno de los aportes más personales a la mejor literatura argentina.

Lincoln Silva
Rebelión después
Tiempo Contemporáneo, Bs. As.,
127 págs., \$ 6,90
Esta primera novela de un joven narrador paraguayo "transcurre en un país de magia y de violencia donde la imaginación y la realidad construyen un nuevo mundo narrativo".

Dora de la Torre
La laguna verde
Plus Ultra, Bs. As.,
97 págs., \$ 4,00

Ciro Alegría
Los perros hambrientos
Zig Zag, Chile,
180 págs.

Almafuerte
Obras completas
Antonio Zamora, Bs. As.,
439 págs.

Germán Arciniegas
Nueva imagen del Caribe
Sudamericana, Bs. As.,
462 págs., \$ 16,00

Leonidas Barletta
Aunque llueva
Metropolis, Bs. As.,
184 págs. \$ 8,00
Costumbrismo paternalis-

ta en un prolifero contenedor de Boedo.

Nicolás Casullo
Para hacer el amor en los parques
Tiempo Contemporáneo, Bs. As.,
262 págs., \$ 9,90

Adolfo Couve
En los desórdenes de junio
Zig Zag, Chile,
60 págs.

Marid Diamant
La pena y la gloria
Hernández, Bs. As.,
133 págs., \$ 4,90

Adonais Filho
Memorias de Lázaro
Trad. del portugués de Juan Carcía Gayo
Tiempo Nuevo, Venezuela,
127 págs., \$ 9,90.
Una confesión obsesiva ligada a la tradición abierta por el Dostoievski de Memorias del subsuelo.

Rómulo Gallegos
Doña Bárbara
Inst. Nac. de Cultura y Bellas Artes, Venezuela, 450 págs.

LITERATURA INFANTIL

María Elena Walsh
Dailan Kifki
Sudamericana, Bs. As.,
176 págs., \$ 12,00

PEDAGOGIA

Edward Fry
Técnica de la lectura veloz (manual para el docente)
Trad. del inglés de Marcelo Ricardo Michel
Paidós, Bs. As.,
175 págs. \$ 6,50

J. Galen Saylor -
William M. Alexander
Planeamiento del currículum en la escuela moderna
Trad. del inglés de Pedro José Arenas
Troquel, Bs. As.,
663 págs., \$ 24,00
Teoría del aprendizaje, factores y principios del aprendizaje y el proceso enseñanza-aprendizaje son analizados por los autores para llegar a indagar las características de un buen currículum. El panorama registra un amplio muestreo que llega a las últimas corrientes.

Harold T. Johnson
Curriculum y educación
Trad. del inglés de Carlos Aníbal Leal
Paidós, Bs. As.,
180 págs., \$ 5,80

PLASTICA

A. Cirici
Miró y su obra
Labor, España,
204 págs., \$ 10,50

Juan Eduardo Cirlot
Pintura gótica europea
Labor, España,
196 págs., \$ 10,50

POESIA

León Benarós
Memorias ardientes
Losada, Bs. As.,
76 págs., \$ 4,50

Romualdo Brughetti
Historias cotidianas
Losada, Bs. As.,
73 págs., \$ 4,50

Ariel Canzani
Poemas del círculo vicioso
Losada, Bs. As.,
137 págs., \$ 7,90

Manuel J. Castilla
El verde vuelve
A. Burnichon, Córdoba,
98 págs., \$ 8,00

Humberto Costantini
Cuestiones con la vida
LH, Bs. As.,
60 págs., \$ 4,00

Alberto D'Acramont (comp)
Las más bellas poesías para recitar
Ercilla, Chile,
446 págs.

Humberto Díaz Casanueva
Antología poética
Universitaria, Chile,
134 págs.

Alberto Girri
Valores diarios
Sudamericana, Bs. As.,
127 págs., \$ 7,40

José Martí
Poesías completas
Antonio Zamora, Bs. As.,
310 págs.,
Prólogo y notas de Luis Alberto Ruiz
Complementado con una síntesis biográfica que ubica adecuadamente al autor en su época.

David Martínez
El exilio en el mundo
Emecé, Bs. As.,
77 págs., \$ 4,60

Pablo Neruda
La espada encendida
Losada, Bs. As.,
152 págs., \$ 6,50

Carlos Penelas
Poemas del amor sin muros

Del Alto Sol, Bs. As.,
20 págs., \$ 4,00
*Xilografías de Carlos
Carmona*

Andrés Sabella
Altacopa. Cantata en 144
versos y una sad
Universitaria, Chile,
35 págs., y un disco

José Joaquín Silva
Hombre infinito
Claridad, Bs. As.,
173 págs., \$ 5,00

Guillermo Sucre
La mirada
Tiempo Nuevo, Venezuela,
100 págs.

POLICIALES

Ross Macdonald
La mirada del adiós
Trad. del inglés
de Nora Bigongiari
Emecé, Bs. As.,
223 págs., \$ 4,00

POLITICA

Marcio Moreira Alves
El color del pueblo
Trad. del inglés
de Valentina Vega
Ercilla, Chile, 369 págs.

Genaro Arriagada
**La oligarquía
patriarcal chilena**
Nueva Universidad, Chile,
174 págs., E° 40

Fidel Castro
**Socialismo y comunismo
un proceso único**
Prensa Latinoamericana,
Chile, 224 págs.,
Selección y notas de
Carlos Varela

Norberto Ceresole
**El ejército y la crisis
política argentina**
Política internacional,
Bs. As.,
125 págs., \$ 4,00
*¿Qué posibilidades tiene
el Ejército Argentino de
ser coprotagonista de
una verdadera revolución
liberadora? Ceresole tra-
ta de responder a ese in-
terrogante partiendo de
la situación actual de las
fuerzas armadas en nues-
tro país y utilizando al
modelo peruano como
espejo en el que deber-
ían verse los militares
argentinos.*

Fernando Claudín
**La crisis del movi-
miento comunista. Tomo I de la
Komintern** como I de la
Rueda Ibérica, París,
682 págs., 45 fr.
*Jorge Semprún en su
prefacio lo llama "libro
importante" y lo es sin
duda. El estudio lúcido
y apasionado análisis de*

*un rigor metodológico y
una base documental
ejemplares es desde aho-
ra condición indispensable
para fundar una opi-
nión sobre el tema aún
para dar densidad histó-
rica a una militancia
revolucionaria.*

Fred J. Cook
**U.S.A. esta nación
corrompida**
Trad. del inglés de
Mercedes Lynn de Aro-
cena
Biblioteca de Marcha,
Uruguay,
271 págs., \$ 580 urug.
*El mundo fraudulento
de los grandes negocios
que dirige la vida y la
política de Estados Uni-
dos, el verdadero gangste-
rismo industrial, y la de-
cadencia moral de la so-
ciedad norteamericana
moderna, son examina-
dos con una elocuencia
feroz a través de ejem-
plos a veces escalofrian-
tes.*

Roberto Juárez
**Atentados políticos
en la Argentina**
A. Peña Lillo, Bs. As.,
319 págs.
*Tema de actualidad. Sig-
no epidémico de una
tensión social que no se
resuelve.*

Norbert Lechner
La democracia en Chile
Signos, Bs. As.,
173 págs., \$ 7,00
*El autor, militante del
movimiento extraparla-
mentario alemán, e in-
vestigador residente en
Chile, analiza aquí las
transformaciones del
conflicto de clases en la
sociedad chilena en lo
que va de este siglo.*

Montserrat Mira
**Política e
irracionalidad**
Pleamar, Bs. As.,
125 págs.
*La tipología de las men-
talidades políticas en
Karl Mannheim*

Carlos Naudon Como
América 70
Nueva Universidad, Chile,
252 págs., E° 50

Jorge Orgaz
**Reforma universi-
taria y Rebelión
estudiantil**
Libera, Bs. As.,
125 págs., \$ 5,00
*Antigua liberal, pro-
ducto de un viejo mili-
tante del movimiento
reformista cordobés que
ha decidido recoger dis-
tintos textos redactados
a lo largo del tiempo to-
dos presididos por un es-
píritu que sigue llama-
do "segunda tiranía" al
gobierno peronista.*

Jean-Michel Palmier
Introducción a Marcuse
Trad. del francés de
Ariel Bignani
De la Flor, Bs. As.,
178 págs.

*Palmier sólo pretende
presentar los escritos de
Marcuse, integrándolos
en un estudio más gene-
ral de las diferentes for-
mas posibles de impug-
nación de la cultura oc-
cidental y norteameri-
cana.*

Teodoro Pekoff
**¿Socialismo para
Venezuela?**
Fuentes, Venezuela,
130 págs.

Giovanni Piana — Marco
Maccio y otros
El joven Lukacs
Trad. del italiano de María
Cristina Mara y M.T.P. Pa-
sado y Presente, Córdoba
142 págs., \$ 6,50.
*Un conjunto de ensayos
sobre el Lukacs de Histo-
ria y conciencia de clase,
que incluye una Autobi-
ografía del filósofo hún-
garo publicada en 1933.*

Pedro José Proudhon
¿Qué es la propiedad?
Trad. del francés de
A. Gómez Pinilla
Proyección, Bs. As.,
252 págs.

*"Así como la primera
crítica de toda ciencia va
necesariamente implícita
en las premisas de la
ciencia por ella comba-
tida, así también la obra
de Proudhon '¿Qué es la
propiedad?' es la crítica
de la economía política
desde el punto de vista
de la economía política.
La obra de Proudhon se
ve, por tanto, justificada
críticamente superada por la
crítica de la economía
política, incluyendo la
economía política tal y
como Proudhon la for-
mula" (Mary).*

Leo Slavin
**¿Qué pesa en Rusia?
¿Adónde va China?**
Libera, Bs. As.,
\$ 5,80.
Quosque Tandem *Catili-
na abutere patientia nos-
tra.*

Hobart Spalding
**La clase trabajadora
argentina**
Argentina, Bs. As.,
638 págs.
*Una recopilación de do-
cumentos valiosos para
la reconstrucción de la
biografía de una clase
obrero que, habiendo
surgido del peronismo, es-
tá anticipada en las lu-
chas de los socialistas y
anarquistas de comienzo
de siglo. Los años que
transcurren entre 1890 y
1912 son recuperados
por primera vez en esta*

*exhaustiva investigación
de H. Spalding.*

Varios

**El psicoanálisis frente
a la guerra**
Rodolfo Alonso, Bs. As.,
234 págs., \$ 12,50
*En 1932, Einstein pre-
guntó a Freud, como
psicoanalista, si podía
evitarse la guerra. Este li-
bro incluye dicha carta
de Einstein, la respuesta
de Freud y también la
contribución original de
destacados psicoanalistas
de América Latina, EE.
UU. y Europa.*

RELIGION

Humanae vitae: si y no
Paidós, Bs. As.,
456 págs.
*Documenta y amplia
exposición de materiales
y discusiones que desen-
cadenó la encíclica pa-
pal.*

SOCIOLOGIA

Irving Zeitlin
**Ideología y Teoría
sociológica**
Trad. del inglés de
Nestor A. Miguez
Amorrortu, Bs. As.,
366 págs. \$ 27,60

Georges Gurvitch
**El concepto de clases
sociales. De Marx a
nuestros días.**
Trad. del francés de
Horacio Crespo
Nueva Visión, Bs. As.,
222 págs., \$ 9,80

Georges Gurvitch
**Tres capítulos de
historia de la
sociología. Como
Marx y Spencer**
Trad. del francés de
Horacio Crespo
Nueva Visión, Bs. As.,
205 págs., \$ 9,50

Eugen Varga
**El testamento de
Eugen Varga**
Trad. del francés de
Claudia Schilling
Biblioteca de Marcha,
Montevideo, 172 págs.,
\$ 340 uruguayos.
*Un documento que refle-
ja la profundidad del
proceso de descomposi-
ción ideológica de los é-
lites dirigentes en la
Unión Soviética. Con-
tiene además un apé-
ndice con interesantes iné-
ditos de Lenin, no traduc-
idos hasta ahora a nues-
tro idioma.*

Luis Vitale
**¿Y después del 4 que?
Perspectivas del Chile,
después de las
elecciones presidenciales**
Prensa latinoamericana,
Chile,
98 págs., E° 18

PSICOLOGIA Y PSICOANALISIS

Antonio M. Battro
**Manual práctico en
psicología moderna**
Emecé, Bs. As.,
180 págs., \$ 7,50
*El autor, discípulo de
Piaget, hace de un ma-
nual para la enseñanza
de la psicología en la es-
cuela secundaria, y ade-
cuada a la misma, un
pretexto para presentar
la psicología experimen-
tal tal como se la entien-
de hoy en los centros es-
pecializados más impor-
tantes.*

Georges Cruchon
**Psicología pedagógica.
Las transformaciones de
la infancia.**
Trad. del francés de
Luz Chacón
Razón y Fé, Madrid,
383 págs., \$ 21,85
*Desde la Psicología Ge-
neral y de la Personali-
dad el autor sigue paso a
paso las transforma-
ciones de la infancia, el ob-
jetivo pedagógico que lo
orienta es el de lograr
"un adulto cristiano ca-
paz de servirse conve-
nientemente de su liber-
sabilidad familiar, so-
cial y religiosa".*

H. C. F. Mansilla
**Introducción a la
teoría crítica de la
sociedad**
Trad. del alemán de
Michel Faber-Kayser
Seix Barral, Barcelona,
187 págs., \$ 4,75.
*Una utilísima introduc-
ción a las líneas esencia-
les de la llamada Escuela
de Frankfurt fundada
por Adorno, Hor-
kheimer, Marcuse. Su au-
tor, nacido en la Argen-
tina, estudió en Alema-
nia donde se graduó. La
escuela de Frankfurt y la
teoría crítica por ella
elaborada comprenden
uno de los capítulos más
interesantes del desarro-
llo del marxismo en este
siglo, apareciendo como
una continuación de la
línea del joven Lukács,
que reelabora, a su vez,
la reelabora Hegel-Marx.*

TEATRO

Artur Joseph
**Teatro en confidencia. En-
trevistas con eminencias**
Tiempo Nuevo,
Venezuela, 233 págs.
*Reportajes, entre otros,
a: Jean-Louis Barrault,
Friedrich Dürrenmatt,
Alec Guinness, Elias Ka-
zan, Rolf Hochhuth,
Marcel Marceau, Peter
Weiss.*

Arnold Wesker
La cocina. Papas fritas

y todo lo demás.
**Ciudad dorada. Las
cuatro estaciones.**
Trad. del inglés de
Manuel Barberá
Losada, Bs. As.,
271 págs., \$ 9,50
*Cuatro de las obras más
conocidas del prestigioso
dramaturgo inglés nacido
en 1932.*

Cuadernos de Teatro
Ercilla, Chile

Shakespeare
Macbeth
Trad. del inglés de
Guillermo Whitelaw
Colección obras
maestras. Fondo nacional
de las artes.
Prólogo de
Jorge Luis Borges
Sudamericana, Bs. As.,
207, págs., \$ 7,40.

Fernando Wagner
**Estética y técnica
teatral**
Labor, España,
280 págs., \$ 12,00

Esquilo
**Prometeo
encadenado**

Sófocles
Edipo rey y Antígona

Eurípides
Alceste
192 págs.

Molière
**Tartufo, El médico
a paños**
119 págs.

Plauto
**Los mellizos,
Los cautivos**
115 págs.

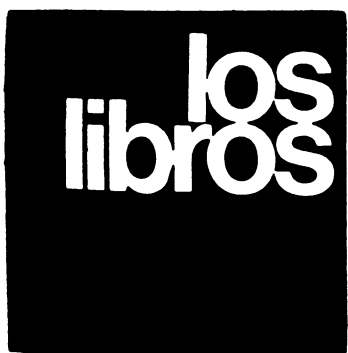
William Shakespeare
**Comedia de las
equivocaciones**
71 págs.

Nikolai Gogol
El inspector
117 págs.

Friedrich Schiller
Los bandidos
161 págs.

Luis Alberto Heiremans
El abanderado.
Versos de ciego.
147 págs.
Colección Cuadernos
de Teatro, en ediciones
económicas.

CORREO CENTRAL	Tarifa reducida Conc. N° 9002
	Franqueo pagado Conc. N° 3539



Algunos artículos publicados

Adquiera los primeros doce
números encuadernados \$ 35

NUMERO 1

Jorge Rivera: Sábado, custodio de las letras
Nicolás Rosa: Nueva novela latinoamericana ¿Nueva crítica?
Santiago Funes: El peligro de las palabras
Ricardo Piglia: Heller, la carcajada liberal
Oscar del Barco: El enigma Sade
Enrique Pezzoni: Poemas autónomos
Néstor García Canclini: Una erótica del lenguaje
Ernesto Laclau (h): Los nacionalistas
Mario Levin: Regreso a Freud
José Aricó: Marxismo y capital monopolista
Juan Carlos Torre: Estudiantes, nueva oposición

NUMERO 2

Juan Gelman: Poesía y revolución
Edgard Bayley: Octavio Paz y Lévi-Strauss
Nicolás Rosa: La crítica como metáfora
Eduardo Romano: Arlt
Jaime Rest: Las invenciones de Bioy Casares
Héctor Schmucler: Notas para una lectura de Cortázar
Edgardo Cozarinsky: Escritura y cine
José Sazbón: Estructuralismo e historia
Héctor Lahitte: El pensamiento mítico
Ann Chapman: Reportaje
Jorge Lafforgue: Bertolt Brecht

NUMERO 3

Augusto Roa Bastos: Reportaje a la tentación de la muerte
María T. Gramuglio: Las aventuras del orden
Iris Ludmer: Miguel Barnett, el montaje
Nicolás Rosa: Pornografía y censura
Mario Margulis: La cultura de la pobreza
Eliseo Verón: Ideología de Marcuse
Jorge Sazbón: Marx y Sartre
Adolfo Bioy Casares: Reportaje
Roberto Broullón: Gauguin, la poesía del color
Jorge Rivera: Las revistas literarias argentinas

NUMERO 4

Julio Reens: La mirada ociosa
Juan Molina: La forma condicionada
Eduardo Paz Leston: Laberintos de la memoria
Héctor Schmucler: Los silencios significativos
Laura Corbalán: La realidad de la ficción
Jorge Onetti: Reportaje
Tomás Eloy Martínez: Reportaje
José Aricó: El marxismo antihumanista
Oscar Terán: Límites de un pensamiento
Raúl Sciarreta: Leer *El capital*
Juan Carlos Indart: Lectura de la lectura

NUMERO 5

Oscar Terán: El robinsonismo de lo nacional
Eduardo Menéndez: Fanon, situación del intelectual
Julio Cortázar: La muñeca rota
Juan Gelman: En la cintura de este libro
Leandro Gutiérrez: El radicalismo
Juan Carlos Portantiero: El peronismo
Oscar Masotta: Qué es el psicoanálisis
Sara Pain: El pensamiento de J. Piaget
Ana M. Nethol: Lingüística sincrónica
Oscar del Barco: La escritura desencadenada

NUMERO 6

Ricardo Piglia: Una lectura de *Cosas concretas*
José María Arguedas: La zorra de arriba...
Amelia Hannois: Hacia dónde va la literatura infantil
Clara R. de Maldavsky: Crueldad e idealización
Germán L. García: María E. Walsh
P. Wajman-C. S. Sastre: Las revistas infantiles
Oscar Steimberg: Langostino, un recuerdo a la deriva
Héctor Grenni: El imperialismo
Francisco Porrúa: Erotizar el mundo exterior
José Sazbón: Qué es el estructuralismo

NUMERO 7

Nicolás Rosa: El relato de la droga
Enrique Pezzoni: El diario de la guerra
Iris Ludmer: *Heroína* o la palabra psicoanalítica
Santiago Funes: Acerca de *Sagrado*
Pier Paolo Passolini: Teorema

NUMERO 8

José Nun: Gino Germani, la sociología de la modernización
María T. Gramuglio: *Pasos*
Juan Carlos Debrassi: La neovanguardia italiana
Jaime Rest: Retrato del moralista como cínico
Juan Gelman: Presentación de Ernesto Cardenal
Ernesto Laclau (h): El nacionalismo popular
Ismael Viñas: Socialismo sin Marx
Noam Chomsky: Reportaje
Amelia Hannois: *Los tambores*
Eduardo Menéndez: Los intelectuales y el poder
Máximo Soto: *San Martín*, mito y consumo

NUMERO 9

Juan Carlos Torre: Autocrítica del sindicalismo peronista
Jorge E. Niosi: Las clases sociales y el Estado
Iris Ludmer: La literatura abierta al rigor
Cedomil Goic: La antipoesía de N. Parra
Juan Sasturain: El peligroso oficio de poeta
Jorge Rivera: Acerca de Armando Discépolo
Oscar del Barco: El silencio sobre Bataille
Eliseo Verón: La moda del estructuralismo
Carlos Sastre: Negocio editorial e ideología
Germán L. García: El autor como lector

NUMERO 10

Oscar Traversa: Cultura de masas
Edgard Morin: La galaxia McLuhan
Carlos Droguett: Reportaje
Jay Haley: Reportaje
Oscar Masotta: Aclaraciones en torno a Lacan
Emilio Terzaga: Actualidad de Hegel
Eduardo Paz Leston: Primera novela de un escritor africano
Gladys Onega: La memoria de M. R. Oliver
Máximo Soto: Del mito de derecha al mito de izquierda
Anticipo: Jorge Luis Borges, *El otro duelo*

NUMERO 11

Anticipo: Norman Mailer, *Nixon*
León Gerchunoff: Cepal, la utopía de los funcionarios
Germán L. García: S. Bullrich, las opiniones de una clase
Ricardo Piglia: Nueva narrativa norteamericana
Nicolás Rosa: La narración de la historia
Eduardo Menéndez: Rebelión en EE. UU.
Reportaje: Eldridge Cleaver
Carlos Zolla: La literatura fantástica argentina
C. Sempat Assadourian: La conquista del desierto.

NUMERO 12

Anticipo: Borroni-Vacca: *Documentos sobre Eva Perón*
David Viñas: Sábado y el bonapartismo
Beatriz Sarlo: La retórica de Mallea
Jorge Rivera: Los orígenes de la literatura gauchesca
Patricio Biedma: La juventud como mitología
Reportaje: Augusto Roa Bastos
Ricardo Grimmson: Apuntes sobre la locura
Ismael Viñas: La historia sin clases
Oscar Braun: Crítica a una estrategia de desarrollo
Roberto Jacobi: Una vidriera de la burguesía industrial
Documentos: La tortura en Brasil
Santiago Funes: Mercado, ideología

Y EN CADA NUMERO RESEÑA CRITICA DE TODOS LOS LIBROS
APARECIDOS EN AMERICA LATINA



NOTICIAS DE SUDAMERICANA

TUNC

Lawrence Durrell

Una esperada nueva novela del autor del "Cuarteto de Alejandría", que combina "erotismo y farsa, mezclando el tiempo, el espacio y horribles y divertidos juegos de palabras", en una "apasionada declaración sobre la necesidad del individuo de ser libre". Col. Horizonte, 424 págs. \$ 14,80

MUNDO, MI CASA

María Rosa Oliver

El testimonio de la infancia de la escritora argentina, desde los 3 a los 13 años. Un libro que "descubre la belleza salvaje e inasible de la vida y sólo intenta rendirle homenaje a través del testimonio". 270 págs. \$ 12,40

EL HIMALAYA

**O LA MORAL
DE LOS PAJAROS**

Miguel Angel Bustos

De algún modo un poema de melancolía y ausencia donde el lenguaje es a la vez instrumento y teoría musical. 110 págs. \$ 8,40

**SOBRE EL CONCEPTO
DEL HOMBRE
y otros ensayos**

Max Horkheimer

Entre los fenómenos de regresión de la libertad, Horkheimer señala en este ensayo la transferencia del individuo, al ente colectivo y el poder de los cultos religiosos que a veces se mantienen y se afirman mediante tendencias autoritarias. Col. Estudios Alemanes, Editorial Sur, 210 págs. \$ 8.—

DAILAN KIFKI

María Elena Walsh

Las aventuras de Dailan Kifki, el elefante que trabaja en un jardín, y vive cientos de extraordinarias aventuras, para alegría de todos los niños. Ilustrac. de Pedro Vilar, 176 págs. \$ 12.—

VALORES DIARIOS

Alberto Girri

Una nueva colección de textos de uno de los más notables poetas nacionales. "La lectura de los poemas de Girri —dijo Octavio Paz— me abrió nuevas puertas, me mostró que la oscuridad también es luminosa." Col. Poesía, 132 págs. \$ 7,40

LA CARTUJA DE PARMA

Stendhal

Una obra excepcional de la literatura francesa en una notable traducción de José Bianco. Prólogo de Angel J. Battistessa. Col. Obras Maestras del Fondo Nacional de las Artes, 2 ts. 694 págs. \$ 16,50

LOS DIAS DE LA NOCHE

Silvina Ocampo

Una nueva colección de cuentos por la autora de "Autobiografía de Irene". Un mundo misterioso donde los personajes cotidianos se mueven en una inquietante zona de penumbra. Col. El Espejo, 208 págs. \$ 8.—

MACBETH

Shakespeare

Una nueva versión de la famosa tragedia, admirablemente traducida por Guillermo Whitelaw y prólogo de Jorge Luis Borges. Edic. bilingüe. Col. Obras Maestras del Fondo Nacional de las Artes, 212 págs. \$ 7,40

**NUEVA IMAGEN DEL
CARIBE**

Germán Arciniegas

La geografía y la intimidad de los territorios que rodean al Caribe, desde los pueblos coloniales a los habitantes de Macondo, donde viven los personajes de "Cien años de soledad". 464 págs., ilustraciones en negro. \$ 16.—

LA DESBANDADA

Catalina Cerván

Esta primera novela de una nueva escritora española describe una relación erótica que va demorándose en malentendidos hasta que nace a la verdad en el descubrimiento del cuerpo. 172 págs. \$ 8,50

EL ELEGIDO

Thomas Mann

Inspirándose en viejas leyendas medievales, Mann encuentra en la vida del Papa Gregorio elementos atroces e incestuosos, semejantes a los de la tragedia de Edipo. Col. Piragua, vol. gigante, 348 págs. \$ 6.—

REVISTA DIOGENES Nº 66

R. N. Stromberg. ¿Existe una lección de la historia? / H. Wald. Estructura, estructural y estructuralismo. / J. W. Daley. La inmoralidad de la moral. / V. P. Varma. Tradición y modernismo. / J. J. Spector. Los métodos de la crítica de arte y el psicoanálisis freudiano. \$ 3,90

NUEVO PLANETA Nº 4

El poder de los jefes. / La naturaleza en peligro. / La nueva psicoterapia de grupo, y otros muchos artículos de actualidad. \$ 4.—

EDITORIAL SUDAMERICANA S.A.

Humberto 1º 545 - Buenos Aires